



CAPITULO XVII

Relaciones de S. José con el Espíritu Santo

El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo. En toda criatura intelectual existen dos procesiones inmanentes, una por parte del entendimiento, otra por parte de la voluntad. No podían faltar en Dios Nuestro Señor, Ser espiritual por esencia, sumamente inteligente e infinitamente inteligible. El Hijo es el término del entendimiento divino; el Espíritu Santo procede de un acto de la voluntad infinita de Dios. Por eso se llama *Amor*, nombre *personal* que sólo conviene a la tercera Persona de la Santísima Trinidad (1).

S. José que había contraído relaciones tan íntimas con la Naturaleza divina, no podía menos de tenerlas con el Espíritu Santo. El era la sombra del Padre y nutricio del Hijo los cuales producen al Espíritu Santo; luego necesariamente debía vivir S. José en contacto íntimo con ese divino Espíritu. Atribúyense a Este la gracia, la virtud, el amor, y se le considera por *apropiación* principio de la santidad en las almas; y en este sentido, fundándonos en esas apropiaciones teológicas establecemos entre El y S. José vínculos muy estrechos que no existieron en ningún otro hombre. Las galas y joyas de que fué adornado José para ser digno

(1) El nombre *Amor* puede tomarse en tres sentidos aplicado a las tres divinas Personas: en sentido esencial, nocional y personal. *Esencialmente* considerado conviene a las tres Personas; *nocionalmente* se predica del Padre y del Hijo; *personalmente* tomado sólo conviene al Espíritu Santo. (Cfr. S. Th. I. Q. XXXVII. art. 1).

esposo de la Virgen María y padre amantísimo de su hijo Jesús dones fueron del Espíritu Santo, con los que Este le demostró singular predilección por haberle elegido para ser su Representante en la tierra.

Pero no hablamos ahora de las relaciones de José con el Espíritu Santo derivadas de la santidad eminente que embelleció su alma. En este sentido todos los justos, en más o menos grado, viven unidos a ese Espíritu de Dios, pues la gracia santificante en virtud de la cual participan *física y formalmente* de la naturaleza divina se infunde a las almas por el Espíritu Santo (1). Hablamos aquí de las relaciones que contrajo S. José con el Espíritu Santo por el cargo y oficio que desempeñó en la ejecución del misterio de la Encarnación. Desde este punto de vista esas relaciones son muy reales y directas, enteramente nuevas, como jamás las tuvo ningún ángel ni hombre, tan positivas como las que contrajo con el Padre Celestial y con el mismo Jesucristo.

Hemos dicho que la Encarnación es una obra atribuida al Espíritu Santo, pues si bien es verdad que las tres divinas Personas concurren a su realización en el tiempo, se considera al Espíritu Santo como principio de ella por ser una obra de gracia y de santificación. La misma Escritura viene a confirmarlo expresamente. Cuando el ángel se aparece a María y le anuncia el misterio que había de obrarse en sus entrañas purísimas, revela también el agente de esa obra maravillosa, disipando los reparos y temores de la Virgen. *El Espíritu Santo*, dice el Ángel, *descenderá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra* (2). Del mismo modo, cuando el ángel se aparece a José y le disuade de cumplir sus propósitos revelándole también la misión para que había sido elegido, indícale al mismo tiempo quién era el autor de tamaño milagro. *No temas recibir a María tu Esposa porque lo que ella ha concebido es obra del Espíritu Santo* (3). Advierte aquí el P. Cartagena que hasta entonces nunca la Escritura había

(1) *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.* Rom. V. 5.

(2) *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Luc. I. 35

(3) *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est de Spiritu Sancto est.* Matth. I. 20.

hecho mención de semejante palabra (1). Este nombre del Espíritu Santo aparece por vez primera cuando se trata de revelar el modo como se había encarnado el Verbo divino.

I

S. JOSÉ VELO Y SEMEJANZA DEL ESPÍRITU SANTO

Y ¿cuál fué el papel que desempeñó S. José en este misterio estupendo? ¿No fué precisamente asegurar, digámoslo así, la obra del Espíritu Santo, ocultándola a todos según las disposiciones del plan divino? Indudablemente. Si S. José fué *sombra* del Padre fué también *velo* del Espíritu Santo, tras el cual Este ejecutó el acto más fecundo y divino, formando en el seno de María la humanidad sagrada de Jesús (2). S. José, dice el P. Faber, representa al Espíritu Santo (3); y por lo tanto fué cooperador efectivo de ese Espíritu en la realización de la gran Obra de la Encarnación, Coadjutor fidelísimo del Gran Consejo, como dice S. Bernardo (4). El medio de que se valió el Espíritu Santo para llevar a efecto sus amorosos designios de conservar la virginidad de la Virgen no fué otro que el matrimonio de José con María. Esa virginidad era propiedad de José cuyos derechos en el cuerpo purísimo de la Virgen ejerció el divino Espíritu por libre y espontánea cesión, digámoslo así, del Esposo Inmaculado de la Madre de Dios. Lazos de amistad profunda, de unión íntima son los que resultan de ese hecho portentoso entre José y el Espíritu Santo. S. José comparte con el Padre la dignidad de su paternidad y del mismo modo comparte con el Espíritu Santo su condición de Esposo de María. Por consiguiente, es la semejanza

(1) Vives, *Summa josephina*, n. 864.

(2) Dos relaciones tiene el Espíritu Santo con Jesucristo, la una de consubstantialidad, la otra de causalidad. La primera se refiere a la naturaleza divina, la segunda a su humanidad sacratísima que El formó en el vientre purísimo de María. Cfr. S. Th. III, Q. XXXII, art. 2.

(3) *Belem*, pág. 340.

(4) Homil. 2, *Super missus est*, n. 16.

visible del Espíritu Santo, y como tal le contemplaba Jesús. De aquí nuevas relaciones de José con la divina Naturaleza, a lo menos relaciones por un nuevo título.

Esa semejanza es el fundamento de hermosas analogías que existen entre el Santo y el divino Espíritu. El Espíritu Santo es Esposo de María a quien fecunda sin detrimento alguno de su virginidad; también lo es José concurriendo a la fecundación divina de la Virgen con la guarda de su virginidad. El Espíritu Santo es la sombra de la Virgen; la *virtud del Altísimo te hará sombra*; del mismo modo José es la sombra de María, sombra benéfica y protectora que la defiende con el escudo del honor y de la inocencia. El Espíritu Santo, dice Cartagena, fué el pedagogo de Cristo, pues le guiaba a donde quiera que iba; *ductus est Jesus a Spiritu in desertum* (1); José a su vez fué como el educador de la infancia de Jesús, le guiaba y acompañaba en todas partes (2). Le llevó a Egipto, le devolvió a Judea, se trasladó con él a Nazaret; *descendit cum illis* (3). El Espíritu Santo es el Consolador, el Gozo del Padre y del Hijo; S. José también es el consolador de Jesús y María en el destierro y en la patria, en el taller y en el templo. El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad; S. José ocupa el mismo lugar en la trinidad terrestre.

De esta semejanza entre el Espíritu Santo y José, de esta intimidad en que viven proceden las bellezas morales del alma de José. Era José la semejanza o imagen visible del Espíritu, y por lo mismo, refulgían en su persona el carácter augusto, las perfecciones, los dones atribuidos al Espíritu Santo. Era el guardián de sus tesoros, el confidente de sus secretos, el fiel depositario de sus divinos carismas.

II

S. JOSÉ SILENCIO DE DIOS

S. José conoció el secreto de la Encarnación que guardó inviolable en su pecho sin revelarlo a los hombres, siguiendo en esto

(1) Matth. IV.

(2) Vives, *Summa Iosephina*, n. 613 y sig.

(3) Luc. II.

las inspiraciones del Espíritu Santo. Sabía muy bien que era el instrumento de Dios para ocultar el misterio, el representante del Espíritu Santo cuya obra en el seno de la virginal María le fué revelada por el Angel del Señor. Así es como ignoraron los demonios por largo tiempo el prodigio y los hombres ni lo sospecharon siquiera durante la vida del Santo. Contemplaba a Jesucristo y callaba, dice Bossuet; saboreábale y no hablaba de ello; contentábase en Dios solamente y no hacía partícipes de su gloria a los hombres (1). Recogido en las tranquilas profundidades de su espíritu interior, experimentaba gozos inefables; sumido en el éxtasis de la contemplación más encumbrada, vivía en las regiones de la Divinidad; consciente de su transcendental misión en la tierra, sentíase anegado en un mar de delicias y de afectos. Este pensamiento de su misión le inundaba de júbilo, pero al mismo tiempo le abismaba en una soledad profunda, manantial de reflexiones sagradas. Era la soledad de Dios quien, sin salir de sí mismo, encuentra satisfacción completa a las impetuosas corrientes del amor.

No era José lumbrera del mundo como fueron los Apóstoles, ni voz que anunciase a los mortales las maravillas de Dios. Había nacido para opuesta misión, para ser el *silencio* de Dios, el velo del tiempo que envolvía en sus pliegues la virginidad de María, la majestad del Cristo Jesús. Pero ese silencio era un silencio de admiración y amor que abismaba al Santo en contemplación altísima. El silencio, dice Faber, ha sido siempre por decirlo así, el ornamento de la grande santidad, lo cual supone que encierra en sí algo divino. El Verbo del Padre silenciosamente hallado desde toda la eternidad escogió para sí mismo una vida de silencio; toda su vida humana estuvo marcada con el sello de su amor al silencio. También María y José tomaron de El, como si fuese un contagio celestial, una taciturnidad llena de belleza y de dulzura (2). De aquí la *profundidad* del alma de José, la más profunda y sola que ha existido, absorta siempre en Dios la imagen del cual ostentaba en la tierra.

(1) *Premier panegyrique de S. Joseph.*

(2) *Belén*, pág. 68.

¡A cuántas reflexiones sublimes se presta el análisis de este carácter peculiar, *exclusivo* de José! ¡Qué de aplicaciones podemos hacer a nuestro espíritu, copiando en nuestro interior ese género de vida tan singular, tan *único* en la historia de los Santos cristianos! ¡Adorable misterio! exclama aquí Bossuet. José posee en su casa el objeto que puede atraer las miradas del universo entero y el mundo no lo sabe en modo alguno. Posee a Dios y no deja escapar la más leve insinuación. Es testigo de un misterio tan portentoso y lo saborea secretamente sin dejarlo traslucir. Los Magos y los pastores acuden a adorar a Jesucristo; Simeón y Ana publican sus grandezas; nadie mejor que él podría atestiguar el misterio de Jesucristo, ya que era él depositario del mismo, el que conocía el milagro de su nacimiento, aquel a quien había instruido tan perfectamente el Ángel acerca de su dignidad y del fin de su venida. ¿Qué padre se hubiera callado tratándose de un hijo tan amable? Y a pesar de la vehemencia de tantas almas que se derramaban ante él con tanto celo para celebrar las alabanzas de Jesús, nada es bastante poderoso para abrir su boca, para obligarle a revelar el secreto de Dios que le ha sido confiado (1).

III

DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN JOSÉ

Esa trasfusión del Espíritu Santo en José dejábase sentir en el alma de éste con una fuerza imponderable, produciendo en ella efectos admirables de gracia y de virtud. Nos encontramos al borde de un abismo cuyo fondo no se ve porque supera al poder cognoscitivo de nuestra razón. S. José recibió una efusión de dones tan extraordinaria que ninguna otra criatura ha experimentado cosa igual, excepto María. Así lo requería su elevado oficio, su papel de Padre de Dios y Esposo de la Madre de Dios. Estos dones del Espíritu Santo, dice Isolano, brillan en S. José de la misma manera que en María (2). Los dones del Espíritu

(1) Ib.

(2) *Suma de los dones de S. José*, P. III, cap. XII.

Santo son ciertos hábitos sobrenaturales que tienen por objeto disponer nuestras potencias para que correspondan prontamente a las inspiraciones de lo alto. Se infunden con la gracia santificante y se distinguen realmente de las virtudes por las obras especiales a cuya ejecución se ordenan y por el modo como actúan en la vida del justo. Son siete, como indica el Profeta Isaías, a saber: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios (1).

De estos dones, según Sto. Tomás (2), cuatro corresponden a las virtudes teologales y tres a las morales. A la virtud de la *fe* corresponden el don de *entendimiento* y el de *ciencia*; a la virtud de la *esperanza* el don de *temor*; a la *caridad* el don de *sabiduría*. De la misma manera, a la virtud de la *prudencia* se le concede el don de *consejo*; a la *justicia* pertenece el don de *piedad*; a la virtud de la *fortaleza* el don de *fortaleza*; y a la *templaza* se refiere el don de *temor*. Ahora bien; José fué enriquecido con todos estos dones larga y espléndidamente. El don de *entendimiento* es un hábito sobrenatural por el cual conocemos las verdades de la fe penetrando la naturaleza de las mismas. El don de *ciencia* nos ayuda a conocer las verdades *naturales* que han de ser como medios para conocer y amar a Dios.

S. José estuvo dotado de estos dones. Gozó, como hemos dicho, de una *luz* especialísima para dirigir al Verbo humanado y cumplir las órdenes de Dios. Cuan bien las conociera demostró su pronta obediencia a las órdenes transmitidas por el ángel. Nada ignoró tampoco de cuanto necesitaba para amar a Dios cuya imagen veía en todas las criaturas, adorando a Dios en ellas. El *temor* de Dios fortaleció su *esperanza* para que no degenerara en presunción al verse elevado a tan alta dignidad,

(1) *Requiescet super eum Spiritus sapientiae et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiae et pietatis, et replebit eum spiritus timoris Domini.* Isaías, XI, 22.

(2) I. II^{ae} Q. LXVII^a, arts. 4-5. Otros teólogos distinguen los dones en dos especies. Los cuatro primeros, o sea el don de entendimiento, el de sabiduría, el de ciencia y el de consejo, perfeccionan al entendimiento; los tres últimos, el de piedad, el de temor y el de fortaleza, determinan y perfeccionan a la voluntad en el ejercicio de la virtud. Cfr. Billot, *De virtutibus infusis*. Thes. VII.

empleando los medios convenientes para evitar toda suerte de peligros en el orden de su salud eterna. El don de *sabiduría* enardecía más y más su *caridad* mediante la contemplación de los atributos divinos, desprendiéndole de toda inclinación a los bienes sensibles. Su *prudencia* era rectísima, dirigida constantemente por el don de *consejo* cuyo objeto es discernir en los momentos difíciles el camino del deber, lo que conviene hacer en orden a nuestra salvación. Manifestó ese don maravilloso en el régimen de la Sagrada Familia, en la acertada elección de los medios para salvar la vida de Jesús en los múltiples peligros que cercaron su existencia. Su *justicia* fué tan excelente que el mismo Espíritu Santo le denominó con el dictado de *Justo*, resplandeciendo en toda su vida la más intensa y sólida *piEDAD*. Brilló su *fortaleza* en el valor con que soportó la adversidad y duras privaciones que le asaltaron en su huida a Egipto, en el destierro, en Nazaret. Por último, el don de *temor* perfeccionó su *templanza* la cual se destaca en la guarda de su virginidad y en la represión de toda suerte de placer ilícito. Estos siete dones fueron para el glorioso Patriarca siete fuentes de gracia y de felicidad, las siete perlas que engastó en la corona de su santidad incomprendible el Espíritu divino, como regalo que hacía a aquel que expresaba visiblemente entre los hombres sus perfecciones divinas. Si todos los *que obran por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*, según S. Pablo (1), júzguese por lo dicho cuán amado fué S. José y cuán unido estuvo al Espíritu Santo.

Gérmenes fecundos de santidad son los dones del Espíritu Santo; no podían faltar sus frutos, eflorescencia natural de su esencia. Si S. José obra en todo movido por el Espíritu de Dios que tan generosamente le había hecho partícipe de sus carismas máspreciados, evidentemente las obras de José habrán de ser el fruto correspondiente a principios de santidad tan excelsos. Esos frutos los enumera el Apóstol. Son principalmente amor, gozo y paz.

(1) *Quicumque Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei* Rom. VIII. 14.

IV

FRUTOS DEL MISMO DIVINO ESPÍRITU

El Espíritu Santo es esencialmente amor; del amor procede y en el amor termina; es amor en la Trinidad y amor en las almas. Al descender sobre el corazón de José y fijar allí su predilecta morada, convirtiéndolo en foco ardiente cuyas llamas se esparcían por doquiera. Infundióle ese amor divino que le derretía el alma, amor que sintió muy especialmente para con Jesús y María. De las profundidades de su corazón enamorado brotaba un oceano de amor, el amor más tierno, el amor más humilde, el amor más puro e intenso, amor que se asemejaba al del Espíritu Santo, ya que era Este quien encendía aquellos fuegos abrasadores. No había ángel, dice Faber, que pudiese amar a Jesús como José le amaba, como José estaba obligado a amarle. No había amor temporal, excepto el de María, que pudiese asemejarse mejor a un amor eterno (1). No era aquel amor humano sino divino, comunicado por el Espíritu Santo.

Jesús a su vez complaciase en esas muestras amorosas de José; gozaba al verle revestido de tan alto honor, al contemplar en él la imagen sensible de la Trinidad Beatísima, expresión brillante de sus infinitas perfecciones, puesto que él y sólo él en la tierra era la sombra del Padre, velo del Hijo y semejanza del Espíritu Santo. Jesús, dice Faber, encontraba su gozo en S. José. Gozaba en las tranquilas profundidades de su santidad interior, y sobre todo, en el incomparable secreto de su vida espiritual, en el amor que José le tenía y en el que El profesaba a José. Se fijaba con complacencia en la imagen de la Santísima Trinidad que se reflejaba de una manera tan intensa y con una calma tan perfecta en el alma de José. Era la sombra y la imagen creada del Padre Eterno; la semejanza era asombrosamente fiel en esa modesta criatura. Pero con gozo inexplicable el Hijo veía también en

(1) *Belén*, pág. 129.

su padre putativo un segundo él mismo, en el sentido de que era la verdadera imagen increada del Padre, mientras que José era la sombra creada, y por consiguiente, también la sombra del Hijo. Además, como esposo de María, veía en él la semejanza del Espíritu Santo (1).

Por la misma razón ese Espíritu que era amor en el alma de José y le envolvía en estremecimientos sublimes, estremecimientos de respeto y amor, engendraba un gozo y alegría interior, verdaderamente indescriptible. Aun en las criaturas al amor sigue el gozo porque el deleite acompaña a la posesión del bien que se ama, en cuya adquisición descansa la voluntad del amante. Mucho más debía acontecer esto en José cuyo amor a Jesús excedía en grandeza y ternura a todos los amores paternos de la tierra. Amábanse Jesús y María en José, y amábase este en Jesús y María; y ese amor era para los tres un gozo íntimo, viniendo a ser como el principio de unidad que sostenía a la Trinidad terrestre.

Del mismo modo, amaba José al Padre y al Espíritu Santo con un amor inmenso, y de aquí nacía en él una dulzura y un júbilo sobrehumano. A su vez el Padre y el Espíritu Santo expresaban su amor por José, derramándolo a torrentes sobre Jesús y María. Los incendios que debieron estallar en el pecho de José; el amor purísimo que se recogió como avenida divina entre los pliegues recónditos de su corazón inmaculado, abrasaban de tal modo su corazón que le arrancaron la vida. El amor le dominó, y así murió; pero podemos creer que los sacudimientos de su gozo prepararon su alma para la salida del cuerpo (2). Se ha dicho que S. José es Seno del Padre, Trono del Hijo, Sagrario del Espíritu Santo, Templo adorable de la Trinidad y Arca de los dos Testamentos; denominaciones todas que significan el puesto sublime que ocupa en el Plan divino, el lugar eminente que le corresponde en el orden de la unión hipostática.

La imagen del Padre, escribe Faber, descendida sobre él no podía menos de producir un gozo demasiado lleno de profundo

(1) Ib. pág. 357.

(2) Ib. 388.

respeto para ser agitación, pero hecha para abrumar con el peso de la felicidad a un alma que no hubiera sido expresamente escogida para llevar tan incomparable peso. Era una de esas sombras inefables que la Santísima Trinidad se complace en esparcir en su derredor... Llevar en sí la imagen de la primera persona era bastante para llevar su júbilo a un inefable grado de intensidad. El Padre incommunicable de quien los Apóstoles dijeron: «Mostradnos al Padre y eso nos basta» le había comunicado su semejanza; era como una especie de misión visible, cuya persona repugna la idea de misión, pero cuya presencia especial acompañaba la misión de las otras dos personas. Además por su semejanza con el Padre, gozó de una misteriosa similitud con el Hijo; y por los servicios que prestó a María, representó también al Espíritu Santo, el gozo increado de la Divinidad. ¿Quién sería capaz de analizar el gozo celestial producido por semejantes fuentes? ¿Quién puede decir su nombre, enumerar sus cualidades y determinar sus proporciones y su medida? (1).

Nadie efectivamente puede formarse idea adecuada de la inmensidad del gozo de José, porque el entendimiento humano no alcanza a comprenderlo. Ese Espíritu glorificador abrasaba el alma de José llenándola de gracias celestiales y de aquí nacía la paz inalterable de aquel espíritu tan equilibrado y perfecto, espejo de Dios. Esa paz que el mundo no puede dar porque es un don de Dios fruto de la gracia, anidaba en el alma del bienaventurado José comunicándole luz, calor, vida y sabiduría celestial. Amemos esa paz, vivamos de ese Espíritu para obrar conforme a sus divinas enseñanzas y celestiales inspiraciones. *Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus*. Sea nuestra vida espejo fidelísimo de la pureza, amor y gozo de ese Espíritu santificador de las almas y soberano dispensador de la gracia divina (2).

(1) *Belem*, 139.

(2) Cfr. Sauvé, *San José*, pág. 114.



CAPITULO XVIII

Dignidad de S. José

Cuanto digamos aquí sobre la dignidad de S. José no es más que un corolario de las proposiciones precedentes. Si S. José fué predestinado inmediatamente después de Jesús y de Maria, goza de una preeminencia singular sobre todos los Santos; si está unido a la Santísima Trinidad de una manera tan íntima y profunda como en los capítulos pasados queda expuesto, indudablemente aventaja a todos los demás hombres en gracia, virtud y perfección. La sola enumeración de los ilustres títulos que posee el afortunado Jefe de la Sagrada Familia basta para proclamarle primogénito de las almas redimidas; nos ha parecido, sin embargo, conveniente resumir con brevedad la doctrina relativa a la excelsa dignidad de José, los timbres gloriosos que acreditan a nuestro Santo de ser el primero entre todos ellos.

Dos cosas revelan plenamente la supremacía del gran Patriarca: su dignidad y su santidad. De ambas hemos de hablar brevemente.

De dos maneras, dice Suárez, podemos explicar la dignidad de S. José, absoluta y relativamente. En el primer modo declaramos las propiedades, actos y nombres de esta dignidad; en el segundo la comparamos con la de los apóstoles, del Precursor y

demás Santos las cuales pertenecen a los diversos estados de los hombres y de las gracias *gratis* dadas (1).

Su dignidad altísima indícala ya claramente el mismo nombre de Padre de Jesús que a José con toda propiedad conviene. Hablando de Cristo, dice el Apostol: *Fué hecho tanto más excelente que los ángeles cuanto heredó más excelente nombre que ellos* (2). Esto mismo podemos decir de S. José. El nombre de Padre del Cristo se atribuye a José por la misma Escritura, lo que no se refiere de ningún otro Santo. En la historia sagrada figuran patriarcas y profetas, siervos y amigos de Dios; en la eclesiástica se hace mención de espíritus insignes, de almas luminosas y espléndidas, de apóstoles, de mártires, de vírgenes; pero todos estos fueron discípulos, súbditos de Cristo; ninguno fué denominado padre suyo. En esta augustísima Trinidad sobresale S. José entre todos, dice León XIII, ya que por consejo divino fué constituido Custodio y Padre del Hijo de Dios (3). Esta razón alegaban también los Padres del Concilio Vaticano en las preces que elevaron a la Sede Apostólica para que se dignase honrar a S. José con un culto público superior al de todos los Santos. «Habiendo el bienaventurado José como Padre que es del Cristo sido criado tanto más excelente que todas las criaturas cuanto más aventajado que el de ellos es el nombre que heredó, los infrascriptos Prelados (242), ruegan encarecidamente al Sacrosanto Concilio Vaticano que se digne decretar solemnemente por medio de la Congregación de Ritos que en toda la Iglesia católica y en la Sagrada liturgia se tribute a S. José en lo sucesivo un culto público de *dulía*, superior al que se da a todos los habitantes del cielo, después de la Santísima virgen (4)». S. Alfonso de Liguorio,

(1) *Duobus modis possumus Josephi dignitatem explicare. Primo, ratione absoluta declarando proprietates, actus, et nomina hujus dignitatis. Secundo, ratione comparata, conferendo scilicet hanc dignitatem cum munere apostolico, cum dignitate Praecursoris et similibus quae ad status hominum vel ad gratias gratis datas pertinent.* De S. José, Quest. XXIX. Disp. VIII. Lec. I.

(2) *Tanto major Angelis effectus quanto differentius prae illis nomen haereditavit.* Haeb. I. 4.

(3) *Augustissima dignitate unus eminet inter omnes, quod divino consilio Custos Filii Dei fuit, habitus hominum opinione Pater. Quamquam pluries.*

(4) Vives, *Summa Josephina*, n. 2888.

dice también: Con este nombre de Padre ha sido S. José más honrado por Dios que todos los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Pontífices; a todos estos se les dió el nombre de siervos, a José el de Padre (1).

No sólo el nombre, también la *realidad* de Padre de Jesús poseyó José (2). El vínculo que por efecto de esta paternidad le unía al Cristo era tan fuerte y tan estrecho que, si se exceptua María, ninguna otra criatura estuvo unida a Jesús tan próxima e íntimamente. Como ya hemos dicho, Jesús más bien que hijo de María es fruto del matrimonio de José, pues con este fin, como dice S. Jerónimo, se unieron en desposorio José y María (3). Esta por sí sola nunca, dado el plan divino, hubiera engendrado al Verbo divino porque era solamente comprincipio generativo de José; sin el matrimonio con éste su virginidad habría perdido una de las condiciones requeridas para ser fecunda. Y sin esta el Hijo de Dios no hubiese nacido de María, de donde resulta, como advierte Piccireli, que sin la cooperación de José en la acción generativa el Hijo de Dios no hubiera nacido de matrimonio (4). Podemos afirmar que María en nombre de los dos, de ella y de José, suministró su purísima sangre para la formación del cuerpo de Jesús, cooperó con el Espíritu Santo a la organización de la humanidad de Cristo de tal modo que ese hijo, engendrado por la unión de María y el Espíritu Santo, no es hijo solamente de la Virgen sino también de José, según la sentencia de S. Agustín el cual dice que lo que el Espíritu Santo obró para los dos lo obró (5).

(1) *Serm. nella festa di S. Giuseppe* p. 1.

(2) *Hic fit B. Joseph non solum patris Christi nomen, sed etiam rem quae huic nomini subest, participasse, quantum, excepta carnali generatione, ab homine participari potest*, Q. XXIX, Disp. VIII, sect. 1, n. 4.

(3) *Ut ex virginali conjugio Virgo Filius nasceretur*, Contra Helvid., n. 21.

(4) *S. Giuseppe...* pág. 126.

(5) *Quod Spiritus Sanctus operatus est utrique operatus est*, De Concord. Matth et Luc. LI. c. 20, n. 30.

I

TÍTULOS DE SU DIGNIDAD

Por consiguiente, era verdadero padre de Jesús y como tal ejerció José sobre El verdadera autoridad, ora por la voluntaria sujeción del Cristo, ora también, de algún modo, por derecho natural en virtud de su matrimonio con María, Madre de Jesús. Ahora bien; ninguna criatura tuvo jamás potestad sobre el Cristo; muy al contrario, todas ellas fueron y son súbditas de ese Dios Encarnado. Este solo hecho basta para afirmar la dignidad eminente del Santo, dignidad incomparable, única en el mundo, porque solamente a él se dignó comunicar el Padre Eterno su paternidad poniendo bajo el dominio y jurisdicción de José a su mismo Hijo Unigénito. Por este solo título excede en dignidad a todos los demás santos. Incomparable llama Gerson la dignidad de S. José por haberle obedecido la Madre de Dios; mucho más lo será por haber tenido bajo su autoridad al mismo Jesucristo. Quisiera, dice ese autor, tener palabras para explicar este misterio tan alto y escondido a los siglos, esta trinidad tan admirada y veneranda de Jesús, María y José; voluntad no me falta pero no hallo poder y en mi propio intento desfallezco (1). El Creador de los mundos, el Santificador de las almas, el Glorificador de los elegidos, tuvo a dicha depender de José y obedecer sus órdenes santísimas, tributándole homenaje de obediencia y de amor. No hay dignidad como la que resulta de mandar al mismo Dios y a la Madre de Dios. Ambas cosas tuvo José por su calidad de Padre de Jesús y Esposo de María.

Esta obediencia de Jesucristo, dice S. Alfonso de Ligorio, demuestra que la dignidad de José superó a la de todos los santos, exceptuando la de la Madre de Dios (2). La excelencia de la dignidad de José se patentiza por la autoridad que como Padre ejerció en Jesucristo según aquello de S. Lucas: *Y les estaba sujeto*.

(1) Vives, *Summa Josephina*, n. 126.

(2) *Medit. pro fest. S. Joseph.*

Aunque Cristo por la dignidad de su persona, escribe Cartagena, no estuviese sujeto a nadie, de hecho quiso someterse a José obedeciéndole y honrándole como a Padre y como a Superior (1).

Su matrimonio con la Virgen es para José otro título nobilísimo de grandeza y dignidad. Todas las alabanzas y glorias de José vienen por aquí, por su enlace con María Santísima mediante el cual logró equipararse en cierto modo con la Madre de Dios. Proporcionalmente la dignidad de José es la dignidad de María; el vínculo conyugal estableció entre ellos tal semejanza de afectos, privilegios y gracias que los dones del uno son también los del otro comunicándose mutuamente los carismas sobrenaturales.

Ciertamente, dice Miechow, nada puede decirse de S. José más excelente, glorioso y honorífico para él que decir que fué esposo de María. En esta dignidad se contiene cuanto se puede decir y pensar del Santo (2). Dios dió a Adán en su esposa Eva una compañera semejante a él (3); y del mismo modo, otorgó a María un esposo semejante a ella. No es creíble que Dios eligiese para esposo de la más noble de todas las criaturas y primera entre todas las mujeres a un hombre que no fuera semejante a ella en perfección y virtud. Luego si María fué la más excelente y digna entre todas las mujeres, José tenía que ser el más excelente y digno entre todos los hombres. Ambos, dice Cartagena, fueron elegidos sobre todos los demás santos para la más excelsa dignidad que ha existido, para padres del Cristo (4). De ese modo cooperaron ambos a nuestra redención. Así como Adán y Eva fueron origen y causa de nuestra perdición, María y José, unidos en verdadero desposorio, fueron instrumentos de nuestra reparación y principio de nuestra salud.

El Evangelio indica esta semejanza de dignidad entre María y José cuando habla de sus desposorios. *Estando desposada Ma-*

(1) Vives, *Summa*... n. 450.

(2) Ib. n. 21-92.

(3) *Faciamus ei adiutorium simile sibi*. Genes. II. 18.

(4) Vives, *Summa Josephina*, n. 634.

ría, Madre de Jesús, con José se halló que había concebido por obra del Espíritu Santo (1). Ninguna mujer, dice el P. Juan de Jesús María, podía ser digna esposa de José sino sólo aquella que fué adornada con la infinita dignidad de la maternidad divina (2). O sea, no hay dignidad más alta que la de José, excepto la de María Inmaculada. Esto mismo afirma el sapientísimo Pontífice León XIII: La dignidad de la Madre de Dios, dice, es tan alta que ninguna otra creada puede superarla. Mediando el vínculo conyugal entre S. José y la Virgen no hay duda que S. José se acercó más que nadie a la excelentísima dignidad con que la Madre de Dios aventaja muchísimo a todas las naturalezas creadas (3). Así lo exigía su carácter de esposo de la más santa de las criaturas. Así como convenía, dice Gersón, que la Virgen fuese de tanta pureza que no se pudiese hallar otra mayor debajo de Dios, así también importó en gran manera que José gozase de tanta excelencia que no hubiese otra más semejante a la de María (4).

Finalmente, la dignidad inefable de José destácase con brillantísimos resplandores en su ministerio sublime directamente ordenado al régimen del Verbo divino. Cuanto más excelente es un ministerio tanto mayor es la dignidad que exige para desempeñarlo con acierto. Ningún ministerio más excelente que el de S. José; luego su dignidad es suma, imponderable. La excelsitud del ministerio josefino se demuestra evidentemente por estar incluído en un orden superior al de la gracia y la gloria, en el orden de la unión hipostática. Privilegio singular de José es el estar incluído juntamente con María en esa categoría gloriosa que los mismos Angeles contemplan con respeto y veneración.

Recuérdese lo que dijimos en otro lugar sobre los tres órdenes de la economía presente. Estos son el de la naturaleza, el de la gracia y el de la unión hipostática. En el primero Dios se comunica a las criaturas *naturalmente* por la distribución de sus dones,

(1) Matth. I. 18.

(2) *Dominicale Conte.* XIII.

(3) *Quamquam pluries.*

(4) *Serm. de Nativ. B. M. V.*

debidos al hombre por la creación. En el segundo la criatura participa los dones de Dios indebidos a su constitución intrínseca pero merecidos por Cristo mediante su redención en el ara de la Cruz. Esos dones son la gracia y la gloria, participaciones del Ser inteligible de Dios, y en general todos los bienes sobrenaturales que tienen por objeto la salud eterna de las almas. Ocupa tercer lugar el orden de la unión hipostática en el que Dios se comunica *personalmente* uniéndose hipostáticamente a la naturaleza humana. A este orden pertenece *esencialmente* Cristo, pues de hecho la unión hipostática es la persona misma del Cristo, Dios y Hombre verdadero. *Reductivamente* se incluyen también en ese orden María y José como medios o condiciones exigidas para verificar la unión hipostática, ya se considere a esta en el periodo de su preparación o en las consecuencias inmediatas que siguen a su ejecución en el tiempo. En este sentido así como la maternidad divina de María pertenece al orden hipostático así también el ministerio de José, pues milita la misma razón o sea porque *toda* la razón de ser de ese ministerio era la Encarnación del Verbo. El matrimonio de José con la Virgen María, dice Herrmann, se ordenaba inmediata y directamente a la unión hipostática *in fieri* como una *condición*, y toda su razón de existir era la Encarnación del Verbo (1).

Hay ministerios, dice Suárez, que pertenecen al orden de la unión hipostática, como dijimos de la dignidad de la Madre de Dios. En este orden entiendo que está constituido el ministerio de S. José, bien que está como en el ínfimo grado del mismo; y excediendo este orden a todos los otros, excede S. José a los demás en orden (2). Este ministerio de José, consecuencia lógica de su paternidad, implica tales excelencias que cuanto se diga de ellas será imagen pálida de la realidad misma. Todos los elogios que se dediquen a ensalzar la dignidad de José, dice Carta-

(1) *Matrimonium B. Josephi immediate et directe ad unionem hypostaticam in fieri ordinabatur tamquam conditio et tota ejus existendi ratio erat Incarnatio Verbi. Tractatus de B. Joseph, pág. 9.*

(2) *In hoc ordine intelligo institutum esse ministerium Sancti Joseph, et esse velut in infimo gradu illius, et ex parte excedere reliqua tamquam in superiori ordine existens. In III, Q. XXIX. Disp. VIII.*

gena, serán inferiores a lo que ella merece ser honrada (1). Tengamos muy presente que el término *directo* de ese ministerio era el mismo Dios, como ya se dijo al hablar de la paternidad de José y por el término se ha de medir su grandeza. Los cuidados de José afectaban *por sí mismos* a la persona del Verbo y tenían por objeto conservar incólume esa unión hipostática. Idea profunda que nos revela el carácter *propio* de las relaciones del Santo, distintas de las que tienen con Dios los demás justos. Las funciones paternas de José, dice Sauvé, no solamente por el amor que anima su ejercicio, sino también por ellas mismas en sí, afectan directamente a la persona del Verbo, y esta gloria no corresponde a nadie más que a María y José (2).

He aquí el distintivo peculiar, específico, digámoslo así, de las relaciones de José. Todas las almas redimidas tienen lazos de unión con Cristo; todos los Santos se refieren a El esencialmente por la revelación de sus verdades o reproducción de sus virtudes; pero S. José es el único Santo cuya existencia toda tendía *por sí misma* a la persona de Dios Nuestro Señor. José, dice Michow, era el custodio, el tutor, el director, el ecónomo y el señor de aquella admirable y venerada Familia... ¿Qué se puede decir de más excelente, de más glorioso en honor de San José que ser señor del Monarca supremo a quien obedecen y doblan su rodilla los cielos, la tierra y los infiernos? Esta dignidad es tan sublime que apenas si las inteligencias angélicas pueden comprenderla (3).

La grandeza del cargo de S. José es verdaderamente inenarrable. S. José en virtud de su misión santísima alimentaba a un Dios, mandaba a un Dios, protegía y defendía a un Dios; ejercía, en una palabra, sobre Dios las funciones todas de la paternidad con la secuela de sus temores, inquietudes, consuelos y dulzuras, anejos a tan dulce cargo. El que viste a los lirios del campo y a las flores del valle; el que alimenta a las aves del cielo y a los peces del mar, era alimentado y vestido por José. El

(1) Vives, *Summa...* n. 655.

(2) *S. José*, pág. 142.

(3) *Discursos predicables...* Disc. 118.

que sostiene la máquina del universo y conserva sus leyes inviolables defendiéndolas de toda suerte de enemigos y obstáculos, era protegido de José.

Los mismos ángeles fueron indignos de tanto honor; la humanidad de Cristo regida inmediatamente por su Divinidad no necesitaba de ángel custodio que la preservara del peligro (1). Fué S. José *como* el ángel custodio de Jesús, su verdadero padre, pues en todo se condujo como tal, no omitiendo medio ni sacrificio alguno para desempeñar dignamente tan honroso cargo. ¡Y con qué amor cumplía él tan gratos deberes! ¡Con qué solicitud se esmeraba por servir y complacer a su divino Hijo! ¡Cuán alegremente trabajaba y sufría, sudaba y padecía por conservar la vida de Jesús que había de ofrecerse un día en holocausto por el hombre! La autoridad era para José obediencia perfectísima a las disposiciones de lo alto; su ministerio un culto religioso; su trabajo una adoración profunda y reverente; su vida toda una ofrenda consagrada al servicio del Dios Encarnado, un misterio de santidad, de pureza, de humildad y de amor. Gran dignidad, exclama aquí el fervoroso Miechow, es ver al Cristo, mucho mayor imponerle nombre. ¿Cuál no será recibirle en casa, llevarle en los brazos, abrazarle y besarle? ¿Y cuánto mayor alimentarle y sustentarle con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos? ¿Y qué diremos de la dignidad que resulta de vivir largo tiempo con El, ejercer en su compañía el oficio de carpintero y suministrar también a su Madre lo necesario a la vida? ¿Qué, por fin, al contemplar tantos cuidados, trabajos, molestias y peligros soportados por su amor? (2).

En efecto, cuanto se diga acerca de las excelencias de ese cargo no explicará lo que realmente es en sí, pues ni en el cielo ni en la tierra existe otro igual. De aquí la supremacía de S. José sobre todos los Santos y bienaventurados; supremacía¹ fundada en el altísimo cargo a que fué encumbrado. Basta una simple comparación para ver como S. José por razón de su dignidad, de sus gracias y privilegios ocupa un lugar preeminente en la mente divina sobre todos los Santos.

(1) Cfr. S. Th. I. Q. CXIII, art. 4.

(2) Loc. citat. Disc. 119.

II

SUPREMACIA DE S. JOSÉ

S. José es mayor que Adán, porque si este fué constituido jefe de toda la familia humana, José lo es de una Familia más distinguida y preciosa, pues en ella se encuentra Jesús, Creador de todos los hombres y Dueño absoluto de todas las cosas.

Es más grande que Moisés, jefe del pueblo escogido y amigo íntimo de Dios. Moisés tuvo a su cuidado al pueblo de Dios, habló con Jehová entre figuras y sombras y guió por el desierto a los hijos de Israel. José cuidó al mismo Dios en persona, gozó de su presencia continua, le habló cara a cara, le guió por el desierto de la vida y trató con familiaridad íntima.

Es más grande que Abrahán y los demás patriarcas, porque estos fueron padres de muchos hijos y dieron origen a diversas tribus y naciones. José fué padre del Cristo en cuyo nombre han sido benditas todas las generaciones. No sólo es patriarca, dice S. Francisco de Sales, sino Jefe de todos los patriarcas; así como no sólo es Confesor sino más que Confesor, porque dentro de su confesión se encierran las dignidades de los Obispos, la generosidad de los Mártires y de todos los otros Santos (1). Fué especialmente más grande que José el hijo de Jacob, porque éste fué la sombra y S. José la realidad; aquel proveyó del necesario sustento a los egipcios, este alimentó y dirigió al mismo Jesucristo.

Es más grande que los profetas, porque estos anunciaron la venida del Cristo y entrevieron algunos rasgos de su persona y su vida, pero entre sombras y nubes. José contempló sin celaje alguno al mismo Mesías, vivo y hermoso; le estrechó entre sus brazos y le habló con frecuencia.

Es también más grande que el Bautista, porque éste anunció al Cristo, fué su Precursor; pero José fué su padre y tutor, y es más, dice Suárez, ser Padre y Rector del Cristo que Precursor y

(1) *Entretien. XIX sur les vertus de S. Joseph. n. 1.*

anunciador del mismo (1). Además, S. José vivió unido a Jesús por lazos más íntimos y su ministerio fué más alto que el de S. Juan. Y muy principalmente le excede, según Lepicier, porque Jesús como hijo amantísimo amó a José con un amor ardiente, y este amor iba acompañado de gracias muy especiales que se derramaban en el alma de José (2); gracias que no fueron concedidas al Bautista (3). No obsta a esta preeminencia de S. José el testimonio de la Escritura según el cual *entre los nacidos de mujer ninguno mayor salió a luz que Juan Bautista* (4). Este elogio del Precursor hecho por Jesucristo encierra un valor relativo, no absoluto; le exalta en algún concepto, no en todos. Quiere exaltarle el Salvador sobre todos los Profetas del Antiguo Testamento, no sobre todos los Santos; o también se expresa ahí la singular complacencia que tenía Dios en S. Juan cuando le había honrado con tantas y tan grandes maravillas desde su mismo nacimiento (5). Que en el texto de S. Mateo se refiera Cristo a los Profetas antiguos sobre los cuales exalta a S. Juan se confirma y demuestra por el texto paralelo de S. Lucas el cual dice: *Entre los nacidos de mujer no hay mayor PROFETA que Juan Bautista* (6). Donde expresamente se dice que Juan no tuvo rival en el don de profecía, pero no se dice que excediera a los demás Santos en gracia y santidad. Así lo interpretan también S. Hilario, el Crisóstomo, S. Agustín y otros Padres (7). Suárez dice también que es opinión probable que S. José excedió en gracia y gloria a los Apóstoles y a S. Juan Bautista, porque su cargo fué de mayor excelencia que el de ellos (8).

La misma razón que tuvo el Salvador para ensalzar al Bautista sobre los demás hombres, pudo inspirar a la Iglesia para ante-

(1) In III. Q. XXIX. Disp. 8. Sect. 2.

(2) *Tractatus de S. Joseph*. P. I. art. 1. n. 12.

(3) Cfr. Vives, *Summa Josephina*, n. 698 y sig.

(4) *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista*. Matth. XI. 11.

(5) Cfr. Lepicier, *Tractatus de S. Joseph*. P. I. art. 11. n. 13.

(6) *Major inter natos mulierum propheta Joanne Baptista nemo est*. Luc. VII. 28.

(7) Cfr. Alapide, In cap. I. Matth. v. 16; Cartagena, lib. IV. *De despons. B. M. V. ac excell. Spns. Joseph*. Hom. 8.

(8) In III. Q. XXIX. Disp. 8.

poner su nombre al de José en las Letanías y en la liturgia sagrada, sin que este hecho nos autorice para negar la supremacía de la dignidad de José. Sabido es que el orden de inscripción de los Santos en las letanías y liturgia sagrada no obedece al orden de su mayor o menor dignidad y santidad (1). Dígase lo mismo de la institución de fiestas en honor del Santo o de las devociones con que ha podido ser honrado por parte del pueblo cristiano. Por consiguiente, la prioridad o posterioridad de un Santo en el culto cristiano no constituye prueba de su prioridad y posterioridad en el orden de la gracia y de la gloria (2).

José excede también en dignidad a los Apóstoles. Estos fueron ministros de Cristo, dispensadores de los misterios de Dios (3), vasos de elección (4), columnas de la fe (5) y mensajeros de la palabra divina (6). Con su sangre plantaron la Iglesia de Dios, enseñaron por todas partes el santo Evangelio, conservando íntegra la fe y defendiéndola en la dura y cruel persecución que levantó contra ella el judaísmo y gentilismo. Ejercieron, por lo

(1) Por la misma razón carece de valor el argumento aducido por varios autores josefinos modernos, como por ejemplo Butiñá, según el cual S. José es superior a otros Santos porque figura antes que ellos en varias preces del culto católico. En general, ningún argumento fundado en la liturgia tiene valor decisivo porque en esta se prescinde de la mayor o menor dignidad del Santo para colocar su nombre en las oraciones del rezo litúrgico. Así, por ejemplo, S. Sixto se antepone a S. Lorenzo en el canon de la Misa, cuando el triunfo de este fué más glorioso según la profecía de aquel: *Nos quasi senes levioris pugnae cursum recipimus; te autem, quasi juvenem, manet gloriosior de tyranno triumphus*. Del mismo modo se antepone el nombre de S. Esteban al del Apóstol Matías, sin que esto nos autorice a decir que la Iglesia considera al Protomartir superior en dignidad a los Apóstoles.

(2) Esta es la causa de que la Sede Apostólica haya respondido negativamente a los que pedían que en las Letanías se antepusiese el nombre de José al de S. Juan Bautista. (Cfr. *Analecta Juris Pontificii*, Jul. 1881). Por la misma razón se opuso a que en el *Confiteor* de la Misa, en el Canon y en la oración *Suscipe Sancta Trinitas* se insertase el nombre de José inmediatamente después del de María. También se negó a decretar para el Santo el culto de *protodulia*.

(3) *Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei*. I Cor. IV 1.

(4) *Et ex eis elegit duodecim quos et apostolos nominavit*. Luc. VI. 13.

(5) *Super edificati super fundamentum apostolorum et Prophetarum*. Ephes. II. 20.

(6) *Ipsi autem praedicaverunt ubique*. Marc. XVI. 20.

tanto, oficios singulares en relación con la persona de Cristo.

La misión de José fué, sin embargo, más noble y elevada. El fué, como dice Orígenes, *dispensador de Jesús nacido* (1); *ministro de toda la Encarnación*, según afirma el Crisóstomo (2); el *solo Coadjutor fidelísimo del gran Consejo*, en expresión de S. Bernardo (3); *ministro de nuestra salud*, como le llama la Iglesia (4). Todos estos títulos son indiscutiblemente más gloriosos que el del Apostolado; el ministerio de José afecta más inmediatamente a la persona del Cristo e influye más directamente en nuestra salvación. Por lo cual, dice S. Bernardino, después de María, la Iglesia es deudora a José y debe a este una gracia y reverencia singular (5).

Ni sirve decir que S. Pablo coloca a la cabeza de los ministerios sagrados la dignidad apostólica cuando afirma que Dios *colocó en su Iglesia en primer lugar a los Apóstoles, después a los Profetas, Doctores y Pastores* (6), fundados en la sentencia del cual el Crisóstomo y otros Padres dicen que la dignidad apostólica ocupa la cumbre de las dignidades. Las palabras del Apóstol encierran un valor relativo; habla S. Pablo de las dignidades que existen en la Iglesia, en orden a los fieles. Y en este sentido la dignidad apostólica es la primera porque, como dice Sto. Tomás, la prerrogativa del Apostolado brilla más que la de la virginidad, la del doctorado y la del martirio, ya que los Apóstoles recibieron más abundantemente la gracia del Espíritu Santo (7). Pero S. José recibe su dignidad a consecuencia de su cargo excelso; es superior a los Apóstoles porque estuvo más próximo a Cristo de quien es padre, y a la Virgen de quien es esposo; y así como Cristo y su Madre, dice Seldmayr, están constituidos en

(1) *Pastores invenerunt Joseph dispensatorem ortus dominici*. Homil. 13 in Lucam.

(2) *Totius dispensationis minister efficitur*. Homil. 5 in Matth.

(3) *Solum in terris magni consilii coadjutorem fidelissimum*. Homil. 2. *Supermissus est*.

(4) *Dedit et ministrum esse salutis*. Hym. ad Laudes in fest. Patroc. S. Joseph.

(5) Vives, *Summa Josephina* n. 49.

(6) *Quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum Apostolos, secundo Prophetas, tertio Doctores et Pastores*. I. Cor. XII. 28.

(7) *In Epis. ad Romanos*, cap. 8.

mayor dignidad que todos los fieles juntos, así la dignidad de José es mayor que la de los Apóstoles (1). La dignidad de apóstol es suprema en el orden de la gracia *gratiam facientis*, no en el orden de la gracia de la unión hipostática, en el cual estaba S. José (2).

Es más grande José que todos los mártires, confesores y vírgenes. La razón de ello es porque su predestinación ora se la considere en orden al Cristo, ora en orden a María, ora en orden a la Iglesia, precede a la de todos los Santos. Fué predestinado para ejercer oficios muy particulares acerca de la persona del Cristo, siendo, además, padre suyo y ministro de nuestra redención. Estuvo unido a la Virgen por el vínculo conyugal mediante el cual participaba de sus prerrogativas, acercándose a su dignidad más que otro alguno. Por último, considerado con relación a la Iglesia supera S. José a todos los Santos porque estaba predestinado para ser Patrón de ella, y el patrono es superior a aquellos a quienes patrocina. Concluyamos, pues, con S. Alfonso de Ligorio: La dignidad de José es superior a la de todos los Santos (3).

III

S. JOSÉ Y LOS ÁNGELES

Pero ¿qué diremos de S. José con relación a los ángeles y espíritus celestes? ¿Les aventajará también en dignidad y excelencia? Podemos afirmarlo sin temor alguno, porque no repugna teológicamente que fuese predestinado el Santo en orden y grado sobre todos ellos. Esta afirmación no es doctrina cierta de la Iglesia, pero hay razones sólidas que la abonan y comprueban.

Ante todo es innegable que los Angeles tuvieron relaciones íntimas con el Verbo Encarnado y ejercieron con su persona

(1) Vives, *Summa...* n. 2014.

(2) Cfr. Vives, *Summa...* n. 720.

(3) *Glorie di Marie P. 3. Meditazione pel giorno di S. Joseph.*

adorable ministerios sublimes de obediencia y de amor. Ellos contribuyeron en gran manera a preparar y ejecutar el misterio de la Encarnación. Le prepararon con sus frecuentes apariciones en la Ley Antigua recordando la promesa del Génesis, y hasta representaron al Cristo, según muchos Padres, en las Teofanías del Antiguo Testamento. La misma Escritura dice que Dios se aparecía en forma de ángel (1) y según muchos Padres, era el mismo Verbo quien se revelaba ya a los mortales preludiando su Encarnación futura (2). También contribuyeron los ángeles a preparar la venida del Cristo con la protección especial dispensada al pueblo de Israel en el cual había de nacer el Redentor (3). Este mismo Redentor se nos anuncia como el Angel del gran Consejo, el Angel del Testamento (4).

En la ejecución del misterio se destaca visiblemente la intervención angélica. El Arcángel S. Gabriel anuncia a Zacarias el nacimiento del Precursor de Cristo (5); el mismo Arcángel se aparece a María descubriéndola el misterio que había de obrarse en sus purísimas entrañas (6). Cuando llega la hora del nacimiento en Belén, los ángeles son quienes anuncian a los pastores que ha nacido el Salvador (7). Durante la vida de Jesús un ángel se aparece a José para que salve al Niño-Dios de la persecución de Herodes (8); de nuevo vuelve a aparecer en Egipto, avisando a José para que regrese a tierra de Israel y después para que se traslade a Nazaret (9). Los ángeles sirven también a Jesús en el desierto; uno de ellos le conforta en Getsemaní (10); levantan, por último, la losa funeraria que cubre sus restos divinos y

(1) Cfr. S. Th. I. II. Q. 98, art. 3.

(2) Cfr. Piccirilli, *S. Giuseppe*, pág. 181.

(3) Cfr. Exod. XIV. 19; XXIII. 20; XX I. 34; Numer. XX. 16; XXII. 17; Exod. III. 12

(4) Malach. III. 11.

(5) Luc. I. 11-19.

(6) Ib. I. 26.

(7) Ib. II. 9-13.

(8) Matth. II. 13.

(9) Ib. II. 19.

(10) Luc. XXII. 43.

anuncian su resurrección a las piadosas mujeres que van a visitar su glorioso sepulcro (1).

Pero estos ministerios, estas adoraciones, estos servicios de los Angeles al Verbo Encarnado, ¿son de tal naturaleza que sobrepujen en perfección y dignidad al ministerio de S. José? De ninguna manera. Las afinidades de S. José con Cristo son más profundas y especiales, más inmediatas y directas. Fué padre de Jesús, Rey de los Angeles, y Esposo de María, Reina de los cielos; y estos títulos son más nobles y gloriosos que los que pueden alegar los espíritus celestiales. Estos son *ministros* de Cristo, se refieren a Dios como *siervos* que ejecutan fielmente sus órdenes (2). S. José es Padre del Verbo Encarnado y ejerce sus oficios paternales con solicitud amorosa; es Esposo de la Virgen y como tal poseía derechos estrictos en Ella, en esa Señora a quien proclaman soberana Emperatriz todas las jerarquías de la creación. S. José fué el padre más amante, el esposo más puro; amor y pureza sobrenaturales que, como nacidos del contacto inmediato y continuo del Verbo, excedían al amor de los Angeles.

Ahora bien; el grado de dignidad y de predestinación se mide por el grado de caridad que tienen las almas en esta vida; y como S. José, dada su unión inmediata con el mismo Dios, hizo tales progresos en el amor divino que aventajó a los Angeles, también les aventaja en dignidad. Por mucho que pretendamos ponderar las excelencias de la misión confiada a cada uno de los coros celestiales (3), nunca llegan a igualar a los privilegios de José, a la dignidad eminente que resulta de ser Padre de Dios y Esposo de María. Las funciones de las otras criaturas, dice Sauvé, hacen relación directamente a algo de Jesús. Los ángeles cumplen sus deseos, los mártires testifican su verdad, los doctores desenvuelven sus enseñanzas, las vírgenes honran su pureza; cada alma santa reproduce de un modo predominante tal o

(1) Matt. XXVIII, 2, 6.

(2) *Ipsi sunt administratorii spiritus in ministerium missi propter eos qui haereditatem capiunt salutis.* Hebr. 1, 14.

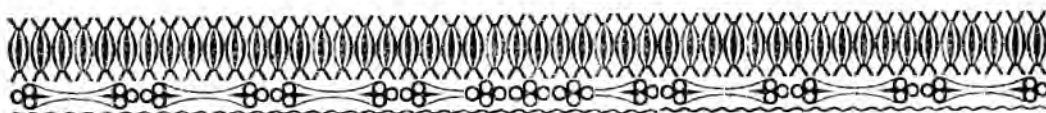
(3) Cfr. Sauvé, *S. José*, págs. 129 y sig.

cual virtud de Jesús. Pero constituye un carácter distintivo de las funciones de José el de tender *por sí mismas* directamente a la persona de Nuestro Señor (1).

De aquí la grandeza, la dignidad de José. Nadie, si se exceptúa a María, amó a Dios como José; nadie vivió en compañía tan íntima de Dios como José; nadie recibió de Dios dones tan preciosos de santidad y gracia como El los recibió. Luego nadie fué encumbrado como El lo fué, ni ha igualado su dignidad altísima.

(1) Ib. *S. José*, pág. 142.





CAPITULO XIX

Santidad de S. José

Hablar de la santidad de S. José es penetrar en un mar sin fondo ni riberas. Sería menester conocer detalladamente las gracias y dones otorgados a tan excelso Patriarca para expresar adecuadamente los ricos tesoros de perfección que encierra su privilegiado espíritu. Y como en este mundo carecemos de ese medio de conocimiento, de aquí nuestra impotencia para alabar como se merece la santidad incomparable del Esposo amantísimo de la Madre de Dios.

Si quiero decir, escribe el P. Aste, que es S. José uno de los grandes Santos que hay en la Iglesia de Dios, no se dice con esto nada. Si digo que es el Santo más singular, más peregrino en ella, aun dirán que digo poco. Si quiero decir que es Dios, es ya decir demasiado; hallar un medio no es fácil; resolver como es debido quien es José, habiendo yo de resolver, no será, como se espera, satisfacer al asunto; dejar sin resolver sus excelencias no será cumplir bien con el empeño, siendo forzoso que hayamos de decir algo (1). Difícil es, en efecto, hablar con propiedad en materia de suyo tan delicada y sublime; pues, como dice el Padre Pise, a ningún mortal será dado jamás alabar a S. José tan dignamente como corresponde a la inmensidad de sus méri-

(1) *Serm. de S. Joseph.*

tos (1). Pero algo hemos de decir de la santidad de José ligada íntimamente a su dignidad altísima. Es tal la conexión lógica entre estas dos cualidades del alma de José que no se explican separadamente; dependen entre sí como medio y fin, como causa y efecto. Por lo mismo que fué José predestinado a tan excelsa dignidad debió poseer la virtud requerida para tan encumbrado cargo, como medio necesario a fin tan nobilísimo. Que no porque fué Santo José Dios le eligió para que fuese Padre del Verbo encarnado; sino, al contrario, porque había de ser Padre por eso fué revestido de tan eminente santidad.

Entendemos por santidad la virtud heróica, la idea viviente de la perfección evangélica, la perfecta pureza de todo pecado, pureza que no puede existir sin la unión íntima con Dios, regla de moralidad y norma suprema de toda rectitud. Y como nadie puede unirse con Dios si antes no se desprende de las cosas impuras, de aquí los dos requisitos que, según el Angélico Doctor, constituyen la santidad, o sea, la pureza de afecto y la adhesión firme del alma a Dios por el amor y las obras buenas (2). La santidad puede ser personal y real, activa y pasiva (3). Aquí hablamos de la santidad personal de José y afirmamos que fué excelentísima y suma porque así lo demuestran multitud de razones.

I

TÍTULOS DE LA SANTIDAD DE JOSÉ

En primer lugar, así lo exigía la dignidad eminente del Santo, el ministerio sublime que le fué confiado. Cuando Dios elige una persona para algún cargo, escribe Sto. Tomás, de tal manera la prepara y dispone que se haga idónea para desempeñarlo dignamente (4). Ahora bien; S. José fué elegido para el cargo inefable

(1) *De S. Joseph.* Append.

(2) I. II.^{ae} Q. LXXXI, art. 8.

(3) Cfr. Valent. ab Assumpt. *Theologia Dogmatico-Scholastica*, vol. I. Q. XV, art. 3.

(4) III. Q. XXVII. art. 4.

de Padre de Cristo y esposo de la Madre de Dios; le fué encomendado un ministerio perteneciente al orden hipostático; luego hemos de decir que poseyó una santidad proporcionada a tan alto cargo. Del mismo modo hemos de medir su santidad que su dignidad. Si esta es la más elevada después de la Maternidad divina y superior a la de todos los Santos, también su santidad debe ser una y sobrepajar a la de las demás criaturas. En S. José, dice Sauvé, la santidad ha sido perfectamente igual a la grandeza de su cargo (2). El ministerio de S. José como perteneciente al orden de la unión hipostática supera a los demás ministerios y lo mismo ha de decirse de su santidad. Fundado en esa razón, juzga Suárez piadoso y probable que S. José aventajó en gracia y gloria a los Apóstoles y a S. Juan Bautista, porque nada hay en la Escritura ni en la tradición que se oponga a esa conclusión (2). Habiendo elegido Dios al bienaventurado José sobre todos los Santos, dice Pío IX, para ser verdadero y purísimo esposo de la Virgen Inmaculada y Padre putativo de su Hijo, le comunicó en abundancia gracias *enteramente singulares* para desempeñar con toda fidelidad tan sublimes oficios (2). Esta es la razón primaria de la santidad incomprensible de José, su predestinación para Padre del Cristo y Esposo de la Madre de Dios.

Hay en la casa de Dios, dice el P. D'Argentan, empleos tan sublimes que no pueden ser desempeñados sino por personas soberanamente elevadas en gracia y santidad por encima de todos. Tales son los empleos de la Santa Virgen y de S. José... Yo no puedo comprender todas las excelencias de este ilustrísimo Gobernador del omnipotente Monarca del mundo; mas para juzgar de ellas b  stame ver el empleo para el que fué escogido entre todas sus criaturas por la Sabiduría divina. Es cierto que Dios adornó a José con todas las cualidades proporcionadas al sublime cargo con que le honraba (4). A la verdad, si Dios santifica

(1) *S. José*, pág. 158.

(2) In III. Q. XXIX. Disp. 8.

(3) *Litt. Apost. Inclytum Patriarcham*. 7 Jul. 1871.

(4) *Les Grandeurs de la tres S. Vierge*, P. I. cap. VII.

más a aquellos que más cerca están de su Divino Hijo, debió santificar a S. José más que a ningún otro hombre, porque estuvo unido al Cristo con un vínculo más estrecho que todos los demás, por el vínculo de la paternidad real y verdadera. Repugna una dignidad suma sin una santidad suma, condición indispensable para poseer aquella y desempeñarla con acierto.

Esta paternidad de S. José, fuente primera de su santidad, nos proporciona otro argumento poderoso que nos confirma en la misma verdad. Debido a su carácter de padre José acompañó a Jesús durante treinta años y es indudable que esta *proximidad* al Cristo fué para el Santo manantial inagotable de virtud y perfección. Cuanto más alguna cosa se acerca a su principio en cualquier género que sea, dice el Doctor Angélico, más participa el efecto de aquel principio... Cristo es principio de la gracia autoritativamente en cuanto Dios, instrumentalmente en cuanto hombre (1). De este principio deduce el Santo Doctor la singular santidad de María, mayor que la de ningún otro santo. Luego por la misma razón, si S. José, después de la Virgen, fué el más próximo a Jesucristo recibió de Este mayor abundancia de gracias que todos los demás. Esta es la razón por la que se mueve Suárez a afirmar que, después de la Humanidad de Jesús y de la Virgen María, S. José ocupa el tercer lugar en la abundancia con que participó de la gracia divina por su familiaridad y contacto singular con el mismo Jesús (2). Y realmente cuanto más cerca estamos del manantial, más puras y abundantes son las corrientes de agua que pueden saciar nuestra sed. S. José que estuvo, no un momento ni un mes ni un año, sino muchos años unido a Jesús con una unión especial, unión de estado, unión inmediata, profunda y total, participó ciertamente en mayor cantidad los ricos tesoros de bondad y gracias que encerraba su divino y amadísimo Hijo.

¿Quién, exclama Butiñá, podrá encarecer de una manera digna los progresos que hacía S. José en la ciencia de los santos bajo el magisterio de Jesús con la luz brillantísima de tan edificantes

(1) III. Q. XXVII, art. 5.

(2) III. Q. XXIX. Disp. 8.

ejemplos? (1) Las palabras del divino Maestro, sus miradas, sus sonrisas y lágrimas, todo era para José estímulo eficaz que le impulsaba a la virtud, enseñanzas vivas que engendraban en su corazón deseos ardientes de pureza y santidad. Medios tan poderosos y abundantes de perfección no los tuvo santo alguno, y es de suponer que S. José se aprovechó eficazmente de ellos. Por espacio de treinta años, dice Seldmayr, gozó José de la presencia, sabiduría, amor y ejemplos de Jesús en el cual todo era pureza y perfección sin mancha; sería insensato afirmar que no se aprovechó de esos medios; luego llegó a ser más santo que otro alguno (2).

Por otra parte, no puede negarse que Jesús amó a su padre S. José con un amor ardentísimo, el más tierno y comunicativo de todos los amores filiales. Siendo esto así hemos de creer que le revelaría familiarmente sus secretos, le comunicaría las riquezas de sus hermosos sentimientos, le infundiría efusiones de santidad extraordinaria, oleadas de luz en su mente, llamaradas de amor en su pecho. Claro está, dice Suárez, que después del nacimiento de Jesús fueron mucho más crecidos en S. José los aumentos de santidad; ya porque conociendo perfectamente a Jesucristo, con su frecuente conversación y continua presencia se sentía impelido a multiplicados y ardentísimos actos de caridad; ya también porque con los coloquios y ejemplos del Salvador debía de inflamarse con mayor intensidad en el fuego divino. No es lícito dudar que S. José en todo aquel tiempo fué prevenido con gracias y auxilios singulares; ya porque así lo exigían las circunstancias que le rodeaban, ya porque, si promete Jesús no dejar sin premio al que da en su nombre un vaso de agua fría, ¿cómo había de despedir sin paga al que tantos sudores vertía y tantas obras de caridad hacía, no tan sólo en su nombre sino también en provecho de su persona? ¡Y con qué amor tan fino, tan fuerte e inefable! ¿Quién podrá con humanas palabras debidamente expresarlo? (3) Si la simple conversación con Jesús

(1) *Glorias de S. José*, pág. 147.

(2) Vives, *Summa...* n. 737.

(3) Loc. cit.

bastó para encender amorosamente las almas de los discípulos de Emaus (1), ¿qué no diremos del fuego que debía producir en el corazón de José la intimidad con el Divino Maestro, su confianza en El, el amor con que Jesús distinguía y honraba a su padre terreno? La lengua humana es incapaz de expresar las bendiciones divinas que enriquecieron el alma de José por su continua habitación y familiaridad con el Verbo Eterno.

En tercer lugar es indicio clarísimo y elocuente testimonio de la excelentísima santidad de José el vínculo conyugal que le unía a la Virgen, vínculo que implica y establece semejanza de privilegios entre ambos Esposos. Así como fué conveniente, dice Gersón, que María resplandeciese con pureza suma, así convino que a su modo virginal tuviese un esposo igualmente purísimo que con perpétua virginidad permaneciese virgen antes y después. Uno y otro brillan y refulgen con progeñe real; uno y otro fueron santificados en el seno materno. Con María *llena de gracia* y represora del *fomes* permaneció José *lleno de gracia* (2). El matrimonio por esencia propia identifica moralmente a los esposos y supone en ellos igualdad o por lo menos semejanza de cualidades; cuando Dios quiso dar a Adán una esposa digna de él, exclamó: *Démosle por ayuda una mujer semejante a él* (3); porque la desemejanza de hábitos y costumbres menoscaba la paz y armonía del matrimonio. Y si esta semejanza es condición de todo matrimonio feliz y ordenado ¿qué no diremos de aquel matrimonio perfectísimo de José y María concertado *especialmente* por Dios y ordenado directamente a la Encarnación del Verbo? No es creíble que se omitiera en ese enlace la semejanza de virtudes entre los contrayentes; antes bien la proporción de dones y privilegios entre ambos Esposos fué indudablemente requisito esencial previsto en la mente divina al concebir el plan de la Encarnación. Si S. José fué semejante a María en dignidad de tal modo que se aproximó a ella, según León XIII, más que otra

(1) *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur nobis in via et aperiret nobis Scripturas?* Luc. XXIV, 32.

(2) *Serm. De Nativit. B. M. V.*

(3) *Faciamus ei adjutorium simile sibi.* Genes. II.

criatura, también debió serlo en santidad porque lo contrario sería injurioso a la Madre de Dios. Naturalmente se sigue, dice el P. Murillo, que el marido entre a ser señor de todo lo que es señora su esposa; porque como el vínculo del matrimonio une al marido y a la mujer y los hace una cosa, entrambos se reputan por una persona, y así no puede haber división entre los títulos y señoríos (1).

Tal era la unidad entre María y José, dice Cartagena, que, aun siendo la Virgen perfectísima, se hubiera creído imperfecta si lo hubiese sido su esposo (2). La santidad de los esposos es común a entrambos y en los que Dios elige para ese estado aun se verifica la ley de la igualdad o semejanza en mayor grado. Cumplióse perfectamente en María y José esa ley de semejanza de tal modo que, según S. Francisco de Sales, eran los dos Esposos como dos purísimos espejos puestos uno enfrente del otro de manera que los rayos de santidad que infundió el Sol de justicia, Cristo, en María, se los comunicó María a José por reverberación tan perfecta que parecían ser iguales, y las mismas las virtudes de José y las virtudes de María (3).

Ahora bien; María ha sido la criatura más santa de la creación. Excepto Dios, dice S. Andrés de Creta, es María más santa que todos los santos, *tesoro santísimo de santidad* (4). S. Pedro Crisólogo la llama también *Colegio de santidad* (5) y S. Anselmo *Sagrario de todas las virtudes* (6). No debe extrañarnos esa santidad de María pues era debida a su maternidad, la cual no podía estar manchada con la más ligera sombra de pecado. La gracia de Dios, dice Sto Tomás, se concede para dos cosas, a saber: para obrar el bien y para evitar el mal, para todo lo cual poseyó la bienaventurada Virgen una gracia abundantísima, pues ella evitó el pecado más que ningún otro santo después de Jesucristo. Ejercitó también toda obra de virtud mientras que los

(1) *Vida y excelencias de la Madre de Dios*, Trat. 4, disc. 4.

(2) Vives, *Summa...* n. 708.

(3) *Sur les vertus de S. Joseph*. Entretien XIX.

(4) Serm. *De dormit. Virginis*.

(5) Serm 141.

(6) Alloq. coel. 22.

demás santos tan solo se ejercitaron en algunas especiales (1). José, el elegido para esposo de María, debía ser privilegiado como esta y poseer títulos legítimos que le hiciesen digno de unirse con aquel vaso de santidad, morada del Verbo encarnado; y no podía ser José de tal condición si la más leve sombra de culpa hubiese empañado el brillo de su alma virginal. Si es imposible, dice Butiñá, presentar otra criatura más santa y más perfecta que la Madre de Dios, hemos de convenir en que jamás se podrá hallar otro esposo más parecido a la Reina de los cielos que el justísimo S. José; y que así como la dignidad de María es de una esfera tan sublime y elevada que no pueden apearla ni los hombres ni los ángeles, de un modo semejante las virtudes y grandezas del esposo de María son tan relevantes que no las alcanzará jamás en toda su plenitud, no ya sólo la comprensión humana pero ni aun la misma comprensión angélica (2).

De aquí se desprende otra consecuencia interesante, un nuevo título de José para ostentar en sus sienes la diadema de Rey de los santos. Como ese vínculo matrimonial que le unía a María era indisoluble y perpetuo, llevaba consigo la indivisibilidad de vida y continua cohabitación con María, fuente para José de virtud y santidad. Así como la proximidad de José a Jesús durante su vida contribuyó en gran manera a aumentar la santidad de su alma, así la familiaridad del Santo con su Esposa multiplicó en él los actos de virtud y perfección. La amistad y familiaridad con la Madre de Dios, dice Cartagena, nos dan una idea de la excelentísima santidad de José (3). Nada más eficaz que una mujer buena, dice el Crisóstomo, para instruir y reformar al hombre en cuanto quiera (4). Y si esto es así, ¿qué influencia no ejercería en José la Santísima e Inmaculada Virgen María? Sus palabras, sus ejemplos y virtudes fueron medios poderosísimos de santificación para José. Además, nadie más interesado que Ma-

(1) *Super Salut. angel*

(2) *Glorias de S. José*, P. I. cap. V. I.

(3) *Summa...* n. 769.

(4) *Nihil potentius muliere bona ad instruendum et informandum virum quodcumque voluerit*. Homil. n. 9.

ría en hacer partícipe a José de las gracias que ella atesoraba, María amó a José más que a todas las jerarquías celestiales; le amaba como verdadera y amantísima Esposa hasta el punto de no haber, después de Jesús, otro objeto más digno de su amor. Complaciase José en esas demostraciones de cariño que eran para él efluvios purísimos de aquella santidad inmensa que rebasando el alma de la Virgen recogíase en la de José. Si Juan Bautista antes de nacer, escribe Faber, se estremeció de gozo al oír la voz de María ¿qué debió ser la compañía de la Madre sin pecado para José, a quien más pertenecía, después de Jesús? Su amor conyugal formaba parte de su religión; los servicios que le prestaba con ternura eran un culto que le santificaba y acercaba a Dios (1). Este amor de María a José atraía sobre éste bendiciones sin fin, pues en eso consiste el amor, en desear el bien y comunicar a la persona amada las perfecciones del amante. El entendimiento se pierde al sondear este misterio; no se vislumbran límites en ese piélago de santidad. Parécenos la Virgen, dice S. Bernardino, un profundo y ancho mar, lleno de la plenitud del mismo Dios, que se derrama sin cesar en el corazón de S. José y lo colma de bendiciones a proporción de su capacidad. Y como el seno de su bellissimo espíritu se iba continuamente dilatando y ensanchando con su cooperación incesante, así se acrecentaban las efusiones de María en el corazón de S. José. Creo, termina el Santo, que la bienaventurada Virgen derramó generosamente en S. José todo el tesoro de su corazón en cuanto de él era capaz (2). Si la mujer diligente es la corona de su esposo, según los Proverbios (3), María la Esposa más perfecta coronó de gracia y gloria a su dulcísimo Esposo S. José.

Con una sola salutación, observa Cornelio Alapide, santificó la Virgen a Juan Bautista y le consagró como Precursor y Parainfo de Cristo; ¿pues cual santidad no inspiraría a José con tan frecuente salutación, continua comunicación y coloquio de tan-

(1) *Belén*, pág. 338.

(2) Vives, *Summa...* n. 15.

(3) Prov. XII. 4.

tos años? (1) Imposible, en verdad, describir los bienes que de María refluían a José y las ricas joyas que adornaron su alma para ser digno compañero de María.

Y como esta cohabitación con María y Jesús fué larga y continua, la santidad de José creció en grados, progresando más y más en esa escala mística hasta llegar a la cima de la virtud más eminente y heroica. La comunicación divina, escribe S. Bernardino de Sena, de que el Santo gozaba en virtud de la cohabitación y la administración doméstica, no sólo fué con María sino también con Jesús, habitando con el cual y proveyéndole en todas sus necesidades, ascendió S. José en gracias y virtudes admirables (2). De esta mútua conversación de José con Jesús y María, dice Ekio, podemos inferir la *inmensa* santidad y dignidad de él (3). Y S. Alfonso de Liguori: No debe dudarse que mientras vivió con Jesucristo creció tanto José en los méritos y en la santidad que bien podemos afirmar superó a los méritos de los demás Santos (4).

Realmente si el amor es la plenitud de la ley y la forma de la santidad; si la caridad es la expresión y medida del mérito, amando S. José a Dios más que ningún santo, se santificó y mereció más que todos ellos. Si tan grande fué el amor de José a Cristo, dice Naveo, que, excepto la Virgen, parece que ningún otro Santo le amó más ¿por qué no hemos de creer también que Jesús amó a José más que a todos los Santos?... Y si el Señor le amó con todo su corazón y le galardonó como a Padre, no puede haber otro semejante a él ni en la gracia de los Santos ni en la gloria de los bienaventurados (5). Concluyamos, pues, afirmando que la santidad de José es suma y superior a la de todos los Santos.

Esto es lo que parece indicó la Escritura cuando llama a José el *varón justo*. José, *siendo justo*, dice S. Mateo (6)... Como si

(1) In Matth. I. 16.

(2) Serm. I. *De S. Joseph*.

(3) Homil. *De S. Joseph*.

(4) Serm. *nella festa di S. Giuseppe*.

(5) *Euromia S. Joseph* Orat. I.

(6) *Joseph autem cum esset justus*. I. 19.

dijera: Siendo *perfecto*, dotado de toda santidad y virtud, según comenta el Crisóstomo cuando dice que la palabra *justo* en el texto sagrado significa un hombre revestido de todo género de virtudes (1). En esta justicia, dice Morales, excedió José a todos los Padres de la Antigua Ley, aunque no consta con certeza si excede también a los de la Nueva (2).

II

PSICOLOGÍA MÍSTICA DE S. JOSÉ

La santidad de José no sólo arrebató nuestra admiración por su grandeza e inmensidad, sino también por los caracteres especiales que reviste en la historia de los Santos. Es una santidad singular que no se confunde con la de ningún otro santo; como su dignidad, así también su santidad constituye especial categoría.

Confieso francamente que de todas las ciencias humanas, ninguna ofrece para mí dificultades más serias ni presenta problemas más arduos que la Psicología de los Santos. Hasta ahora no se ha llegado a definir la esencia de la santidad. Oigo decir a oradores insignes y a teólogos notables, que la santidad es la idea viviente de la perfección evangélica, la realidad palpitante de Dios en un alma, el heroísmo de la virtud encarnado en un ser, la aristocracia del espíritu humano, la realeza de la creación; pero esto es decir nada, porque aquí no se ve por ninguna parte la definición estricta de la santidad, y sí sólo algunos rasgos de ella, meras denominaciones con que nuestra inteligencia la percibe o la expresa. En ninguna acción brilla con más intensidad el poder absoluto de Dios y resplandecen con más luz los desig-

(1) *Justum hic omni virtute praeditum dicit.* Homil. 4. in Matth. Sin embargo, como la palabra justo puede tener y de hecho tiene muchas acepciones en la Sagrada Escritura donde el justo por antonomasia es Cristo, según aquello: *Rorate coeli desuper et nubes pluant Justum*, no puede alegarse este texto de S. Mateo para probar definitivamente la justicia omnimoda de S. José, mucho menos podemos afirmar que en él se contenga implícita o virtualmente revelada su santidad eminente.

(2) In cap. I. Matth. lib. 4. Tract. 7.

nios amorosos de su Corazón como en la creación de un santo, cuya existencia es por sí misma la apología más profunda del Cristianismo, la demostración más categórica de la existencia de la Divinidad. Los Santos prueban la grandeza de Dios y la grandeza portentosa del hombre. Ellos son la humanidad en sus más salientes manifestaciones, en sus notas más enérgicas; son la vida en su acepción más honda, *activitas immanens spiritus ut talis*, la originalidad rebotante, el ideal en sus destellos más vivos, la concepción en sus caracteres más luminosos y bellos. La vida del santo es toda interior y si bien es verdad que por las manifestaciones externas, por los efectos podemos conocer algo y adivinar los fenómenos internos de su corazón, la experiencia atestigua repetidas veces la dificultad grande que experimentamos al sondear el espíritu de esas criaturas privilegiadas, y cuan frecuentemente pasa inadvertida la vida oculta e interior donde radica la verdadera santidad.

Difícil es en extremo penetrar los secretos que se esconden en la urdimbre maravillosa del alma y sólo a espíritus sublimes que viven en las regiones del éxtasis o de la contemplación mística ha sido permitido revelar a los mortales los portentos que encierra ese fenómeno divino que llamamos santidad. La ciencia nada puede en esta materia; la mísera razón humana no puede volar por esas cumbres deslumbradoras, mansión de las almas luminosas, de los corazones espléndidos; una gota de santidad vale más, como decía Gounod, que un oceano de ciencia; de aquí el desaliento que se apodera de nosotros al intentar describir la trama misteriosa de esos espíritus gigantes. Y no es posible callar, porque digan lo que quieran los incrédulos, la santidad no es un hecho arcaico, materia de reflexiones estériles para los pensadores medioevales; no es un índice de cosas históricas destinado a ocupar un capítulo en la arqueología sagrada, ni mucho menos un conjunto de fenómenos puramente subjetivos, sin interés ni importancia alguna para la sociedad. Nos dan lástima aquellos que como el filósofo norteamericano W. James juzgan que la santidad es un producto de la superstición y el histerismo (1); o pien-

(1) Véanse sus *Lectures on natural religion*, pág. 387 donde afirma que el misti-

san con Leuba, que la santidad no reconoce causa transcendente alguna (1). El análisis directo de los hechos nos dice que por encima de los fenómenos psicológicos del alma flota una fuerza sobrenatural que informa los actos del Santo, de esa figura extraordinaria, gloria exclusiva de la religión de Cristo. De aquí su energía, su eficacia para reformar la vida de la sociedad; las virtudes cristianas no son emanaciones del alma sin relación alguna a la vida exterior, sino actividades poderosas que actúan constantemente en el curso de la historia y en los actos del hombre. No, no es posible negarlo; la santidad es una fuerza incomparablemente más viva y poderosa que el genio, el heroísmo y la idea; los santos influyen y han influido en las costumbres humanas más que los sabios y héroes; al mundo no le salvaban los guerreros ni filósofos; sólo pueden salvarle los santos.

Pero precisamente por esto, por el rico tesoro de energías que atesora, que contiene la santidad, ofrece tantas dificultades al sabio, se resiste en tal grado a las investigaciones científicas; es un misterio que más bien debemos adorarle que escudriñarle, se siente y se vive mejor que se explica. Los que hemos tenido la incomparable dicha de encontrar en el camino de la vida esos héroes sobrenaturales y hemos visto con nuestros mismos ojos y palpado con nuestras manos los fenómenos de la santidad en su expresión más enérgica y sublime, sabemos muy bien que es verdad que no es dable a nuestro entendimiento comprender los hechos trascendentales que se verifican en el alma de los Santos cristianos.

Y si esta dificultad nos sorprende siempre que nos proponemos estudiar la psicología de cualquiera de esos varones esclarecidos, esa dificultad aumenta y el desaliento crece al hablar de S. José. Es un tipo único, un santo singular. Aunque el principio de la santidad es siempre el mismo, la gracia divina puede, no obstante, modificarse por las diversas condiciones del individuo en quien se recibe. La gracia perfecciona y eleva a la naturaleza

cismo de Santa Teresa de Jesús tuvo por causas el ácido nítrico de la atmósfera, la superstición y el histerismo.

(1) *La psychologie des phenomenes religieuses*, pág. 323.

pero no la destruye, y los Santos aun bajo la acción de Dios permanecen dueños de sus pensamientos y sus actos. Así como la luz del sol al reflejarse en la superficie de los cuerpos produce diversos colores y da origen a multiplicidad de cambiantes sin mudarse substancialmente en su propia esencia, del mismo modo la gracia, siempre invariable, siempre idéntica, como parte que es de la naturaleza divina, al infundirse y comunicarse a las almas se adapta a los impulsos originales de éstas, y sin violentar sus tendencias peculiares y fines determinados los desenvuelve y perfecciona, creando esa variedad maravillosa de Santos que tanto hermosean el cielo de la Iglesia.

Efecto de esa adaptación multiforme es la diversidad fisonómica de los Santos. Unos personifican la acción afectuosa y tierna, otros la acción enérgica y el espíritu de propaganda ardiente. Estos gozan arengando a muchedumbres bulliciosas como Juan Capistrano y Diego de Cádiz; aquellos encuentran sus delicias en la soledad y el aislamiento como Nicolás de Tolentino y S. Juan de la Cruz. A veces deslízase su vida en el oscuro rincón de tierra donde plugo a Dios hacerles germinar, como el cura de Ars; otros, viajeros infatigables recorren imperios y naciones, iluminando al mundo con la elocuencia de su palabra, o con las luces de su ejemplo y de sus virtudes, como S. Antonio de Padua S. Francisco Javier y tantos otros. Quienes brillan en la política, en la ciencia y en la milicia; quienes, ocupados en el ejercicio de un humilde oficio, pasan la vida ocultos a las miradas del mundo.

¿De dónde nace y cómo se explica esta variedad de florecencia, de irradiación, de santidad? No de otra parte sino de su misión especial, del fin particular a cada cual asignado por Dios. Para conocer, pues, a un santo, no basta estudiar el misterio de su formación íntima, en esto todos convienen; se necesita, además, conocer el fin de cada uno, la misión determinada que trajeron al mundo impuesta por la voluntad soberana de su Creador. Y la misión de S. José, como hemos dicho, el principal oficio fué el conservar oculta a las miradas del mundo la Encarnación del Verbo.

He aquí la razón de la obscuridad en que se halla envuelta la vida de José y la nota peculiar de su extraordinaria santidad.

Para formarnos idea aproximada de ella y tener concepto claro de la grandeza moral de nuestro Santo, menester es implorar humildemente los auxilios divinos y ser ilustrado con la gracia del Espíritu Santo. «Diríase, escribe Ernesto Hello, que este hombre envuelto en el silencio, inspira silencio. El silencio de S. José produce el silencio alrededor de S. José. El silencio es su alabanza, su genio, su atmósfera. Donde él está el silencio reina. Dicen algunos viajeros que cuando el águila se cierne, el peregrino sediento adivina una fuente en el lugar del desierto donde la sombra del águila se proyecta. El peregrino escarba la tierra en aquel lugar y el agua brota. El águila lo había adivinado en su lenguaje, esto es, cerniéndose» (1).

Esta preciosa leyenda tiene aplicación perfecta en nuestro caso. Recorred la historia de los grandes Santos y donde quiera que encontréis la sombra de S. José, el silencio no estará lejos de allí. Es un sello personal que deja huellas indelebles en el espíritu humano. Escárbese la tierra que en su significación simbólica representa la naturaleza humana, y el agua brotará. Y el agua, prosigue Hello, será aquel silencio profundo en el que están contenidas todas las palabras; aquel silencio vivificante, refrescante, apaciguante, saciante, el silencio substancial. Donde la sombra de S. José es proyectada, la substancia del silencio, profunda y pura, brota de lo más hondo de la naturaleza humana (2).

Por eso yace en el misterio y es tan poco conocida el alma y la vida interior de José; fué la sombra del Padre y en todos los actos de su mortal existencia conserva esa representación singular. Así se explica su misión, su poder, su santidad. S. José, dice el P. Buffier, se distingue de todos los demás Santos en el orden de su ministerio, en el orden de sus gracias, en el orden de sus privilegios y en el orden de su santidad (3). De todas las santidades de la Iglesia, la de José es la más profunda y la más difícil de ver distintamente; pero concebimos cuán inmensa debió

(1) *Fisonomía de los Santos*, art. X.

(2) *Lec. cit.*

(3) *Vida de S. José*, pro.

ser (1). Había nacido para ser *sombra* y sombra fué su vida, cumpliendo su papel maravillosamente. S. José es un santo misterioso, el más oculto de los santos de Dios. No nos es posible, dice el citado Faber, dar un nombre al carácter de su santidad; no podemos compararle con ningún otro de los santos de Dios (2). El no llamó la atención de los grandes y de los poderosos; vivió y murió escondido porque esa era su predestinación. No fué sabio, artista ni poeta, pero todos hablan de él y le cantan y celebran; no pisó artesonados salones ni habitó regios alcázares, pero su obscuridad se ha trocado en sol de luz, su humildad en trono de gloria y de inmortalidad. Hay flores, prosigue el mismo autor, que exhalan su perfume a la sombra y cuyo olor se hace más suave a medida que el sol se remonta en el cielo. Están ocultas entre una espesa capa de fresco y verde follaje, sombreado por arbustos y majestuosos árboles, y sin embargo, cuando el aire abrasador del medio día entibia la frescura de la selva, exhalan dulcemente su suave aroma y al través del follaje lo esparcen por la atmósfera. Su perfume da un carácter de poesía a la escena rústica, y más tarde nos ofrecerá su imagen a la memoria. Tal es el suave olor de S. José en la Iglesia (3).

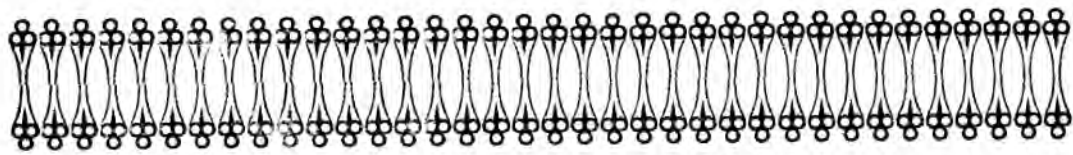
Adoremos en silencio las maravillas de la santidad de José, maravillas obradas por Dios para honrar y enaltecer a su Padre visible en la tierra; cantemos siempre las glorias del gran Patriarca e imitemos, según nuestras fuerzas, los ejemplos de su fecunda e inmaculada vida.

(1) *Belén*, pág. 73.

(2) *Ib.* pág. 124.

(3) *Ib.* pág. 72.





CAPITULO XX

Virtudes de S. José

Hablando de la santidad del Jefe afortunado de la Sagrada Familia hemos dicho que recibió una infusión de gracias extraordinarias, razón por la cual es llamado el *Justo*, o sea como exponen los Padres, un hombre adornado de todas las virtudes. Son estas la eflorescencia natural de la gracia divina cuyo poder y eficacia se manifiestan y expresan en la vida del Santo; por eso después de hablar de las gracias singulares que recibió José para ser digno Padre de Jesús y Esposo de María, debemos hablar, si bien someramente, de las heroicas y sublimes virtudes que nos enseñó en el curso de su admirable vida. La piedad cristiana no puede olvidar este punto capital que tan benéfico influjo ejerce en la reforma de las costumbres humanas; que no se ofrecen las imágenes de los Santos para que admiremos en ellas los rasgos maravillosos del Artista divino, sino para que, contemplando esas bellezas morales, nos movamos a imitarlas siguiendo el camino que ellos nos trazaron con sus hermosos y fecundos ejemplos. Así lo hemos de hacer con S. José, deteniéndonos siquiera unos momentos a reseñar sus virtudes.

Todas las virtudes resplandecen en el alma de José, las teológicas y las cardinales.

I

VIRTUDES TEOLOGALES

La fe es la primera de las virtudes, *fundamento y raíz de toda justificación*, como dice el Concilio de Trento (1), ya que como dice el Apóstol, sin la fe es imposible agradar a Dios (2). La fe es un don del cielo, una virtud sobrenatural que tiene por objeto creer cuanto Dios ha revelado. Se funda, no en la evidencia intrínseca de la verdad, sino en la autoridad de Dios que revela. Aunque acto elícito del entendimiento es imperado por la voluntad, pero esta debe ser movida por la gracia divina para que aquel asienta a cuanto Dios revela.

Toda la vida interior descansa en la fe; el justo, dice S. Pablo, vive de la fe (3) y si esto vale hablando de cualquier justo, ¿qué diremos del *Justo de los justos*, del gran S. José? Ciertamente que nadie, como él, poseyó en tan alto grado ese don divino: jamás su inteligencia abrigó la menor duda sobre cualquiera de las verdades sobrenaturales. Aun en aquel momento crítico, cuando las dudas atormentaron su espíritu al ver a María en cinta, no dudó en la fe, sino que pronto obedeció al ángel que le avisó no temiera recibir a María su esposa y cohabitar con ella. *Despertando*, dice la Escritura, *hizo como le mandó el ángel del Señor y recibió a su mujer* (4), sacrificando en aras de la fe todo pensamiento, creyendo firmemente el misterio obrado en el seno purísimo de María.

Esta fe palpita vigorosa en su vida, confortando su alma en todos los peligros. Si, parece increíble que él sea el destinado para Nutricio y Guía del Verbo humanado y sin embargo cree; va a Belén y contempla allí al recién nacido, abandonado de todos, pobre y solo en un mísero establo; y no obstante, a través de los

(1) Sess. VI. c. 8.

(2) *Sine fide impossibile est placere Deo* Hebr. XI. 6.

(3) Rom. I, 17.

(4) Matth. I. 24.

velos de su Humanidad, José descubre y reconoce en El su Divinidad adorable, y a pesar de los desprecios de los hombres confiesa valerosamente los grandes misterios que ve obrados en Jesús y María. Oye que Herodes maquina la perdición del tierno Niño y sin fijarse en el medio de que el Padre quiere valerse para ponerlo en salvo, José no duda un momento en adorarlo como a Dios. Y esta fe le acompaña en Egipto, en Nazaret, sin decaer un momento, sin amortiguarse jamás. Los judíos, olvidando los testimonios del Antiguo Testamento que tan detalladamente anuncian las cualidades del futuro Mesías, se resisten a creer que Jesús de Nazaret sea el Dios verdadero, el Libertador de los hombres, le persiguen e insultan; pero José permanece siempre fiel a su lado, reparando las ofensas de la incredulidad con los dulces homenajes de su fe, de su amor y adoración. Verdaderamente que fué su fe profunda y admirable como la de Rey de los Patriarcas antiguos.

En todos los momentos, en todas las circunstancias de su existencia procuraba, dice Butiñá, acrecentar los tesoros de su alma siempre puesta en ejercicio constante de su fe, ofreciéndolo siempre todo para complacer a Dios sin apartarse un punto de la divina presencia. Y si la fe de Abrahán fué tan alabada por el divino Espíritu, porque fuera de creer que Sara, su esposa, aunque estéril, concebiría en su vejez, procuró en todas sus obras andar delante de Dios; y si aquel antiguo Patriarca mereció por su fe el título y renombre de padre de los creyentes y la solemne promesa de que nacería de su tronco el Mesías esperado, ¿qué hemos de decir de la fe viva y profunda de S. José, que tanto sobrepujó a la de Abrahán cuanto va de ser madre anciana a ser madre y virgen y cuanto dista andar a veces en la divina presencia de no apartarse ni un momento de ella (1).

Esta fe hizo de la vida de José un sacrificio continuo, un holocausto perpétuo en aras de su amor a Jesús, enseñándonos el modo de santificar nuestros actos, viviendo esa vida divina y sobrenatural de los Santos.

No es menos digna de alabanza la *esperanza* de José quien

(1) *Glorias de S. José*. P I. cap. II.

jamás se engrió con la presunción ni se abatió por la desgracia. *Bienaventurado el varón*, dice el Salmista, *que pone su esperanza en el Señor* (1), *porque jamás sucumbirá; Dios es la fortaleza y el refugio del que en El confía* (2), y fundados en esto los Santos acometieron empresas heroicas y llevaron a cabo hazañas maravillosas porque Dios era su esperanza y fortaleza. *Obrad virilmente*, decía David, *y confortad vuestro corazón todos los que esperáis en el Señor* (3).

La esperanza es una virtud teológica por la cual esperamos, confiados en los auxilios de la divina gracia, la bienaventuranza futura y los medios para conseguirla. Objeto *material* primario de la esperanza es el mismo Dios, ya se le considere en sí mismo, ya en su posesión. Objeto *secundario* son todos los medios para conseguir su posesión. El objeto *formal* de la esperanza es la bondad y fidelidad de Dios unida a su omnipotencia. Esta virtud tiene estrechos vínculos con la fe, porque esta es la *substancia* o fundamento *de las cosas que se esperan* (4). La esperanza fué una de las virtudes características de José, una de las que poseyó en su más alto grado, digno de que todos la imiten y celebren. Y realmente, habiendo sido enriquecido S. José con luces tan sobrenaturales para dirigir y gobernar a la Sagrada Familia, no es de extrañar que su esperanza fuese firme e inquebrantable, como nacida del conocimiento que el Santo tenía de los misterios de Dios. La esperanza se apoya en Dios, pues para el justo, Dios es su esperanza, como decía David, *Tu es, Domine, spes mea*, y aun humanamente hablando la esperanza encierra una virtualidad indescriptible que sostiene al hombre en las luchas más terribles, en los trances más desesperados. Mientras queda un rayo de esperanza el corazón lucha y pelea; pero una vez que esta flor se marchita, todo se desploma y sucumbe. Divina es la religión que ha hecho de la esperanza una virtud,

(1) *Beatus vir qui sperat in eo*. Ps. XXXIII. 9.

(2) *Quoniam fortitudo mea et refugium meum es tu*. Ib.

(3) *Viriliter agite et confortetur cor vestrum omnes qui speratis in Domino*. Ib. v. 25.

(4) *Fides est sperandarum substantia rerum*. Hebr. XI. 1.

decía Chateaubriand, y santo será el que la practique dignamente. No hay mejor camino para llegar a la perfección que confiar en Dios, así como la desconfianza en El esteriliza nuestros esfuerzos y nos precipita en la ruina. La misericordia de Dios sale al encuentro de quien espera en El (1). En cambio, es maldito el que no confía en El, sino que con sus propias fuerzas pretende formular sus creencias y practicar sus deberes.

La esperanza de José fué una esperanza sólida, porque tenía seguridad completa de las promesas de Dios y había depositado en El sus esperanzas todas. No dudó un momento de que la gloria que le esperaba era inmensa y que Dios no había de negarle los medios convenientes a su predestinación. Trabajó, sufrió, padeció todas las impresiones generosas y nobles, con la vista fija en el cielo, con la esperanza de cumplir aquí su misión y después gozar de Dios por toda la eternidad. En los múltiples obstáculos que hubo de vencer jamás decayó, todo lo sufrió con una alegría inalterable. Confiaba en Dios y Dios en José que era su representación en la tierra. Digamos, pues, muchas veces con el Santo: *En Ti, Señor, esperé; no seré jamás confundido* (2).

Hablando el Apóstol de la *caridad*, dice que es la reina de las virtudes teologales. Tres virtudes, dice, permanecen ahora: la fe, la esperanza y la caridad; pero la más excelente es la caridad (3). La caridad es una virtud sobrenatural con la que amamos a Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. Su objeto *material* es Dios y el prójimo, aquel primario y este secundario; su objeto *formal* es la bondad divina. El amor de Dios, la caridad resume en sí todas las virtudes, es la regla y la medida del mérito y de la gloria. *Dios es caridad*, dice S. Juan, *y el que en caridad permanece en Dios permanece y Dios en él* (4). Por el contrario, el que no tiene caridad es enemigo de Dios; *el que no ama, per-*

(1) *Qui sperat in Domino, misericordia praeveniet eum.* Ps. XXII.

(2) *In te Domine speravi, non confundar in aeternum.* Ps. XXX. 2.

3 *Fides, Spes, charitas, tria haec; major autem horum est charitas.* I. Cor. XIII. 13.

(4) *Deus charitas est, et qui manet in charitate in Deo manet et Deus in eo.* I. Joan. IV. 16.

manece en la muerte (1). De nada sirven todas las demás virtudes si no están informadas por la caridad. Aunque tuviésemos poder para trasladar los montes y hablar lenguas desconocidas, inútil todo para nuestra salvación si no tenemos caridad. Sin esta virtud, *nihil sum, nihil mihi prodest*, dice el Apóstol (2). En cambio, un solo acto de esta virtud basta para purificarnos y santificarnos y llevarnos a Dios.

Por eso todos los Santos han trabajado tanto por alcanzar esa virtud encantadora; el amor es la vida del Santo porque es la plenitud de la ley y la cifra de la perfección.

S. José sobresalió en el ejercicio de esta virtud como ninguna otra criatura, excepto María. ¿Quién amó a Dios como él lo amó? ¿Ni quién sintió más íntimamente los ardores de la gracia divina ni recibió más abundantemente que él los dones y carismas celestiales? No hemos de detenernos a describir los fenómenos admirables que produjo en el alma de José esa llama ardiente de la caridad; expuesto queda en el capítulo anterior y a él nos remitimos. Su amor a Cristo es inefable y la causa de esto dijimos que era su paternidad; ese amor fué el que inspiró sus actos, el único móvil de su corazón; vivía inflamado en divinos incendios que llegaron a consumirle, arrancándole la vida. Nadie como él cumplió el precepto del Señor de amar a Dios y al prójimo por Dios. Imitemos a tan singular patrono y pidámosle ardientemente nos encienda en deseos ardientes de amar a Jesús; recordemos la frase del Apóstol: *Omnia vestra in caritate fiant* (3) y paguémosle con amor el amor inmenso que El nos profesa.

II

VIRTUDES CARDINALES

Las virtudes cardinales no brillan con menos fulgor que las teologales en el bendito Patriarca S. José. Llámense *cardinales*

(1) *Qui non diligit manet in morte*. I, Joann. III, 14.

(2) I. Cor. XIII, 23.

(3) I. Cor. XVI, 14.

esas virtudes porque son quicios de las demás, el principio de la perfección cristiana.

La *prudencia*, dice S. Tomás, es un hábito que tiene por objeto dirigir rectamente todas nuestras acciones (1). Ella nos enseña a elegir y emplear los medios adecuados y seguros para llegar al fin; nos indica lo que hemos de hacer y lo que hemos de evitar. Así huye de los extremos y de todo exceso, conservando el justo medio entre dichos extremos, que nunca conducen al fin propuesto. A esta virtud se oponen por defecto la temeridad y la negligencia, y por exceso la astucia y la prudencia de la *carne*, así llamada en los Evangelios.

En tres circunstancias, dice Lepicier, brilla la prudencia de San José. Primero, cuando descubrió en su esposa los síntomas de alumbramiento y quiso dejarla ocultamente sin poner en duda su pureza virginal, velando por la fama de su prójimo, según lo manda Dios. Segundo, cuando vuelto del destierro de Egipto, oye que vive Arquelao en Judea y teme ir allá, por lo que avisado por Dios se retira a Nazaret. Tercero, cuando perdido el Niño Dios lo busca inconsolable entre los parientes y conocidos, y no hallándole volvieron a Jerusalem (2). En todos estos casos la prudencia y serenidad de José rayó a una altura inmensurable.

La *justicia* es la segunda virtud cardinal y tiene por objeto dar a cada uno lo suyo y por consiguiente nos impone el deber de dar y devolver a Dios lo que de El hemos recibido. Es la voluntad, dice el Angélico, firme y constante de dar a cada uno lo suyo (3).

S. José cumplió con toda fidelidad sus deberes para con Dios, reconociéndole en todo como Dueño absoluto de sus actos. Todos los seres son obra de Dios y en virtud de esta dependencia están obligados a amarle y servirle como criaturas suyas.

Los astros se rigen por sus leyes; las plantas, los animales

(1) *Recta ratio agibilium*. I. II^{ae} Q. LVII. art. 4.

(2) *Requirebant eum inter cognatos et notos, et non inveniētes regressi sunt in Jerusalem*. Luc. II, 44.

(3) *Perpetua et constans voluntas jus suum unicuique tribuendi*. II. II^{ae} Q. LVIII. art. 1.

ejecutan fielmente sus órdenes; sólo el hombre, dejándose llevar de sus pasiones, se niega con frecuencia a rendir a Dios ese homenaje de adoración y amor, le ofende y peca; pero su deber, la ley le manda siempre el ejercicio de una religión, el culto a Dios Nuestro Señor. No fué S. José del número de esos hombres ingratos; antes bien, fué un varón perfecto y en todo satisfizo cumplidamente a las disposiciones de lo alto. De aquí ese dictado de *Justo* que le aplica el Espíritu Santo. Imposible describir los actos todos de esa virtud nobilísima ni podemos detenernos aquí en la sola enumeración de los actos justos de José. Por lo dicho anteriormente podemos formar idea de su eminente justicia.

Si fuera fácil el ejercicio de la virtud, podría el alma practicar el bien sin esfuerzo, pero como se oponen tantos obstáculos a la práctica de aquella se exige una virtud moral que comunique al alma valor y resistencia para repeler los peligros. Esa virtud es la *fortaleza*, que, según S. Tomás, es un valor en la prueba como en el combate (1). Así como nuestro cuerpo se hace fuerte por el valor para vencer los enemigos que le atacan, así también debe serlo nuestra alma. La firmeza de voluntad, el carácter, realizan a veces en la vida humana cosas admirables, pero no hablamos ahora de esas virtudes naturales sino de la fortaleza, virtud sobrenatural e infinitamente superior al valor natural del héroe, porque viene de Dios y a Dios conduce. *Tú eres mi fortaleza*, exclamaba David (2). Isaías también dice: *Mi fortaleza está en Dios* (3).

Esta es la virtud propia de los héroes del Cristianismo. Los apóstoles, los mártires, ¿qué ejemplos no nos han legado de su valor inquebrantable para propagar la religión y cimentarla con su sangre? ¿Cuántos trabajos y dolores no sobrellevaron por Dios? Los confesores, las vírgenes sostuvieron rudas pruebas con los enemigos de su alma para alcanzar la salvación; nos dieron magníficos ejemplos de fortaleza enseñándonos a luchar, a nunca transigir con la pasión y el pecado. S. José que tanto sufrió por

(1) II. II^{ae} Q. CXXIII. art. 1.

(2) *Quia tu es Deus fortitudo mea.* Ps. 42, 2.

(3) *Deus meus factus est fortitudo mea.* 49, 5.

Dios, que se vió sometido a grandes peligros durante su vida, ejerció en grado supremo la virtud de la fortaleza. En Belén para soportar tantos desprecios, en su huida a Egipto para eludir el alcance de sus perseguidores, en el destierro para ganar el necesario sustento en medio de la indiferencia universal, en Nazaret trabajando día y noche, años y años para conservar la vida preciosísima de Jesús y María, necesitó de esa virtud altísima y dió muestras de poseerla en grado heroico. Jamás decayó, jamás vaciló su espíritu, jamás retrocedió en el camino comenzado, jamás asomó en él la menor sombra de debilidad o desfallecimiento. Siempre firme, siempre constante, correspondió en todos los momentos al llamamiento divino.

No faltó tampoco la *templaza* a nuestro Santo. Es esta una virtud fundamental que regula o debe regular los actos todos de la vida del cristiano. La templanza, dice el gran Maestro Sto. Tomás de Aquino, es una virtud que nos enseña a dominar y moderar todas las pasiones que halagan la sensualidad y especialmente la gula (1). Tan hermosa es esta virtud, tan copiosos y sazonados sus frutos que de ella nacen una multitud de virtudes, hijas que reflejan la hermosura de tan buena madre. Tales son la abstinencia, la sobriedad, la circunspección, el pudor, la modestia, la mansedumbre, la clemencia, la discreción, la humildad y otras (2). De estas virtudes unas son partes integrales de la templanza, otras subjetivas, otras potenciales. Los vicios opuestos a la virtud de la templanza son en primer lugar la gula o apetito desordenado del gusto, la incontinencia, la vana curiosidad, el exceso en los juegos, el lujo inmoderado en los vestidos y otros.

Dicho esto, inútil ponderar las excelencias de esta virtud en S. José. Basta recordar su virginidad perpétua como prueba elocuentísima de los subidos quilates que alcanzó en él la virtud de la templanza. Jamás resbalaron sus miradas, jamás sombrearon sus pensamientos, jamás las vibraciones de su espíritu sintieron los estremecimientos de la lucha, las agitaciones del pe-

(1) II. II^{ae} Q. CXLI. art. 1-5.

(2) II. II^{ae} Q. CXLIII. art. 1.

cado. S. José fué puro de corazón y ser puro de corazón, dice S. Agustín, es tener el corazón sencillo, esto es, sin mezcla que lo mancille; sencillo o simple como la luz, trasparente como el cristal, claro como el agua que llora la vid o gotea el peñasco (1). La sencillez es el ropaje de la santidad y el vestido de los humildes, por eso Dios tiene sus delicias en conversar con las almas sencillas a las que prodiga los tesoros de su amor y de su gloria. En contacto no interrumpido con Jesús y María S. José participó aquella pureza, aquella serenidad de espíritu que demuestran los actos todos del Salvador, la vida inmaculada de la Madre de Dios; dueño soberano de sí mismo jamás turbó el equilibrio de su alma el más insignificante apetito; reprimida en él la concupiscencia carnal desde su infancia, nunca los movimientos perversos alteraron el cielo purísimo de su alma. Poseyó, en una palabra, la virtud de la templanza en un grado tan perfecto como las otras virtudes teologales y cardinales.

Y ¿qué decir de las demás virtudes que esmaltan la persona de José cual rica diadema de perlas celestiales? ¿Cómo ponderar su humildad que es como la virtud connatural a la misión que trajo al mundo de conservar oculto el misterio de la Encarnación, de ser *sombra* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? ¿Dónde encontramos palabras para encomiar debidamente esta virtud que es por antonomasia la virtud de José? La humildad, dicen los Santos, es el cimiento de las virtudes; la virtud fundamental, madre de todas, como la llama el Crisóstomo. La humildad, dice S. Bernardo, es una virtud por la cual el hombre con verdadero conocimiento de su nada, se desprecia a sí mismo. Como se ve, tiene por origen el conocimiento de nuestras miserias y la grandeza de Dios. Le agrada tanto al Señor esta virtud incomparable que siempre elige a las almas humildes para hacerlas instrumentos de sus prodigios y de sus revelaciones. A Satanás por su soberbia le precipitó desde lo alto de los cielos en lo más profundo de los abismos infernales; en cambio a la Virgen Nazarena, pobre y humilde, la eligió para ser Madre suya, la exaltó y glorificó sobre todas las mujeres. *El Señor todopoderoso ha obrado en mí*

(1) De Serm. dom. l. I. n. 6.

cosas grandes porque miró la humildad de su sierva (1). El vicio opuesto a esta virtud es la soberbia. De ella está escrito: *el principio de todo pecado es la soberbia* (2). Dios ama la humildad, da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios; por eso, nuestro divino Maestro se humilló hasta el extremo, se anonadó tomando la forma de esclavo (3), y nos dice que aprendamos de El a ser mansos y humildes de corazón (4).

S. José practicó esta virtud de la manera más perfecta y sublime. ¿Quién más grande que él? ¿Quién sino él era el confidente de los secretos de Dios, el Representante de Dios, el Padre de Dios en la tierra? Y sin embargo jamás despliega sus labios para anunciar sus glorias, para revelar sus dones, para manifestar sus grandezas. ¿Qué dijo aquel Justo? ¿Qué hizo? Nada; pasa la vida escondido, oculto en un taller, sin relación con los hombres. Asombra verdaderamente esa humildad, anonada esa grandeza, grandeza de silencio, de obscuridad, de sombra. Huyó del bullicio, del mundo; se escondió en la soledad y allí vivió y murió sin decir una palabra.

Y lo que decimos de su humildad, puede decirse de su obediencia, de su paciencia, de su pureza angelical; no alcanzamos a expresar con acierto la perfección que adquirieron en José esas virtudes. Fué modelo acabadísimo de ellas, espejo de toda perfección, dechado de las más eminentes virtudes. Dejamos a los ascetas y oradores sagrados la exposición de un tema tan sugestivo y fecundo, tan útil por otra parte a los fieles cristianos; pues no nos incumbe a nosotros detenernos en él, ya que la índole de esta obra no lo consiente ni disponemos de tiempo para hacerlo.

Por mucho que se diga nunca agotaremos tema tan fecundo; la vida de José será siempre un misterio de grandeza y perfección para los míseros mortales. Fué José, dice S. Bernardino de Sena, límpido en su virginidad, profundísimo en su humildad, ardentísimo en la caridad, altísimo en la contemplación, y en ex-

(1) *Pecit mihi magna qui potens est... quia respexit humilitatem ancillae suae.* Luc. I, 48.

(2) *Initium omnis peccati superbia.* Ecl. X, 15.

(3) *Exinanivit semetipsum.* Philip. II, 8.

(4) *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* Matth. XI, 29.

tremo solícito por la salvación de todos, a semejanza de la Virgen su Esposa (1). La vida de S. José, escribe por su parte Isolano, fué angelical por sus costumbres, por los Seres con quienes vivió, por su inteligencia, por su voluntad, por los cargos que desempeñó y por su contemplación. Las costumbres de los ángeles brillan por su universal limpieza, por su sabiduría divina y por su ardiente caridad. Las costumbres de S. José deben ser llamadas angelicales, puesto que respiran una pureza virginal; están fundadas en una sabiduría divina y palpita en ella una caridad ardiente hacia Dios, a quien acarició con sus manos (2).

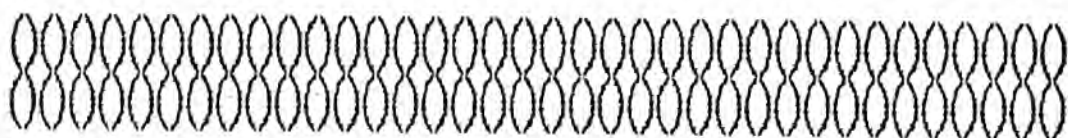
Con razón se llama a José el *Santo sumo*, varón adornado de todas las virtudes. Después de la Virgen, dice Bernardino de Bustos, no hay en el cielo santo alguno mayor que Jose (3); su nombre sigue inmediatamente al de Jesús y al de María, porque en los cielos y en la tierra no hay otro igual. Aprendamos de ese Santo, imitemos sus virtudes excelsas y al mismo tiempo demos gracias a Dios por haberle enriquecido tan espléndidamente, elevándole a la cumbre de la santidad y de la virtud.

(1) Serm. de S. Joseph.

(2) *Suma de los Dones de S. José*, P. I, c. XVI.

(3) Mar. 4. p. serm. 12.





CAPITULO XXI

Privilegios de S. José

Después de haber tratado de la santidad de José en general, resta que digamos algo de sus privilegios en particular. Las obras de Dios son perfectas, dice la Escritura (1); y si esto se verifica en el orden natural, con mayor motivo tiene lugar en el orden de la gracia que es donde brillan en todo su esplendor las perfecciones de la Divinidad.

Habiendo sido elegido José para cooperar directamente al misterio de la Encarnación, le infundió el Señor gracias muy abundantes y especiales, prerrogativas insignes en consonancia con la altísima dignidad a que fué predestinado. Guardémonos, sin embargo, de caer en un extremo reprensible cual es el de inferir que en S. José se hallen reunidos cuantos carismas plugo a Dios comunicar a los Santos del Cristianismo. Aun en la hipótesis de que S. José sobrepusiera a todos los Santos distributivamente tomados; aun suponiendo como cierta tal doctrina, no es lógico deducir que poseyó los privilegios otorgados a los demás Santos. La razón es porque muchos de esos privilegios se conceden a los Santos para utilidad de los demás, no en provecho propio; sin que haya derecho a establecer por esas distinciones preeminencias entre los elegidos. Y esto sirva principalmente para juzgar la

(1) *Vidit Deus omnia quae fecerat et erat valde bona.* Genes. I, 31.

grandeza de los Santos por las gracias *gratis datas*, como dicen los Teólogos; pues sabido es que su colación no está vinculada a la mayor o menor santidad de un alma, sino al fin especial que Dios se propuso al conferir las. No porque algunos Santos hicieron más milagros que otros hemos de creer que fueron más santos que los que no los hicieron; pues esto no arguye en ellos mayor santidad. Por consiguiente, no porque S. José sea el mayor de los Santos hay derecho a vindicar para él los privilegios de los demás; sólo deben convenirle y hemos de admitir en él los que exigía su dignidad si están en relación con su oficio. Y aun al hacer esto hemos de caminar siempre por la senda trazada de antemano, no apartándonos de las fuentes de la revelación legítimamente interpretadas por la autoridad de la Iglesia o por los principios de la sólida razón teológica.

Dicho esto, penetremos a fondo la santidad de José y veamos como hemos de precisar y distinguir las perfecciones de su alma, enumerando algunos de los privilegios más notables que se atribuyen al Santo bendito. Y en primer lugar hemos de ver si fué S. José exento de pecado original o si le conviene el privilegio de la concepción inmaculada.

I

INMACULADA CONCEPCIÓN DE S. JOSÉ

Cuando hablamos aquí de la inmaculada concepción de S. José, nos proponemos indagar si el Santo estuvo exento de la culpa original, transmitida por Adán, desde el primer instante de su concepción por privilegio de Dios; ni más ni menos, en cuanto a la sustancia, que como lo afirma la Iglesia de María Santísima. Sabido es que el adjetivo *inmaculado* puede tomarse también en sentido lato por una gran pureza de vida, o por la inmunidad de todo pecado actual, o en otras acepciones, ninguna de las cuales empleamos nosotros en la ocasión presente.

Pocos, muy pocos son los autores que han afirmado y menos defendido la inmaculada concepción de S. José. Indicóla de al-

gún modo Bernardino de Bustos, franciscano, cuando menciona la opinión *singular* de un devoto, según el cual S. José fué exento de la culpa original a semejanza de María (1). La misma opinión reseña también Cartagena, pero ni éste ni Bernardino de Bustos la defienden aunque tampoco la impugnan (2). En nuestros días defendió la inmaculada concepción de S. José con su calor acostumbrado el P. José Domingo Corbató. Qué debamos juzgar de esa opinión lo veremos en las siguientes líneas.

Es un dogma de fe definido por el Santo Concilio de Trento que nuestro primer padre Adán pecó gravemente con su desobediencia al mandato divino, y que ese pecado se transmite a todos sus descendientes por la generación carnal (3). El Apóstol S. Pablo dice: *Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte invadió a todos los hombres, en el cual (hombre) todos pecaron* (4). Fundándose en estas palabras del Apóstol promulgó el Concilio Tridentino el canon siguiente: «Si alguno afirma que Adán con su prevaricación se dañó a sí solo y no a su descendencia; y que la santidad y justicia recibida de Dios que perdió, la perdió para sí solo y no también para nosotros; o que habiéndose manchado por el pecado de desobediencia transmitió a todo el género humano la muerte solamente y las penas del cuerpo, mas no el pecado que es la muerte del alma, sea anatema (5).

(1) *Si tenere vellemus opinionem cujusdam devoti ipsius S. Josephi qui opinatus est quod, sicut Deus voluit praeservare B. Virginem a peccato originuli, ut esset ejus digna mater; ita etiam voluit praeservare S. Josephum ut esset Matris suae dignus sponsus, et ejus idoneus Pater Nutritius et minister purissimus, et quantum possibile esset, conformaretur in puritate ipsi innocentissimae Virgini.* Mariale. P. 4. Serm. 12.

(2) Homil. cathol. Tom. I lib. 4. De S. Joseph. Homil. XII. n. 2.

(3) *Si quis non confitetur primum hominem Adam cum mandatum Dei in paradiso fuisset transgressus, statim sanctitatem et justitiam in qua constitutus fuerat amisisse... anathema sit.* Sess. V, can. 1.

(4) *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit et per peccatum mors et ita in omnes homines mors pertransiit in quo omnes peccaverunt.* Rom. V, 12.

(5) *Si quis Adae prevaricationem sibi soli, et non ejus propagini asserit nocuisse et acceptam a Deo sanctitatem et justitiam, quam perdidit, sibi soli et non nobis etiam eum perdidisse; aut inquinatum illum per inobedientiae peccatum mortem et poenas corporis tantum in omne genus humanum transfudisse, non autem et peccatum quod mors est animae, anatema sit.* Sess. V, can. 2.

De estas palabras del Apóstol y del Concilio de Trento se sigue: 1.º que el pecado de Adán o pecado original es pecado *propriadmente* dicho, porque da la muerte al alma. 2.º No es sólo pecado *personal* de Adán sino que también se transmite a los descendientes de Adán, de tal modo que, siendo en sí uno el pecado, se hace *proprio* de cada uno. 3.º Se transmite a nosotros, no por imitación sino por propagación. 4.º Que el pecado original no consiste formalmente en las penas y castigos corporales sino en la privación de la gracia, o muerte del alma.

El testimonio del Apóstol y las palabras del Concilio de Trento tienen, como se ve, un sentido universal, no particular o indefinido. La ley del pecado a todos abraza, la culpa primera a todos mancha; y si no hay excepción, todos los hombres distributivamente tomados están incurso en el terrible anatema. Ahora bien; esta excepción no puede afirmarse si no existe alguna prueba positiva de la Escritura o de la Tradición, alguna definición de la Iglesia o sentencia de los Padres y Teólogos católicos. Pero la Iglesia y los Teólogos *sólo* han hecho esa excepción en honor de la Virgen María. Luego sólo ella, teológicamente hablando, fué inmune de la culpa original heredada de nuestros primeros padres.

De esta excepción hace ya mención el mismo Concilio Tridentino. Después de fulminar excomunión contra los que afirmasen que la prevaricación de Adán era sólo personal y no común a sus descendientes, «declara que no es su intención incluir en ese decreto que trata del pecado original a la bienaventurada e inmaculada Virgen María, Madre de Dios; sino que debe observarse lo prescrito en las Constituciones del Papa Sixto IV, de feliz memoria, las cuales renueva bajo las penas contenidas en las mismas (1). De S. José no se hace la más pequeña mención en el citado decreto, como tampoco en ninguno de los Padres y Doc-

(1) *Declarat tamen haec ipsa Sancta Synodus non esse suae intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam et immaculatam Virginem Mariam Dei Genitricem sed observandas esse constitutiones felicitis recordationis Sixti Papae IV sub paenis in eis Constitutionibus contentis quas innovat. Sess. V. Decret. De peccato originali.*

tores de la Iglesia. Claro está que como el Tridentino no dice que sea la Virgen la *sóla* exceptuada de la ley del pecado, no es herético afirmar, como juzga Gregorio de Valencia, que haya otra alma inmune del pecado original (1). Pero como faltan razones aun probables para afirmarlo en el orden teológico, bien podemos decir con Lugo que la opinión que atribuye ese privilegio a otro que a la Madre de Dios es una opinión o proposición *temeraria*, puesto que contradice al consentimiento común de los Teólogos (2).

Los adversarios no alegan para defender la inmaculada concepción de S. José razón alguna de peso que justifique su atrevida afirmación. Ni un texto de la Escritura, pertinente al caso, ni un testimonio de los Santos Padres relativo al discutido privilegio del Santo (3).

El P. Corbató acumula, según su costumbre, textos y más textos de autores ascéticos y morales encaminados a probar su intento, pero todos ellos carecen de valor para el fin que pretende (4). Nada prueban: 1.º porque ni uno siquiera de esos testimonios afirma la inmaculada concepción de S. José; todos ellos hablan de la santidad de José en general, de su pureza de vida

(1) In I, II.^o Disp. VI, q. 11.

(2) *Propositio temeraria*, dice Lugo, *apud censores Theologos est quae communi Patrum sensui opponitur aut quae contra doctores theologos sentit sine sufficiente fundamento; qualis non esset si magni ponderis ratio vel gravis auctoris auctoritas qui rem bene discussisset pro ea etiam parte reperiretur... Talis erit si aliquis dicat aliquem alium Sanctum praeter B. Virginem conceptum fuisse sine peccato originali quamvis haec graviolem censuram fortasse mereretur. De Virtute Fidei divinae, Disp. 20, Sect. 3. Sobre la calificación de la proposición temeraria véase Del Val, *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. I, n. 54; Billot, *De Ecclesia Christi*, vol. I, Thes. XVII. pág. 407; Tanqueray, *Synopsis Theologiae Dogmaticae*, vol. II, n. 204.*

(3) El P. Corbató aduce también una multitud de textos de la Escritura para probar la inmaculada concepción de José. (Véase su Suplemento n. 2, cap. VI). Pero todo es inútil, porque ninguno de ellos prueba absolutamente nada de lo que se pretende. Ya dijimos en el capítulo primero de esta obra, y a lo que allí dijimos nos remitimos, que sólo el sentido *literal* y el *espiritual cierto* son los dos sentidos de la Escritura que encierran valor dogmático en las demostraciones teológicas. El sentido *acomodaticio* tan del gusto del P. Corbató carece de valor para demostrar verdad alguna en el orden teológico. Y huelgan otras observaciones.

(4) Suplemento n. 2, cap. II.

o dignidad excelsa, sin descender a privilegios concretos; 2.^o son de autores panegiristas del Santo, predicadores, no de verdaderos teólogos; y sabido es que en sermones y panegíricos a veces se prescinde de la solidez teológica y no se hace caso de la precisión en los términos; se atiende preferentemente a ensalzar las virtudes y santidad del héroe o del Santo y a mover a los fieles a su imitación; y 3.^o porque esos autores no constituyen opinión probable en teología, contradiciendo, como contradice, su opinión a los Padres y teólogos católicos.

Se invoca también la razón de semejanza entre María y José para vindicar la exención de culpa original en éste; pero tal semejanza es muy débil fundamento para edificar palacio tan magnífico y espléndido como es la concepción inmaculada del Santo. No es la relación de José a Jesús como la de Este con María; y al fin y al cabo en la naturaleza diversa de esa relación se funda la diversidad de privilegios que a entrambos convienen. La unión de María con Jesús fué *substancial*; ella suministró su misma carne para formar la Humanidad sacratísima del Verbo, se unió a Este físicamente, y por lo tanto, pertenece al orden *intrínseco* de la unión hipostática. Además, María fué elevada a la categoría de Corredentora del género humano, y no podía tener culpa alguna la que iba a redimirnos de ella.

Nada de esto conviene del mismo modo a S. José. Su unión con el Verbo es moral, no física; su paternidad real no es natural; pertenece al orden *extrínseco* del hipostaticismo, y sólo en sentido lato puede afirmarse que es Corredentor de los hombres. Luego si hay diferencias no sólo de grado sino de especie entre María y José, no pueden serles comunes todos los privilegios y carismas sobrenaturales. Si la dignidad de la Virgen, dice Lepicier, fué de orden superior por razón de la maternidad divina y debido a esa dignidad María fué inmune del pecado original, no pudo serlo también José de idéntica manera porque falta el fundamento de tal prerrogativa (1). Ni su cargo ni su santidad ni su carácter de Padre del Cristo y Esposo de María, pueden igualarle a la Virgen; pues la proximidad al Cristo fué distinta en

(1) *Tractatus de S. Joseph*, P. II, Art. 1, 3.

ambos esposos. Por eso, la Inmaculada Concepción de la Virgen se contiene claramente en la Escritura como verdad implícita formalmente revelada, y se afirma en la tradición de los Padres expresa y repetidamente; en cambio, de la de José no aparece el menor vestigio, palabra o indicación alguna. Esta es la razón potísima que mueve a los más eminentes teólogos josefinos antiguos y modernos a negar la Inmaculada Concepción de José. Véase entre otros Suárez (1), Lugo (2), Gersón (3), Cartagena (4), Isolano (5), y en nuestros días Piccerelli (6), Vitali (7), Jacquinet (8), Butiñá (9) y otros.

El P. Corbató aduce para probar su temeraria opinión el siguiente argumento que él juzga contundente y decisivo en la cuestión: «El que nunca hizo pecado, nunca lo tuvo; es así que el no haber tenido nunca pecado es haber sido concebido sin él; luego el que nunca hizo pecado, fué concebido sin él. Ahora bien; es así que S. José nunca hizo pecado; luego S. José fué concebido sin él» (10). Analicemos brevemente este polisilogismo para descubrir mejor los múltiples sofismas que encierra.

Muchos y no leves reparos pueden hacerse a la argumentación expuesta. En primer lugar, el no haber pecado o la exención de pecado actual podrá en algunas ocasiones ser signo o indicio de no haber contraído pecado original, pero no es inducción lógica ni mucho menos demostración teológica de que no se haya contraído. La impecancia o inmunidad de pecado actual tiene razón de efecto; pero es ilógico admitir como *única* causa de ella la inmunidad de pecado original. La santificación uterina, la represión del *fomes* pueden ser razón suficiente de la impecancia

(1) In III Q. XXIX, Disp. VIII, Sect. 2.

(2) *De Virtute Fidei divinae*, Disp. 20, Sect. 3.

(3) *Serm. de Orat. B. M. V*

(4) *Homil. cathol.* tom. I. lib. 4. *De S. Joseph*, homil. 12, n. 2.

(5) *Suma de los Dones...* P. I, c. IX.

(6) *S. Giuseppe...* pág. 364.

(7) *Vita e glorie de S. Giuseppe*, lib. I, c. VII.

(8) Suplemento n. 2, pág. 880.

(9) *Glorias de S. José*, P. I, cap. XV, II.

(10) Suplemento núm. 2, pág. 284.

de un alma sin necesidad de admitir su concepción inmaculada. Digo *pueden* ser razón suficiente porque, en realidad, ninguna conexión necesaria existe entre esos privilegios y la concepción sin mancha. Aun con santificación uterina y represión del *fomes* y sin pecado original puede el alma pecar. Ejemplo tenemos en Adán que pecó sin tener pecado original. De la existencia del pecado actual no puede inferirse la del pecado original, pues aunque Adán no hubiese pecado, podían sus descendientes perder la justicia original. La razón de impecabilidad, el origen de la impecancia procede de la confirmación en gracia, no de la exención de pecado original, pues sin esa confirmación podrá el hombre pecar y perder la gracia santificante. Nuestros primeros padres cayeron, los ángeles rebeldes también pecaron, prueba convincente de que no habían sido confirmados en gracia ni creados en bienaventuranza sobrenatural y perfecta (1).

San Agustín enseña ciertamente que el pecado original es causa del pecado venial y Sto. Tomás enseña la misma doctrina cuando dice que de los movimientos de la concupiscencia que previenen a nuestra razón procede la tendencia a cometer pecados veniales por un consentimiento inicial o imperfecto (2). Esto significa que Adán no pudo pecar venialmente y por lo tanto el pecado original es causa del pecado venial, no de todo pecado cualquiera que sea. Libre es Dios para distribuir sus dones cuando y como le place y así como puede muy bien confirmar a un alma en gracia para que no peque actualmente sin necesidad de preservarla de la culpa original, así también puede un alma pecar aunque no haya contraído el pecado original. Luego la premisa mayor del primer silogismo no puede concederse sin distinción alguna.

Mucho menos demuestra todavía el P. Corbató la premisa menor del segundo silogismo. ¿Qué pruebas exhibe de la Escritura o de los Santos Padres para afirmar tan categóricamente que S. José no cometió pecado alguno actual? Y adviértase que también nosotros creemos que S. José no cometió pecado alguno actual,

(1) S. Th. I. II^{ae} Q. V. art. 4.

(2) *De v. ritate*, Q. XXIV. art. 12.

pero ni nos fundamos para creerlo así en los principios del P. Corbató ni sacamos tampoco de ese hecho las mismas consecuencias. No es verdad, como afirma dicho autor, que los Santos Padres y escritores sagrados eximan a José de toda especie de pecado. Varios como S. Justino, S. Agustín, S. Juan Crisóstomo, S. Epifanio, Teodoreto, Orígenes con muchísimos teólogos creen que pecó de algún modo en sus dudas cuando notó los síntomas de la concepción de María. Pero aunque todos le juzgasen inocente en su primer dolor, en el trance más doloroso de su vida, según el P. Corbató, ¿hay derecho a inferir de ahí, como él lo hace, que S. José no pecó en ningún otro acto de su vida? Porque un alma triunfe de la tentación más fuerte que le asalte, ¿podemos con certeza asegurar que triunfará de todas? ¿No nos dice la experiencia cotidiana todo lo contrario?

Por otra parte, es un dogma de fe que ningún justo puede evitar en este mundo todos los pecados veniales sin *especial* privilegio de Dios. Y sólo consta que haya sido enriquecida con tal privilegio la Madre de Dios. Así lo confiesa la Iglesia por boca del Santo Concilio de Trento, el cual definió esta verdad: «Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado, puede evitar durante su vida todos los pecados aun veniales, sino es por especial privilegio, como lo confiesa de la Virgen María la Iglesia católica, sea anatema» (1). Luego tan lejos está de ser demostrable la inmaculada concepción de S. José que no podemos probar por la revelación su inmunidad de todo pecado actual. Muchos teólogos modernos, entre ellos Billot (2), aducen como prueba teológica para demostrar la Inmaculada Concepción de María su exención de todo pecado actual; y de esta semejanza entre María y José algunos autores josefinos y no pocos devotos suyos infieren para el segundo la concepción inmaculada. No hay paridad. La Virgen y S. José estuvieron exentos de todo pecado actual; pero la razón o fundamento de esa exención es distinta en los dos, cosa que olvidaron autores no despreciables. La impecancia de S. José era debida a su ministerio, la de la Virgen a

(1) Sess. VI, can. 23.

(2) *De Verbo Incarnato*. Thes. XLII.

su maternidad; y como ya hemos dicho, este vínculo de la maternidad es muy superior al del ministerio de José. La mancha original en la concepción de María hubiera empañado su dignidad de madre, pero no el ministerio de José. María es parte intrínseca del orden hipostático; S. José, extrínseca; luego no hay razón para atribuir a los dos privilegios idénticos.

Por consiguiente, la inmaculada concepción de S. José podrá ser objeto de una creencia privada, pero no de una fe pública. Si alguien para satisfacer su piedad quiere privadamente atribuir a José tal privilegio, no pecará; pero defenderlo teológicamente hoy por hoy no es prudente ni seguro. El insigne teólogo P. Lepicier, juzga tal opinión de *temeraria y sospechosa de herejía* (1), el P. Piccirelli, siguiendo a Lugo, la cree también *temeraria* (2), el P. Del Val, por lo menos la califica de *falsa* (3), pues, como dice Benedicto XIV, carece de *sólido* fundamento en teología (4). Nosotros la juzgamos improbable y creemos firmemente que jamás prosperará y que esa prerrogativa brillantísima, joya de valor inestimable, sólo fué engastada en la centelleante diadema que circunda las sienes purísimas de María Santísima.

De todo lo dicho se deduce que es indemostrable teológicamente la opinión que atribuye a S. José el inestimable privilegio de su Inmaculada Concepción. El argumento del P. Corbató flaquea por su base y para que se vea su insubsistencia y poca solidez contestaremos dialécticamente ya que en esa forma también él lo propone.

«El que nunca hizo pecado, nunca lo tuvo». A esta premisa mayor se distingue: El que nunca hizo pecado ni con voluntad *personal* ni con voluntad *natural*, nunca lo tuvo; *concedo*. El que nunca hizo pecado con voluntad *personal*, nunca lo tuvo; *niego*. «Es así que el no haber tenido nunca pecado es haber sido concebido sin el». El no haber tenido nunca pecado ni con voluntad *personal* ni con voluntad *natural* es haber sido concebido sin el,

(1) *Tract. de Sto. Joseph*, P. II, art. 1. 2.

(2) *S. Giuseppe...* pág. 367.

(3) *Sacra Theologia Dogmatica*, vol. II, n. 246.

(4) *De canonizatione Sanctorum*, lib. 4. p. 2. c. 30. n. 31.

concedo. El no haber tenido nunca pecado con sola la voluntad *personal*, es etc., *niego*. Y se distingue lo mismo el consiguiente.

A la premisa del segundo silogismo referente a nuestro Santo se distingue de la misma manera. «Es así que S. José nunca hizo pecado». Nunca hizo pecado con voluntad *personal*, *concedo*; con voluntad *natural*, *niego*.

Luego muy bien pudo S. José contraer el pecado *original*, aunque no cometiese pecado *actual*.

Tengamos muy en cuenta para comprender esto la naturaleza singular del pecado original. Este se nos atribuye no como a personas o individuos singulares sino como a miembros de la naturaleza humana. De aquí que como Adán era la cabeza de esa naturaleza, pecando él, también nosotros pecamos porque estábamos incluidos o representados en él. El pecado de Adán no es sólo de Adán sino también nuestro, porque no podemos recibir de él la gracia santificante que no tiene, como aquí en la tierra no pueden los hijos heredar los títulos de que fueron despojados sus padres...

II

SANTIFICACIÓN DE JOSÉ EN EL SENO MATERNO

Muchos autores, convencidos de que la concepción inmaculada de José es teológicamente indemostrable, pretenden, no obstante, adjudicar al Santo el privilegio de la santificación en el seno materno, a semejanza de algunos Santos que, según la Escritura, poseyeron prerrogativa tan insigne. Estos son el Profeta Jeremías y S. Juan Bautista. Del primero se leen aquellas palabras: *Antes de que salieras del vientre de tu madre te santifiqué* (1). Del segundo leemos en S. Lucas: *Será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre* (2). ¿Podremos defender el mismo privilegio para el glorioso S. José? Veámoslo.

El primero que lanzó la idea de santificación de José en el

(1) *Antequam exires de vulva sanctificavi te*. Jer. I. 5.

(2) *Spiritu Sancto replebitur adhuc ex utero matris suae*. Luc. I. 15.

seno materno fué el célebre Gerson, sabio canciller de la Universidad de París y Príncipe esclarecido de los teólogos josefinos. «Así como María de la cual nació Jesús fué santificada en el vientre de su madre antes de nacer, así puede *creerse piadosamente* de su esposo virginal S. José, aunque no de la misma manera (1). Así habla en su célebre Discurso del Concilio de Constanza. A Gerson han seguido en esta materia no pocos autores, como por ejemplo, Bernardino de Bustos, Isolano, Cartagena, Morales, Ekio, S. Alfonso de Ligorio, Piccirelli y otros. La razón en que se fundan estos autores para defender la santificación de S. José en el seno materno la expone Cartagena en los siguientes términos: Toda santificación *in utero*, dice, fué o por la excelente dignidad futura del santificado, o porque este se refería al Cristo, Santo de los Santos, de una *manera especial*. En ambas cosas sobresalió nuestro José; porque él fué justo, el primero a quien el Espíritu Santo canonizó en el Nuevo Testamento llamándole *Justo. José su esposo, siendo justo*; y además, fué ordenado sobre todos los hombres más inmediata y directamente a la tutela de Cristo Infante. Luego *creemos razonablemente* que fué santificado en el seno de su madre (2).

El P. Isolano conviene con el P. Cartagena y añade otras tres razones para confirmar su opinión. Primera: Leemos en la Sagrada Escritura haber sido Jeremías santificado por causa de aquellas de sus profecías que anuncian más claramente la venida de Cristo; puede, por tanto, decirse que también S. José fué santificado por haber conocido al Cristo mejor que los demás hombres. Segunda: Creyéndose que Juan el Bautista fué santificado

(1) *Maria, de qua natus est Jesus, sicut fuerat in utero sanctificata priusquam nasceretur, ita de Joseph virginoli viro suo pia credulitate credi potest, quamvis non omnino similiter.* Serm. De Nativ. B. M. V. Cons. 2.

(2) *Omnis Sanctificatio in utero fuit aut propter sanctificati excellentem dignitatem futuram, aut quia ad Christum Sanctum sanctorum speciali ratione ordinabatur; utrumque autem in nostro Joseph excelluit; ipse enim justus fuit et primus quem Spiritus Sanctus canonizavit in Novo Testamento, vocans illum justum: «Joseph autem, vir ejus, cum esset justus»; et supra omnes viros ordinatus fuit prius et immediatius ad Christi Infantis tutelam. Igitur rationabiliter credimus in utero fuisse sanctificatum.* Vives, *Summa josephina*, n. 336.

en el seno materno por estar predestinado a señalar con el dedo a Cristo ¿cómo no ha de haber merecido este privilegio S. José encargado de educarle? Tercera: Si es de fe haber sido la Madre de Dios concebida sin pecado original a causa de la dignidad de su Hijo ¿por qué no hemos de creer piadosamente que el elegido por Dios para ser llamado padre de Dios fué santificado antes de nacer? (1).

A pesar del valor que entrañan las enunciadas razones, juzgamos más probable la opinión contraria y afirmamos con Sto. Tomás y Suárez entre los antiguos y Lepicier, Bucceroni y otros entre los modernos, que S. José no fué santificado antes de nacer.

Se prueba nuestra proposición con las palabras de Sto. Tomás quien, después de afirmar la santificación uterina de Jeremías y el Bautista, dice: «No se ha de creer que hayan sido otros santificados en el seno materno, excepto aquellos que menciona la Escritura, porque estos privilegios de *gracia* que se conceden a algunos fuera de la ley común se ordenan a la utilidad de los demás, no a la propia del individuo, según aquello del Apóstol: *A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para utilidad* (2) y esta sería nula si proviniese de la santificación de algunos antes de nacer, ignorada de la Iglesia (2). Jeremías y el Bautista fueron santificados en el seno de su madre por razones especiales. El primero porque fué figura expresa del Mesías con sus palabras proféticas y su pasión dolorosa; el segundo porque era su Precursor y tuvo la dicha de ser visitado antes de nacer por la Madre de Dios. En cuanto a los demás nada dice la Escritura; y como por otra parte no existe declaración alguna de la Iglesia en tal sentido debemos abstenernos de defender el privilegio de la santificación para ningún otro Santo, pues no existe razón alguna sólida que lo justifique. La santificación *in utero* de S. José, dice el ilustre josefino Barradas, se apoya en muy leve fundamento; la represión en él del *fomes* es verosímil (3).

(1) *Suma de los Dones de S. José*, P. I, cap. IX.

(2) I. Cor. XII, 7.

(3) *Sanctificatio Joseph in utero infirmum habet fundamentum, fomitem repressum cum conjugium iniiit, non caret verisimilitudine*. Vives... n. 2315.

Ni sirve decir que la Escritura llama a José *justo* como si de aquí pudiera deducirse teológicamente que fué santificado antes de nacer. Recuérdese lo que dijimos acerca de las conclusiones teológicas (1). La justicia que se atribuye por S. Lucas a José es una virtud general; no incluye privilegios especiales, pues el género no comprende a las diferencias específicas, y sin razones convincentes tampoco podemos afirmar la existencia de prerrogativas singulares como es una de ellas la santificación en el seno materno.

Tampoco tiene solidez alguna el argumento aducido por Gerson, fundado en la semejanza que existe entre José y María, debido a lo cual hemos de decir que si Esta fué santificada antes de nacer, también hemos de creer que lo fué su esposo S. José. Tal argumento en que se fundan también algunos autores modernos flaquea por su base. Cuando se afirma que María fué santificada en el seno materno no se hace otra cosa que deducir una conclusión rigurosamente lógica, contenida formalmente en la Concepción inmaculada. Si María fué preservada de la mancha original, quedó santificada en el primer instante de su Concepción; y si consta su Concepción purísima en la Escritura, implícita pero formalmente está revelada su santificación antes de nacer. En vano, pues, dicen algunos como el P. Piccereli que el silencio de la Escritura relativo a la santificación de José nada prueba porque también calla en lo relativo a la santificación de la Virgen. En la inmaculada Concepción de esta se contienen los demás privilegios que estamos discutiendo; luego si la revelación expresa y contiene esa Concepción, no era menester que consignara los demás privilegios.

Será siempre muy peligroso apartarse en cosas tan serias de lo que la Escritura y tradición enseñan. El eximio Suárez después de advertir que es propio de hombres prudentes no afirmar cosa alguna temerariamente, añade estas palabras que debían tener presentes no pocos escritores josefinos. Mucho menos, dice, juzgo que hayan de afirmarse o creerse ciertos privilegios que algunos atribuyen a este Santo (S. José), como el que fué

(1) Capítulo primero de esta obra.

santificado en el vientre de su madre. Esta y otras cosas semejantes, que no se contienen en los cánones generales de la Sagrada Escritura, no deben aprobarse sin razones sólidas y sin gran autoridad de la Iglesia o de los Santos Padres (1).

Las razones alegadas por los partidarios de la opinión contraria son ineficaces. Los oficios de padre de Jesús y esposo de María exigían, es cierto, una efusión de gracias extraordinarias, una gran santidad, la inmunidad de todo pecado actual; pero no era menester la santificación *in utero* porque pudo muy bien San José estar dispuesto para ser digno esposo de la Madre de Dios en el momento de sus desposorios con los progresos que había hecho en la virtud. La comparación con Jeremías y el Bautista nada decide. Por lo que toca al Profeta no consta con certeza que fué santificado en el vientre de su madre (2). En S. Juan concurren circunstancias especiales que no existen en José. A su madre Isabel le fué revelado el misterio de la Encarnación y además fué *llena* del Espíritu Santo. Parece conveniente que sintiese Juan efectos tan maravillosos, habiendo sido, por otra parte, agraciado con la visita de la Madre de Dios. El silencio de la Escritura y de la Tradición respecto a José es muy significativo, y no hay motivo suficiente para extender el privilegio a personas que la revelación no menciona.

(1) *Multo minus censeo esse asserenda vel credenda quaedam privilegia quae nonnulli huic Sancto tribuunt, ut fuisse sanctificatum in utero matris. Haec et similia quae sunt praeter generales canones Scripturae non sunt sine convincente ratione et magna auctoritate Ecclesiae vel Sanctorum Patrum approbanda.* In III, Q XXIX, Disp. 8, Sect. II.

(2) Lejos de constar con certeza la santificación de Jeremías en el vientre de su madre es *más probable* la opinión contraria defendida por gran número de Padres teólogos y exegetas. Nada importa que la Escritura diga refiriéndose a él: *Antequam exires de vulva sanctificavi te.* (Jer. I, 5). La palabra *sanctificari* en el original hebreo significa *parari, destinari ad aliquid*; y esta significación concuerda perfectamente y aun está más conforme con el contexto del Profeta. Abundan los textos bíblicos en los que el verbo *sanctificare* es sinónimo de *deputare, destinare*. Véanse algunos: *Sanctifica mihi omne primogenitum* (Exod. XIII, 2). *Unges tabernaculum cum vasis suis ut sanctificentur* (Ib. XL, 9). *Et pro eis ego sanctifico meipsum* (Joan. XVII, 19, esto es, *offero me sacrificium*, como expone Sto. Tomás. (Comment. in Joan. b. I.)

Además, las fuentes donde han bebido los adversarios su opinión son muy impuras; de aquí la poca autoridad de su testimonio. Así, por ejemplo, Gerson se funda para defender la santificación uterina de José en un oficio que se dice compuesto en Jerusalén para honrar a S. José. Pero la crítica histórica lo rechaza, pues nunca se ha encontrado tal oficio por más que los eruditos le han buscado. Isolano cita también a Teófilo y S. Juan Crisóstomo en favor de la santificación de José; pero él mismo reconoce que la autoridad de estos dos Padres es problemática en el caso presente, pues nunca se ha encontrado en sus escritos palabra alguna que exprese semejante opinión (1). Se aduce también el testimonio del P. Salmerón; pero dicho Padre no defiende lo que se le atribuye; solo refiere la opinión de algunos que así lo creían, sin adherirse a ella (2). Dígase lo mismo del célebre exegeta y escriturario Cornelio Alapide a quien también cuentan entre los partidarios de la santificación uterina de José. Esto es inexacto. Alapide no defiende tal cosa; habla condicionadamente. «Si después de la Virgen María, dice, concedió el Señor a alguno tal privilegio, no parece debamos negárselo a S. José su esposo» (3).

(1) No faltan piadosos fieles que aseveran que Teófilo escribe haber sido S. José santísimo en el vientre de su madre, y que S. Juan Crisóstomo dijo haber sido tres veces santo, a saber: en el seno materno, durante su vida y en su muerte... Bien que no haya hallado estos pasajes en Teófilo y en S. Juan Crisóstomo sin duda por no haber leído con detención sus obras, participo de la opinión de aquellos escritores en quienes lo he leído, teniendo en cuenta que su profesión y escritos prueban que no son testigos infieles. *Suma de los dones de S. José*. P. I, cap. IX.

(2) Véanse sus palabras textuales: *Est enim Servator Angelorum et Virginis excellenti preservationis modo deinde Josephi patris sui secundum existimationem quem in utero sanctificato SENTIUNT NONNULLI ita peccato excellenti gratia praeservatum*. Op. tom. III, *De infantia Salvatoris*, Tract. 30.

(3) Alude aquí Alapide a la infundada opinión de algunos autores según la cual Dios no sólo santificó en el vientre de la madre a Jeremías y al Bautista, sino también a otros muchos Santos del Antiguo y Nuevo Testamento, como al Patriarca Jacob, Moisés, David, Santiago, hermano del Señor. S. Pablo, S. Nicolás, Sto. Domingo y otros Santos. Después de hablar de esta opinión añade: *Si post B. Virginem illud alicui alteri ex initio recensitis dedit Deus, S. Josepho ejus Sponso idipsum non negare videtur*. In Matth. I, 16.

En consecuencia, la santificación de S. José en el seno materno no repugna como su concepción inmaculada, pero tampoco se funda en razones *sólidas* aunque la patrocinen algunos autores de reconocida ilustración. Puede admitirse como *opinión piadosa*, apta para avivar la devoción al glorioso S. José, pero no resiste un examen serio y detenido a la luz de la revelación. Sus mismos partidarios indícanlo así cuando dicen que es creencia piadosa; *pia credulitate credi potest*, como dice Gerson; o según afirma el P. Cartagena *rationabiliter credimus...* No hemos de criticar por lo tanto a los que así opinan.

III

REPRESIÓN DEL FOMES EN S. JOSE

Dos elementos hemos de distinguir en el pecado original: el elemento formal y el elemento material. El primero consiste en la privación de la justicia original que fué concedida a Adán desde el principio; el segundo es la inclinación al mal y dificultad para el bien que siente la naturaleza humana por haber sido viciada con la prevaricación primitiva. Esta inclinación al mal se llama *concupiscencia* o *fomes* del pecado, el cual fomes, según Sto. Tomás, no es otra cosa que la *concupiscencia habitual desordenada del apetito sensitivo* (1). Se dice *concupiscencia habitual* porque no es en sí pecado como lo es la *concupiscencia actual*; se llama *pecado* porque nace del pecado y al pecado inclina. Esta *concupiscencia*, dice el Concilio de Trento, que el Apóstol llama algunas veces *pecado*, nunca entendió la Iglesia que se llamase *pecado* porque verdadera y propiamente lo sea, sino porque viene del pecado y al pecado inclina (2).

En el estado de justicia original la razón humana estaba su-

(1) III. Q. XXVII, art. 3.

(2) *Hanc concupiscentiam quam aliquando Apostolus peccatum appellat Sancta Synodus declarat Ecclesiam Catholicam numquam intellexisse peccatum appellari quod vere et proprie peccatum sit sed quia ex peccato est et ad peccatum inclinat.*
Sess. V.

jeta a Dios y las potencias de la parte inferior del hombre a la razón; mas el pecado original rompió esta armonía de la parte superior y de la inferior. Por la privación de la gracia santificante se reveló la razón contra Dios; y por el desorden de la concupiscencia la parte sensitiva se reveló contra la razón. Esta segunda rebelión es efecto y castigo de la primera (1).

De esta rebelión del apetito sensitivo contra la razón y conversión a los bienes sensibles hablaba el Apóstol cuando decía: *Veo otra ley en mis miembros que contradice a la ley de mi espíritu y que me sujeta a la ley del pecado* (2). Esta ley del pecado es el *fomes* o concupiscencia inducida por el pecado de Adán en la naturaleza humana que todos heredamos. Por lo tanto, si algún descendiente de Adán no contrae el pecado original, estaría también inmune de esa concupiscencia o *fomes* (3). Tal sucedió en

(1) Santo Tomás expone admirablemente estos dos elementos del pecado original y las dos rebeliones consiguientes. «In peccato, dice, primi parentis fuit aliquid formale scilicet aversio ab incommutabili bono et aliquid materiale scilicet conversio ad bonum commutabile. Ex hoc autem quod aversus fuit ab incommutabili bono donum originalis justitiæ amisit; ex hoc vero quod conversus est inordinate ad commutabile bonum, inferiores vires quæ erigi debebant ad rationem depressæ sunt ad inferiora. Sic ergo et in iis qui ex ejus stirpe oriuntur et superior pars animæ caret debito ordine ad Deum qui erat per originalem justitiam et inferiores vires non subduntur rationi sed ad inferiora convertuntur secundum proprium impetum. Et ideo cum carentia originalis justitiæ se habeat ex parte voluntatis, ex parte autem inferiorum virium a voluntate motarum sic pronitas ad inordinate appetendum sequitur quod peccatum originale in hoc homine vel in illo nihil est aliud quam concupiscentia cum carentia originalis justitiæ ita tamen quod carentia originalis justitiæ est quasi formale in peccato originali, concupiscentia autem est quasi materiale.» *De malo*, Q. IV. art. 2.

(2) *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ et captivantem me in lege peccati*. Rom. VIII, 23.

(3) Cuando decimos que la concupiscencia es efecto del pecado original, no es nuestra intención afirmar que sin pecado original no hubiese existido la concupiscencia. Consistiendo ésta en la inclinación del apetito sensitivo al bien sensible, aun contra el orden de la recta razón, ni es pecado en sí ni repugna a la constitución *intrínseca* del hombre; luego muy bien puede existir sin el pecado. Las facultades sensibles tienden *naturalmente* al bien sensible; las intelectuales tienen por objeto *natural* el bien espiritual; de aquí la diversidad de tendencias opuestas que *naturalmente* brotan en el hombre, la lucha entre unas y otras es lo que constituye la concupiscencia que no es mal *moral* sino mal de *pena*, defecto físico de nuestra naturaleza. (Cfr.

María Santísima quien, por lo mismo que no fué inficionada por la culpa primitiva, tampoco sintió el *fomes* de esa culpa. Este fué extinguido en el primer instante de su concepción *pasiva* por privilegio singularísimo de Dios.

Y quedan ya indicadas las dos maneras como puede desaparecer en un alma el *fomes* del pecado original. O por *extinción* completa habida en el momento de la concepción (*in actu primo*), o por *ligación* del *fomes*, impidiendo que se manifieste en las obras (*in actu secundo*). Cuando se *extingue* el *fomes* desaparece radicalmente en virtud de la justicia original, como aconteció en Jesucristo y su Madre. En este caso las potencias del apetito sensitivo no sólo no determinan movimientos viciosos sino que carecen de *poder* para determinarlos. Si se *liga* o *reprime* el *fomes* aunque no se *extinga* en su raíz, pues existe en la persona por haber esta contraído el pecado original, se le impide determinarse al acto mediante la infusión en el alma de una gracia extraordinaria.

S. José contrajo, como hemos dicho, el pecado original y por consiguiente, también la concupiscencia efecto del pecado. Es evidente por lo mismo que en él no fué *extinguido* el *fomes* del pecado. Resta examinar si por virtud de Dios fué *ligado* o reprimido de tal modo que jamás José sintiera sus venenosas mordeduras.

Son muchos los autores que así lo afirman, no vacilando en conceder a José este privilegio, premisa necesaria de la inmunidad de pecado actual que reconocen en él. Así opinan todos los que defienden la santificación de José en el seno materno. Plácenos sobremanera esta opinión, pues así la exigen los singulares oficios que hubo de cumplir José en el mundo.

Y a la verdad, resulta sumamente indecoroso e inconveniente que el castísimo José estuviese sujeto a los movimientos impuros de la concupiscencia; que el destinado para ser custodio de la virginidad de María no estuviese exento de toda afección peca-

Palmieri, *De Deo Creante*, Thes. 45). Cuando afirmamos, pues, que S. José estuvo exento de la concupiscencia o *fomes*, nos referimos a la concupiscencia originada por la culpa primitiva.

minosa; que el elegido para padre purísimo del Redentor se hubiese manchado con el virus de la serpiente infernal. Su estado, su misión, su compañía con Jesús y María, demandan tal pureza de vida en S. José que jamás cediese esta en desdoro del Hijo y de la Madre, pues sabido es que gloria de los hijos es siempre la dignidad de sus padres, según aquello de los proverbios: *La gloria de los hijos son sus padres* (1).

La concupiscencia en José siempre hubiese sido un peligro para su santidad; pues, aunque los movimientos del apetito sensitivo no sean siempre pecado actual, entibian la caridad, disminuyen el fervor, y por consiguiente, el mérito, lo cual supondría en José una serie de imperfecciones verdaderamente incompatibles con su elevada dignidad. Por aquí se ve que no nos mueve a defender este privilegio de José el temor de algún peligro o ruina espiritual por parte de su familiaridad con María, como algunos, aunque parezca inverosímil, creyeron. Tal manera de pensar nos parece indigna. La pureza de la Virgen Santísima era tan grande, su humildad tan profunda, tan extrema su modestia, que lejos de provocar sus palabras o miradas a pensamientos impuros, inflamaba los corazones en el amor de Dios y movían a piedad o recogimiento. Esto sin advertir que la gracia de Dios es poderosa en cada caso particular para preservarnos de caer. Fué por su ministerio, por su dignidad, por su carácter de esposo de la Virgen y padre de Dios por lo que nos decidimos a defender tan insigne prerrogativa como es la represión del *fomes* del pecado. Por todo lo cual creemos firmemente que S. José jamás experimentó movimiento alguno concupiscente, y que por privilegio especial de Dios no sintió el estímulo de la pasión insana, viéndose libre de todo pecado actual aun venial; pues como dice Sto. Tomás, en el estado actual de nuestra naturaleza no puede el hombre evitar todo pecado venial por la corrupción del apetito inferior de la sensualidad (2). S. José conquistó esta pureza de vida no mancillada por la más leve sombra de pecado merced a la gracia especial del Señor que previno en él todo

(1) *Gloria filiorum patres eorum*, XVII, 6.

(2) I. II.^{ae} Q. CIX, art. 8.

movimiento desordenado de la concupiscencia, evitando así toda especie de acto pecaminoso.

Sobre el tiempo en que S. José obtuvo este privilegio de la represión del *fomes* nada sabemos de cierto. Algunos creen que fué al tiempo de sus desposorios con María; pero a nosotros nos parece más conveniente que fuera al llegar el Santo al uso de la razón, que es la edad en que la concupiscencia deja ya sentir los dardos venenosos de sus malas inclinaciones. Si lo retardamos más tiempo nos veremos forzados a admitir en S. José algún pecado antes de su unión con María, lo cual no es probable porque se hubiera hecho indigno de tener por esposa a la Madre de Dios. S. José, pues, al primer destello de su razón se unió a Dios por un acto de amor ferventísimo. y así permaneció unido toda la vida, aumentando más y más la gracia a medida que se multiplicaban en él los actos de virtud.

IV

IMPECABILIDAD DE S. JOSÉ

Al hablar de las virtudes de S. José, hemos notado la santidad eximia del glorioso Santo, su pureza de vida, los dones extraordinarios de que fué revestido. Cuanto aquí decimos no es más que un corolario de lo allí expuesto, pues el privilegio de la impecabilidad de José tiene su origen en la gracia abundantísima que derramó en él la Bondad omnipotente de Dios. Por otra parte, al afirmar en el párrafo anterior que no sintió S. José los efectos venenosos de la concupiscencia, indicábamos de alguna manera que no cometió pecado alguno, pues en el estado actual de la naturaleza humana proceden de la corrupción originada por la culpa primitiva. De aquí se deduce la santidad, la inmunidad de pecado actual que disfrutó nuestro Santo.

Y se comprende perfectamente esa inmunidad de José, atendida su eminente dignidad y los valiosos servicios que prestó al Verbo Encarnado. Todo esto exigía en él una disposición conveniente, tal abundancia de gracia divina que le preservase de to-

do pecado aun el más leve. Conviene creer, dice Faber, que por una gracia especial fué preservado del pecado venial (1). Era un vaso de predilección divina, relicario augusto donde Dios depositó los más ricos tesoros de su sabiduría y santidad. Bien lo merecía el que había de ser padre del Cristo y esposo de María. Hubiese sido injurioso a Esta vivir con un esposo esclavo de Satanás, sujeto a todas las miserias de nuestra flaca naturaleza. Así como en María, dice Gerson, fué reprimido el *fomes* original, así puede creerse también piamente de su virginal esposo, principalmente desde que se unió con María en matrimonio.

Esta es la razón que mueve a casi todos los autores modernos a admitir la impecabilidad de José. De tal suerte, dice el Cardenal Toledo, vivió José con María, que ni palabra, ni pensamiento, ni movimiento interior alguno que fuesen menos convenientes a la suma pureza, le mancillaron jamás, como suelen mancillar a veces en cosa leve hasta a los varones santísimos. En verdad, tal esposo y consorte debía tener Aquella en quien resplandecía la suma pureza; justo era que el Hijo de Dios escogiese para su Madre un Esposo, sino igual a ella, al menos proporcionado (2). María y José, dice el P. Cartagena, no sólo no se desviaron jamás de Dios con algún pecado actual, sino que viviendo muchos años en compañía de Jesús, que es nuestro Propiciatorio, miráronse con mútuo amor (3). Los dos, dice el P. D'Argentan, son predestinados desde la eternidad para pertenecer al gran misterio de la Encarnación y de la Redención del mundo. Los dos estuvieron *perfectamente exentos de todo pecado* y llenos de gracia con que pudiesen llenar dignamente los deberes de su gran cargo (4). Naveo, dice también: «A esta divina Familia del Hijo de Dios, de su Madre y de su Padre, repugna todo pecado, no sólo el más grave, sino hasta el más leve» (5).

Los modernos teólogos profesan la misma verdad. Pensamos,

(1) *Belén*, pág. 125.

(2) *Comment. in. Luc. c. I.*

(3) *Libr. I. Homil. 5.*

(4) *Grandeurs de la Sainte Vierge*, c. VIII. art. 4.

(5) *Sponsus Virginis*. Tít. XIII.

dice el insigne P. Jansens, que José fué confirmado en gracia de modo que pudo evitar, no sólo los pecados mortales, sino los veniales deliberados, al menos desde su enlace con María (1). S. José, dice el P. Lepicier, jamás manchó su alma con la más leve sombra de pecado durante su vida mortal (2).

De aquí se sigue que S. José fué confirmado en gracia para que no pecara, y ciertamente en grado superior a la confirmación que tuvieron el Bautista y los Apóstoles. Sabido es que esta confirmación puede ser absoluta y relativa. La primera confiere el poder de evitar *todo* pecado, el mortal y el venial; la segunda sólo confiere el poder de evitar el pecado mortal. Del primer modo fué confirmada María Santísima, quien por virtud de su purísima Concepción estuvo exenta de todo pecado, aun el más leve; del segundo fueron confirmados los Apóstoles, los cuales preservados de la culpa mortal, pudieron cometer pecados veniales.

La confirmación en gracia de José fué más perfecta que la de los Apóstoles. En virtud de ella pudo evitar todos los pecados veniales deliberados, porque no estuvo sujeto al *fomes* de la concupiscencia, ligado como estaba éste por especial privilegio de Dios; lo que no obtuvieron los Apóstoles sujetos al pecado y a la ley del pecado. Por lo tanto, la gracia actual en S. José fué mucho más eficaz; las virtudes infusas más vivas e intensas, y por eso, la voluntad del Santo fué tan vigorosa para hacer el bien y practicar la virtud. Y como el único impedimento a la gracia es el pecado que no hubo en S. José, síguese que no opuso el Santo ningún obstáculo a la gracia divina; y como por otra parte, los oficios de S. José eran los más nobles y sublimes que requerían para su exacto y digno cumplimiento dones nuevos y extraordinarios, dedúcese en buena lógica que la gracia concedida a San José fué inconcebible y sus virtudes incomparables y su virtud inmensa y su santidad pasmosa, cual no se ha visto ni se verá jamás en un puro hombre; gracia, virtud, santidad que fué creciendo hasta lo increíble por los medios externos que le deparó

(1) *Summa theologiae*, V. 184.

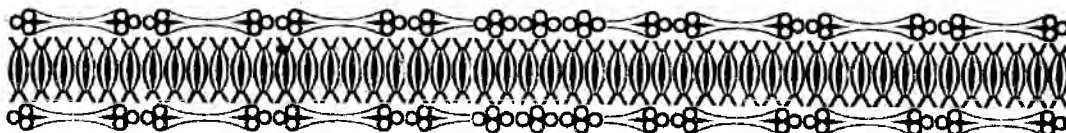
(2) *Tractatus de S. Joseph*, P. II, art. 2-10.

la Providencia y de que nos habla la Escritura, o sea por la familiaridad conyugal de la Virgen y su continua convivencia con Jesús, de quien se deriva toda santidad en la tierra.

Fácil es ya, en vista de lo dicho, establecer el orden de santidad en esa escala milagrosa ocupada por las tres santísimas personas de la Trinidad humana, reflejo fidelísimo, espejo purísimo y sin mancha de la Trinidad divina. Aunque esas tres personas sean impecables y augustas, no lo son del mismo modo ni en el mismo grado.

Jesús es santo e impecable por naturaleza, lleno de gracia sin posibilidad de aumento alguno, Dios absoluto e infinito. María es santa e impecable, no absolutamente por naturaleza, sino por especialísimo privilegio, *singulari Dei privilegio*, como dice Pío IX en su Bula *Ineffabilis*; fué preservada inmune del pecado original en atención a los méritos de Jesucristo. Aunque llena de gracia, pudo María aumentarla y crecer en santidad y perfección; así fué toda hermosa e inmaculada. José es también santo e impecable personalmente; lleno de gracia con la que tuvo ligado el *fomes* o inclinación al pecado, y con la confirmación en esta misma gracia pudo evitar no solo los pecados mortales sino los veniales, todo pecado actual, siendo inmaculado personalmente hasta el punto de no empañar jamás ni aun levemente el niveo candor de su alma virginal y santísima. Así lo exigía el lugar que ocupaba en la *Sagrada Familia* y las relaciones tan íntimas con las tres divinas Personas y con su amantísima Esposa la Virgen María. Bendito santo y afortunada criatura, que mereció ser elegida entre todos los mortales para ser exaltada a la cumbre del hipostaticismo y ceñir entre rayos de gloria y luces de cielo la diadema brillantísima de la Paternidad divina.





CAPITULO XXII

Perfección corporal de S. José

Después de haber hablado de la hermosura espiritual de San José y enumerar las sublimes perfecciones y heroicas virtudes que le adornan, justo es que hablemos también de los dones de naturaleza con que fué enriquecido el afortunado esposo de la Virgen Santísima. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo de tal modo unidos entre sí que forman una sola persona y un solo ser; de aquí la proporción que debe existir entre los dos en cuanto a las operaciones que ejecutan en el orden de la vida. S. José, como obra maestra que era de la Omnipotencia divina, debía reflejar las perfecciones de la Divinidad no solo en su alma sino también en su cuerpo para que brillaran de este modo las miras amorosas del Eterno que le eligió para su representante en la tierra.

S. José debía ser perfecto en el alma y en el cuerpo; nada nos extraña que los Santos, los autores que tratan de S. José se hagan lenguas para expresar la hermosura corporal del Santo, bendiciendo el poder de Dios que le revistió de galas y prerrogativas tan insignes.

I

GENEALOGÍA DE SAN JOSÉ

Y en primer lugar, la nobleza de su sangre y el rango de su alcurnia nos dan una idea de la excelencia corporal de S. José. Era este de regia estirpe, descendiente por línea recta de la familia de David como lo atestigua la Escritura. *David Rey engendró a Salomón... Mathan engendró a Jacob, Jacob engendró a*

José, esposo de María (1). El ángel también cuando se le aparece le dice: *José, hijo de David, no temas* (2), indicando su descendencia del gran Rey y Profeta. S. Lucas afirma lo mismo cuando dice que se tenía a Jesús por hijo de José *que lo fué de Helí, que lo fué de Mathat... que lo fué de Nathan, que lo fué de David* (3). Como se ve los dos Evangelistas convienen en que S. José descende de David, aunque discrepen en la descripción de su genealogía por dos ramas diferentes. S. Mateo comienza por Salomón hijo de David y descende por los Reyes de Judá hasta llegar a Jacob, padre de José. S. Lucas comienza por Nathan, hijo también de David, y termina en Helí, padre de José. De modo que S. José, según S. Mateo, tiene por padre a Jacob, y según S. Lucas a Helí. La discordancia entre los dos Evangelios es evidente y para explicarla de algún modo y conciliar ambas genealogías se han adoptado diversas opiniones. Parece más probable la opinión de aquellos que afirman ser Jacob padre *natural* y legítimo de José y Helí padre *legal* o por afinidad. Según esto Jacob y Helí tuvieron madre común (Estha, mujer de Mathan y de Mathat) pero diferente padre. Murió sin hijos Helí y de su viuda tuvo Jacob a José, el cual por su nacimiento era hijo natural de Jacob pero legalmente lo era de Helí porque lo era en realidad de la viuda de este. De donde se sigue que José podía llamarse y era hijo de los dos, *natural* del primero y *legal* del segundo. El matrimonio de Jacob con la viuda de Helí se explica por el derecho de levirato contenido en el Deuteronomio. Mandaba la Ley que muerto un hermano sin sucesión el otro debía casarse con su cuñada viuda para tener hijos. «Si viviesen juntos dos hermanos, prescribía la Ley, y uno de ellos muriese sin hijos, la mujer del difunto no casará con otro sino con su cuñado o hermano del marido, el cual la tomará por esposa y dará sucesión al difunto, y al primogénito del otro hermano le pondrá por nombre el del que murió para que no quede borrado su nombre en Israel» (4).

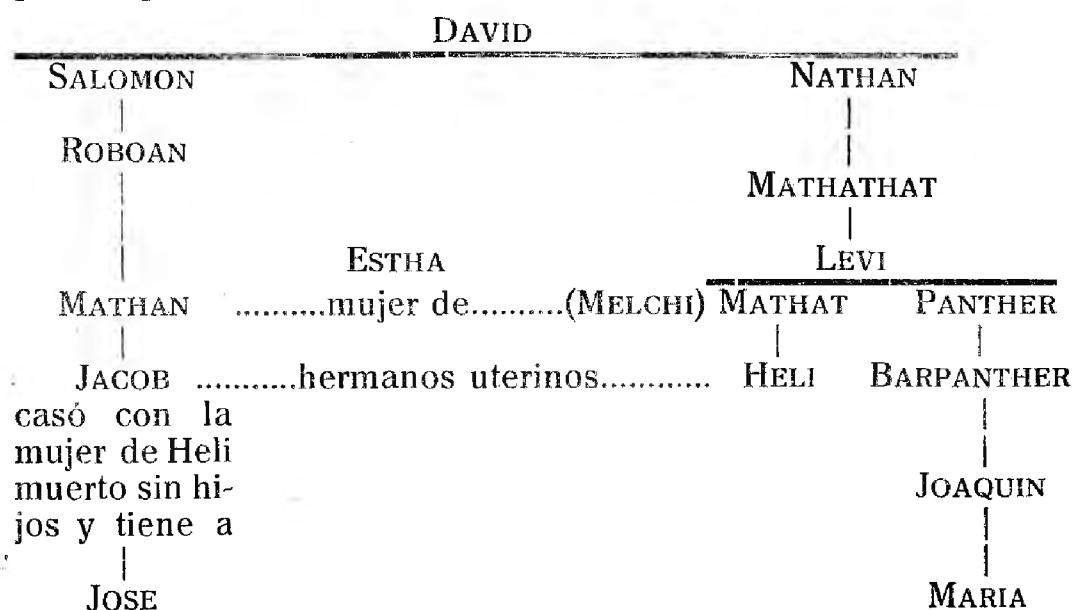
(1) Math. I, 1-16.

(2) Ib. v. 20.

(3) Luc. III. 23-31.

(4) Deuter. XXV, 5-10.

Santo Tomás explica la concordancia de los dos Evangelistas en la siguiente forma: Mathan y Mathat fueron de la misma estirpe, pero no de la misma familia. Fueron de la estirpe de David pero Mathan descendía de este por la línea de Salomón, Mathat por la de Nathan, hijo también de David. Mathan tuvo de su esposa Estha a Jacob, pero muerto Mathan, la viuda se casó con Mathat quien engendró de ella a Heli. Jacob y Heli son por lo tanto hermanos uterinos, hijos de la misma madre; pero no del mismo padre. Tomó esposa Heli pero murió sin hijos; entonces Jacob se casó, según mandaba la Ley, con la viuda de Heli y tuvo de esta a José, esposo de la Virgen. Por consiguiente, José tenía por padre carnal a Jacob, legal a Heli (1). Esta es la opinión común seguida por S. Jerónimo, S. Gregorio Nacianceno, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Juan Damasceno, S. Anselmo, Sto. Tomás y la mayoría de los teólogos (2). Fué propuesta ya en el siglo segundo por S. Justino (3) y en el tercero por Julio Africano, Obispo de Nicopolis, el cual asegura haberlo oído así a los mismos consanguíneos de Jesucristo (4). Según esto podíamos trazar el árbol genealógico natural y legal de S. José del siguiente modo:



(1) III. Q XXXI, art. 3.

(3) Q. 9. 131.

(2) Cfr Sal mayrd, *Scholastica Mariana*. P. II. Q. I. art. 11.

(4) Euseb. *Histor. Eccles*, lib. I, cap 7.

Disienten estos autores acerca de la genealogía inmediata de Joaquín padre de la Virgen. Unos dicen que era hijo natural de Mathat y Estha, hermano por lo tanto de Jacob, y según este José y María eran consanguíneos en segundo grado, o sea primos carnales. Otros dicen que Joaquín era hijo de Jacob y por lo tanto hermano de S. José quien se desposó con su sobrina Maria. Otros como S. Juan Damasceno y S. Gregorio Nacianceno admiten una doble rama desde Levi, la de Mathat y la de Panther, hermano suyo. Según estos, S. Joaquín era hijo de Barpanter, nieto de Panther, hermano de Melchi o Mathat, abuelo *legal* de S. José según se indica también en la margen derecha del árbol genealógico.

En vista de tal confusión e incertidumbre otros autores, como Suárez, Cornelio Alapide y Calmet, opinan que S. Lucas describe la genealogía de María y no la de José, de modo que Heli es sinónimo de Joaquín, padre de la Virgen Santísima. Mejor dicho, S. Lucas describe la genealogía de Cristo por el padre y ascendientes *directos* de María. Según esto, el pasaje evangélico ha de entenderse de este modo: Jesús, *ut putabatur*, esto es, en la opinión vulgar era tenido por hijo de José, pero en realidad *era hijo de Helí, que lo fué de Mathat...* (1). Billot dice que esta opinión es la *más verdadera* (2).

Sea cualquiera la opinión que se adopte sobre la inteligencia de Mateo y Lucas en la cuestión debatida, no puede negarse que José era descendiente de David por línea recta, procedía de regia estirpe enparentado como estaba con los reyes de Judá. San José, escribe S. Bernardino de Sena, era de estirpe patriarcal, real y ducal, poseyendo por lo mismo estas tres dignidades... En cierto modo podemos afirmar que la nobleza temporal de Jesucristo recibióla Este de José (3). Tuvo nuestro Santo las tres noblezas más eminentes del mundo: la de la virtud, la de su cargo o ministerio y la de sangre. Si heredó de David estos blasones

(1) *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph, qui (Jesús) fuit Heli qui fuit Mathat...* Q. III.

(2) *De Verbo Incarnato*. Q. XXXI, pág. 407.

(3) Vives, *Synmula Josephina*. n. 63.

de aristocracia real, no heredó en menor grado los timbres nobilísimos de la virtud que enalteció al real Profeta. Verdaderamente, dice S. Bernardo, nuestro José noble por su nacimiento, y más noble todavía por su alma, fué de raza real, no había degenerado. Era hijo de David no solamente por la carne, sino también por la fe, por la santidad y por la devoción. Dios le halló hombre según su corazón como a David, por cuyo motivo le confirió el secreto más misterioso y sagrado de su corazón. Manifestóle como a David los designios ocultos e impenetrables de su sabiduría, dándole a conocer un misterio desconocido de todos los príncipes de la tierra. Tuvo la dicha de contemplar a Aquel a quien numerosos Reyes y Profetas anhelaron ver y no vieron, oír y no oyeron (1). Indudablemente el oscuro carpintero de Nazaret llevaba en sus venas sangre real, era hijo de David.

Por lo que toca a la patria de S. José, si bien algunos han creído que nació en Belén o Cafarnaum, la opinión común le asigna como patria Nazaret. La Escritura parece confirmar esta opinión cuando nos lo representa viviendo siempre en Nazaret. *El arcángel Gabriel fué enviado a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre, llamado José* (2). Terminado el destierro de Egipto *volvieron los dos esposos a Galilea, a su ciudad de Nazaret* (3). *Jesús descendió con sus padres y vino a Nazaret* (4). Con este nombre se designaba a Jesucristo para que se cumpliese lo que estaba escrito: *Que se llamaría Nazareno* (5). Los judíos admirados al oír hablar a Jesús decían: *¿No es este el hijo de José, el artesano de Nazaret en Galilea?* (6) Burlábanse de El diciendo: *¿Puede salir algo bueno de Nazaret?* (7) De estos testimonios se desprende que S. José era

(1) Hom. *Super Missus est*.

(2) Luc. I. 26-27.

(3) *Reversi sunt in Galileam in civitatem suam Nazareth*. Luc. II. 39.

(4) Ib. v. 5.

(5) *Quoniam Nazaraeus vocabitur*. Matth. II. 23.

(6) *Nonne hic est filius Joseph?*

(7) *A Nazareth potest aliquid boni exire?* Joan I. 45.

nazareno, había nacido en Nazaret, aunque fuese originario de Belén por razón de sus ascendientes.

El oficio que ejerció el Santo fué el de carpintero. La Escritura dice que era artesano, que ejercía el arte fabril sin concretar cual fuese su oficio, pero la opinión común, dice Cornelio Alapide, asegura que fué carpintero (1). En esta parte la tradición es constante; las artes gráficas nos lo representan en su taller en compañía del Salvador del mundo, dedicado a las faenas propias del oficio de carpintero.

Dada la misión que había de desempeñar en el mundo, el papel interesante que estaba llamado a representar en la tierra S. José debió poseer un cuerpo sano y hermoso, íntegro y perfecto. Era el Representante del Padre, Consocio del Espíritu Santo, y convenía que aun en la parte material estuviese revestido el Santo de aquellas perfecciones naturales que acreditaban su alcurnia y representación. Componía en unión de Jesús y María la Trinidad terrestre; debía, por lo tanto, guardar con estos semejanza y conformidad. Si, pues, Jesús y María eran los seres más hermosos de la creación, José debía imitarles en esta hermosura corporal. Así como en su alma poseía privilegios semejantes a los de Jesús y María, así también en su cuerpo debía semejarse cuanto era posible. Una sociedad bella y perfecta, dice Isolano, queda afeada por la deformidad de uno de sus miembros; la sociedad, empero, de Cristo, de la Virgen y de S. José fué bella y perfecta. El Cristo fué el más hermoso de los hijos de los hombres; la Santísima Virgen fué muy hermosa, y en su consecuencia puede afirmarse que S. José fué también muy bello (2). Además, si el cuerpo se ordena al alma, siendo esta hermosa, hermoso debe ser aquel, ya que la belleza del cuerpo debe reflejar la del espíritu. Por último, si José, el hijo de Jacob figura de José, era, según la Escritura, de rostro hermoso y agradable vista (3), más había de serlo José, que era la realidad y el

(1) S. Hilario, S. Pedro Crisólogo, S. Leandro, S. Isidoro, S. Beda y otros dicen que José fué *herrero*; el Card. Hugo que fué *platero*; pero hoy se desechan como falsas estas opiniones singulares. *Comment. in cap. XIII Matth.*

(2) *Suma de los Dones de S. José*, cap. XI.

(3) *Erat autem Joseph pulchra facie et decorus aspectu*. Genes. XXXIX, 6.

complemento de aquella, elegido entre millares para esposo de la Madre de Dios.

II

VIRGINIDAD PERPETUA DE S. JOSÉ

Enlazada intimamente con la perfección corporal de S. José esta su virginidad como parte de ella, por lo que hemos de investigar su naturaleza y las propiedades excelsas que encierra. Cuando hablamos aquí de la virginidad de S. José no pretendemos indagar si fué casto, pues ya hemos visto que ejerció la virtud de la castidad de la manera más perfecta y heroica, puesto que fué modelo acabado de todas las virtudes. Fué esposo de la más pura de las vírgenes, el lirio de Israel, que en todos sus actos reflejaba candores celestiales. No hablamos aquí de la castidad como virtud común a todas las profesiones de la vida, sino que la consideramos como un estado *especial* de perfección, al cual llamamos estado de virginidad que en el caso presente abraza todo el curso de la vida de José.

La Escritura nada nos dice expresamente sobre la virginidad de S. José, pero la tradición se ha declarado en su favor, siendo hoy universal en la Iglesia católica. En los primeros siglos no aparece tan clara la afirmación de esa prerrogativa singular del Santo. Los primeros que negaron la virginidad de S. José fueron los herejes Cerinto, Ebion y Carpócrates, para quienes Jesús era un puro hombre, hijo de María y José. Sigue después Helvidio el cual niega la virginidad de María y José al afirmar la existencia de otros hermanos naturales de Jesús; renuevan los calvinistas esta blasfemia abominable, común también a varias sectas protestantes. En nuestros días han venido a negar la virginidad de S. José el tristemente célebre P. Semeria contagiado de la herejía modernista, causando irreparable escándalo en el pueblo cristiano (1). Varios Santos Padres, entre ellos S. Epifanio (2),

(1) Cfr. *La Scuola cattolica e la scienza italiana*, Nov. e Dec. 1893.

(2) *Advers. haeres.* 78.

S. Basilio (1) y S. Gregorio Niseno (2) entre los griegos, S. Hilario (3) y S. Ambrosio (4) entre los latinos, atendiendo a que en el Evangelio se hace mención de los hermanos del Salvador creyeron que S. José había contraído matrimonio antes de su enlace con María. Moviéronse a opinar así por la autoridad del Evangelio de *Santiago*, según el cual S. José rehusaba ser esposo de María porque ya era anciano y viudo.

La tradición teológica reprueba esos errores y afirma unánimemente la virginidad de S. José hasta el punto de que hoy podemos afirmar que esta es una verdad teológicamente cierta de la cual no es lícito dudar a ningún cristiano. Desde los tiempos más remotos así se creyó en la Iglesia de Jesucristo. Nada decimos de la perpetua virginidad de María ni de la paternidad de S. José, pues ambas cosas fueron ya discutidas largamente. La concepción virginal del Verbo es un dogma de fé; la Escritura misma nos dice que una virgen concebiría al Redentor del mundo (5) y que se halló haber concebido María por obra del Espíritu Santo (6). No hubiese tratado S. José de dejar a la Virgen si el estado de Esta hubiese sido natural. Y esto indica ya la poca fe que merecen los escritores antiguos que opinaron contra la virginidad de nuestro Santo.

Los Padres defienden con calor este privilegio josefino. Indícalo ya de algún modo S. Justino (7) y poco más claramente Orígenes. Menciona este escritor la opinión de aquellos que afirman que S. José había tenido hijos de su primer matrimonio por razón de llamar la Escritura a Santiago, Simón y Judas hermanos del Salvador y reprobando semejante manera de sentir dice: No, no; se equivocan evidentemente; este error lo han sacado de los Evangelios apócrifos de S. Pedro o del libro de San-

(1) Menol. hac diem 23 Oct.

(2) Orat. 2, *De Resurrect. Christi*.

(3) In Matth. c. I.

(4) In Epist. ad Galat, c. I.

(5) *Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel.*
Is. VII. 3.

(6) *Inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.* Matth. I. 18.

(7) *Dialog. cum Triphone*, n. 78.

tiago (1). S. Atanasio defiende también la castidad perfecta de José. Es cierto, dice, que José y María guardaron siempre perfecta continencia (2). S. Jerónimo combatiendo a Helvidio se expresa de este modo: «Tú dices que María no permaneció Virgen; yo no sólo defiende que permaneció Virgen sino que afirmo aún más, que por María fué también virgen S. José» (3). «Guarda oh José, exclama S. Agustín, guarda con María tu esposa la común virginidad del cuerpo porque de virginales miembros nace la virtud de los ángeles. Sea María Madre del Cristo por haber conservado la virginidad en su carne; pero seas también tú padre del Cristo por la guarda de la castidad y honor de la virginidad... Por el mérito de la virginidad de tal suerte viviste ajeno a toda unión carnal que por esto eres llamado Padre del Salvador» (4). S. Beda el Venerable, dice también: «Hemos de confesar sin temor alguno que no sólo la Madre de Dios sino que también S. José, testigo y custodio de su virginidad, permaneció siempre inmune de todo acto conyugal» (5). «Como si no pareciera suficiente, afirma S. Pedro Damiano, el que fuese virgen la Madre, es fe de la Iglesia que también fué virgen el padre o sea José (6).

Convenía realmente que José fuese siempre virgen por el honor de Jesús y de su Madre Santísima. Nuestro adorable Maestro fué tan amante de la virginidad que quiso nacer de una madre

(1) In Matth. X. 17.

(2) *De Incarn. contra Appoliu.* Lib. 1, n. 4.

(3) *Tu dic's Mariam Virginem non permansisse; ego mihi plus vindico etiam ipsum Joseph Virginem fuisse per Mariam.* Adv. Helv. n. 19.

(4) *Habe ergo oh Joseph cum Maria conjuge tua communem virginitatem membrorum quia de virgineis membris virtus nascitur angelorum. Sit Maria Mater Christi carnis suae virginitate servata; sis autem et tu pater Christi cura castitatis et honorificentia virginitatis... quia per meritum virginitatis ita separatus es a concubitu uxoris ut pater dicaris Salvatoris.* (Serm. 15, *De Nativit. Domini*). Algunos creen que estas palabras no son originales de S. Agustín sino de un escritor antiguo. De todos modos no pierden autoridad en la ocasión presente.

(5) *Absque ullius scrupulo quaestionis scire et confiteri oportet non tantum Dei Genitricem, sed et beatissimum castitatis ejus testem atque custodem Joseph, absque omni prorsus actione conjugali mansisse semper immunem.* Lib. II in Marc. c. XXIII.

(6) *Et ne hoc sufficisse videatur ut tantummodo virgo sit Mater, Ecclesiae fides est virgo fuerit et is qui simulatus est pater.* De celib. Sacerd. c. 3.

virgen y se llama a Si mismo Esposo de las vírgenes y tiene sus delicias en conversar con las almas cándidas. Hasta tal punto lleva su amor a la pureza que los Santos Padres dicen que al fin de su vida encomendó su Madre al Apóstol S. Juan porque éste era virgen. Con mayor motivo había de desear fuera virgen aquel a quien eligió por padre temporal en la tierra, en cuya compañía vivió durante treinta años, de cuya conversación continua disfrutó en Egipto y Nazaret y a quien había constituido esposo y guardián celosísimo de su amadísima Madre. Creemos, dice Sto. Tomás, que así como la Madre de Jesús fué Virgen, también lo fué José; porque de la misma manera que al fin de su vida confió Jesús el cuidado de la Virgen a un virgen, así lo hizo al principio (1).

Y en verdad que el honor mismo de María estaba interesado en esa virginidad de S. José. Los esposos deben parecerse en cualidades y dones, en gracias y timbres de gloria. Esta ley no podía faltar en un matrimonio tan perfecto como el de José y María; ambos esposos fueron semejantes en dignidad, hermosura y virtud. Hubiera sido denigrante para la Virgen tener un esposo privado de una joya tan valiosa como es la pureza virginal. Luego hemos de decir con Gersón, que así como era conveniente que María resplandeciese con pureza suma lo era también que tuviese un esposo purísimo y perpétuamente virgen (2).

La misma dignidad y perfección del Santo exigía también esa virginidad celestial. Destinado a ejercer un cargo tan sublime como era el de padre temporal del Cristo, debió reunir en sí todas las bellezas morales consiguientes a un tan gran ministerio; no debía compartir su actividad en otra cosa que en vigilar y atender con toda solícitud a la custodia del Hijo y a la fidelidad inviolable para con su Esposa. Luego hemos de afirmar que estuvo revestido del don de la pureza a semejanza de Jesús y de María.

(1) In Matth. XII. 47.

(2) *Sicut decuit Mariam ut summa puritate niteret sic decuit ut haberet suo modo parem sponsum purissimum qui cum perpetua Virgine virgo prius et posterius permaneret.* Serm. de Nativ. B. M. V.

El trato familiar con su Esposa exigía por parte de José tan angelical virtud que le hiciese digno compañero de tan privilegiada criatura. Si la Virgen Santísima, dice S. Francisco de Sales, era una puerta cerrada, se hacía necesario preservar de todo peligro esa madera incorruptible, esto es, darle un compañero en su pureza, que es el gran S. José el cual debió por lo mismo sobrepasar en esa virtud a los mismos ángeles y querubines (1). La conversación del Santo con el Verbo por el espacio de treinta años demandaba también esa integridad corporal, la independencia de oficios o asuntos que distrajeran su atención a otros objetos. Era el ángel tutelar de la Sagrada Familia, testigo de la Divinidad de Jesús y de la virginidad de su Madre, el depositario de aquellos tesoros celestiales confiados a su fidelidad y vigilancia. ¿Cómo, según esto, no había de ser José virgen y brillar con una pureza superior a todo encarecimiento? El que poseía la plenitud de la gracia debía estar pleno de virginidad; el que había sido proclamado *Justo* por el Espíritu Santo debía serlo en la virtud de la castidad; el que había de ser modelo perfectísimo de todas las virtudes lo había de ser en aquella que es la virtud predilecta del Señor, la virtud de los ángeles y los santos del cielo. La paternidad *divina* del Santo no se compagina con la paternidad humana, ni convenía que el esposo de la Madre de Dios se hubiera unido antes con otros lazos que los de la virginidad más absoluta. El Espíritu Santo había derramado en el alma de S. José sus más preciosos dones, sus más bellas virtudes; también derramaría en él los destellos brillantes de la pureza.

Angélica y más que angélica fué la pureza de José, lirio candidísimo de Israel. La virginidad de José, dice Isolano, fué más noble, más agradable a Dios, más gloriosa y maravillosa que la de los ángeles, puesto que esta dimana de la naturaleza y aquella tiene por origen la gracia que es más noble. La virginidad de los ángeles es necesaria, y la de José como voluntaria es más agradable a Dios. La castidad de los ángeles no es meritoria, y lo es la de José; y por lo tanto, es más útil. La de los ángeles

(1) *Entretien XIX sur les vertus de S. Joseph.*

está en una naturaleza, la de José en una carne frágil; luego es más maravillosa. La virginidad de José es más perfecta porque es de alma y de cuerpo, mientras la de los ángeles lo es sólo de espíritu (1). Todo es grande y extraordinario en S. José; todas las virtudes resplandecen en él con brillo singular. Jesucristo, dice el P. Raulica, es hombre sin dejar de ser Dios; María es Madre sin dejar de ser virgen; José es esposo sin dejar de ser puro. Jesucristo es hijo sin haber tenido jamás padre en la tierra; María es Madre sin haber sentido jamás concurso humano; José es padre sin haber tenido jamás hijos (2). Fué padre de Jesús y esposo de María por privilegio singularísimo de Dios. Esta es una verdad teológica admitida por la Iglesia y creída por todos los fieles; la virginidad de S. José corona las sienes del Santo como el florón más rico de su esplendente diadema.

Nada vale en contra de esta afirmación el sentir de aquellos Doctores que negaron esa virginidad perpetua. Bebieron en fuentes cuyas aguas no eran cristalinas, se apoyaron en el *Proto-Evangelio de Santiago*, libro apócrifo que andaba de mano en mano en los primeros siglos. «Solamente siguiendo esos delirios de los Evangelios apócrifos, dice S. Jerónimo, sostuvieron algunos la errónea creencia de que S. José no había sido siempre virgen (3).

El texto bíblico tampoco les favorece. Cuando el Evangelio habla de los *hermanos* de Jesús no se ha de entender que fueran hijos de José (4). Toma la palabra *hermanos* por sinónima de *consanguíneos*; de ninguna manera por hermanos *carnales* como algunos erróneamente opinaron. «Estos hermanos del Señor, dice S. Jerónimo, no son hijos de José sino primos de Jesús, hijos de María, tía del Salvador, la cual es llamada en el Evangelio madre de Santiago el Menor, de José, de Simón y de Ju-

(1) *Suma de los dones de S. José*. P. I. cap. III.

(2) *Paneg. sulla paternità de S. Giuseppe*. Palermo 1884.

(3) In Matth. cap. XII.

(4) El texto del Evangelio en que esto se afirma es el de S. Mateo en aquellas palabras: *Nonne hic est fabri filius? Nonne mater ejus dicitur Maria, et fratres ejus Jacobus et Joseph et Simon et Judas?* XIII, 55.

das» (1). Es muy frecuente en la Escritura llamar hermanos a los parientes, a los consanguíneos en primero o segundo grado. Como dice Berlendi, la Escritura distingue tres fraternidades: de naturaleza, de parentesco y de afecto. De *naturaleza*, o sea la carnal, como la que existía en Caín y Abel, Esau y Jacob. De *parentesco*, como fué la de Abraham y Lot, que eran tío y sobrino y son llamados hermanos (2). Y tales son los hermanos de Cristo (3). Fraternidad de *afecto* es la que existe entre los amigos por el amor y cariño que les une. Así Jesús resucitado dice a las mujeres: *Id, decid a mis hermanos*, esto es, a mis discípulos (4). La imposibilidad de que fueran hijos de José aquellos a quienes llama hermanos la Sagrada Escritura es evidente. En tal caso hubiese estado desposado el Santo con la madre de ellos, o sea con María, mujer de Alfeo. Pero esta María vivía aún a la muerte de Cristo, pues se la cuenta entre las mujeres devotas que iban al sepulcro del Salvador. Luego por espacio de 70 años hubiera estado casado con dos mujeres a la vez y esto repugna...

Por consiguiente, la virginidad de S. José fué inviolable antes y después de la concepción de Cristo. Esta es hoy doctrina cierta y la contraria, según el P. Lepicier, es enteramente errónea, falsa y ofensiva a los oídos piadosos (5).

La virginidad de S. José excede a toda ponderación; jamás fué agitada por el más ligero movimiento de concupiscencia. Así convenia a una virtud que había confirmado con voto el glorioso Santo según doctrina corriente entre los teólogos profesada en la liturgia cristiana. No existe testimonio explícito en la Escritura que así lo afirme; pero no faltan razones que lo justifican plenamente. Si María había consagrado a Dios su virginidad por el voto según se desprende de la respuesta que da al nuncio celestial que le anuncia su maternidad divina, también había de estarlo su esposo para no defraudar las esperanzas de María de

(1) In Matth. cap. XII, v. 49 y 50.

(2) *Ne quaeso sit iurgium inter me et te; fratres enim sumus.* Gen. XXXVIII.

(3) Vives. *Summa Josephina*, n. 2.183.

(4) *Ite nuntiate fratribus meis ut eant in Galileam.* Matth. XXVIII. 10.

(5) *Tractatus de S. Joseph.* P. II. art. 7. n. 6.

permanecer siempre virgen. La ofrenda de S. José era así más agradable a Dios y se unía a El por un vínculo más estrecho y perfecto, medio por otra parte aptísimo para conservar más pura la virginidad que embellecía a su alma. La misma prudencia exigía por parte de la Virgen no unirse en matrimonio con un hombre cuyos propósitos ignoraba, de cuya fidelidad en guardar su pureza no tuviese sólidas y suficientes garantías. Dado el amor de María a la virginidad que, según muchos autores, prefería a la misma maternidad divina, no hubiese aceptado por esposo a quien no estuviese obligado con el mismo voto que ella. Por revelación o por otros medios sabía la Virgen los propósitos de José. Así Sto. Tomás y todos los teólogos.

«¿Es posible imaginar, pregunta el Abate Jourdain, que faltase alguna cosa a la perfección de las virtudes de José y particularmente a su castidad cuya consagración y corona es el voto de virginidad? La Iglesia exige a los Sacerdotes el voto de castidad porque deben consagrar y tener en sus manos el Sagrado Cuerpo del Cristo ¿dejaría Dios de exigírselo a José?» (1). Realmente que no. Si se cree que los Apóstoles emitieron voto de castidad desde que se resolvieron a seguir a Jesucristo (2), con mayor motivo lo había de emitir S. José cuyo desprendimiento del mundo y unión con Cristo fueron más perfectos y eficaces. Luego, si bien ignoramos la época en que S. José hizo el voto de castidad (3), no hemos de negar el hecho porque así lo exigía el honor de Jesús, la virginidad de María y la santidad de nuestro gran Patriarca. En la virtud y dones de la castidad, dice la M. Agreda, quedó el santo Esposo más levantado que el supremo de los serafines, porque la pureza que ellos tienen sin cuerpo se le concedió a S. José en cuerpo terreno y carne mortal y jamás entró en sus potencias imagen ni especie de cosa impura de la naturaleza sensible (4).

(1) *Somme des Grandeurs de Maria*. P. II. lib. I. c. VIII. art. 3.

(2) Cfr. S. Th. II. II.^{ae} Q. LXXXVIII. art. 4.

(3) Unos creen que tuvo el voto ya desde la infancia; otros que lo hizo al llegar al uso de la razón y algunos con la M. Agreda a los doce años. Parece indudable que lo tuvo por lo menos desde su matrimonio con María.

(4) *Mística Ciudad de Dios*. P. II. lib. V. c. XXI.

III

RESURRECCIÓN DE S. JOSÉ

Un cuerpo tan puro y hermoso, tan virginal y santo como era el de S. José, convenía que estuviese unido a su alma en el cielo como antes lo había estado en la tierra. Pagado el tributo a la muerte y cumplida la ley que nos condena a morir por el primer pecado de Adán, convenía que el cuerpo de S. José resucitara glorioso y triunfante. He aquí una de las más puras glorias atribuidas al esclarecido Esposo de la Madre de Dios.

Sobre la muerte de S. José nadie duda, aunque ignoremos por completo las circunstancias de ella. Digase lo mismo del lugar y tiempo en que se verificó; tampoco podemos precisar la causa inmediata de su fallecimiento. Cuánto tiempo vivió con nosotros S. José, escribe el P. Cartagena, y en qué tiempo murió, no lo sabemos con certeza, porque no consta en el Evangelio ni en la tradición, ni existe decreto alguno de la Iglesia o testimonio de los Santos Padres que lo afirme (1). S. Epifanio piensa que murió S. José cuando el Niño Jesús cumplió los *doce* años. Otros creen que falleció en tiempo de la predicación del Salvador y no falta quien afirma, como S. Ambrosio, que sobrevivió a la muerte de Cristo y le adoró resucitado. Pero la opinión más común seguida por la inmensa mayoría de los escritores eclesiásticos es la de que murió antes de comenzar Jesús su vida pública y recibir el bautismo, o sea cuando el Salvador frisaba en los treinta años de edad. Así parece indicarlo la Escritura cuando dice que Jesús tenía ya treinta años y se le consideraba como hijo de José, demostrando que la memoria de este estaba fresca en el pueblo judío. Según S. Marcos, decían los hebreos al presenciar los prodigios de Jesús: *¿No es este el carpintero hijo de María?* (2) Si no hubiera muerto José hubieran dicho que era hijo

(1) Vives, *Summula Josefina*, n. 807.

(2) *Nonne hic faver filius Mariae?* Marc. VI. 3.

de éste. Además su misión en el mundo era velar por la conservación de la vida de Jesús cuando era niño y ocultarle a las miradas del mundo sombreando el misterio de la Encarnación. Llegada la hora de la manifestación *pública* de Jesús, el momento de darse a conocer a todos, terminaba la misión de José. Ya no necesitaba el Divino Maestro de su ministerio ni de sus trabajos paternales; podía por Sí mismo obrar y adquirir lo necesario a su vida. Tampoco aparece en ninguna de las escenas admirables del Apostolado de Jesús ni en las bodas de Caná ni es testigo de los milagros de Cristo. Y lo que parece indudable es que no sobrevivió a su amadísimo Hijo, pues si así fuera, no se concibe como no le acompañó al pie de la Cruz ni le consoló en su Pasión. Mucho menos se explica que viviendo S. José hubiese confiado Jesús la custodia de su Madre al apóstol S. Juan. En vista de esto, dice S. Francisco de Sales, no se puede dudar que el gran S. José no llegó a la Pasión y muerte del Salvador (1).

Aunque se ignora el lugar y día de su muerte (2) se cree que le asistieron en tan terrible trance Jesús y María. Débese creer piadosamente, dice S. Bernardino de Sena, que en la muerte del Santo Patriarca se hallaron presentes el benignísimo Jesús y su amantísima Esposa. Y ¿cómo podemos dudar de esa asistencia? ¿Cómo no habían de acompañar Jesús y María a José en la hora de la muerte cuando este en toda su vida no había hecho más que sacrificarse por el Hijo y por la Madre? El amor filial que

(1) *Tratado del amor de Dios*. lib. VII. cap. XIII.

(2) Sobre el lugar, unos dicen que murió en Nazaret donde había vivido toda su vida; otros que en Jerusalén a donde había ido para celebrar la fiesta de las Animas... La misma incertidumbre reina en torno al día de su muerte. Unos siguiendo la tradición de los Coptos dicen que murió el 20 de Julio; otros la celebraron el 9 de Febrero, octava de la Purificación de la Virgen; y otros el 19 de Marzo y esta es la fecha adoptada por el Martirologio romano. Y conforme a esta tradición canta la Iglesia:

*Iste quem laeti colimus fideles
Cujus excelsos canimus triumphos
Hac die Joseph meruit perennis
Gaudia vitae.*

(Himn. ad Laudes in festo S. Joséph die 19 Martii).

tenia Jesús a José, la fidelidad conyugal de María ¿habían de abandonar a José en la hora crítica de su existencia? De ninguna manera. La piedad cristiana con su certero instinto religioso ha creído siempre en ese hecho consolador; la tradición nos representa a José en su agonía acompañado de Jesús y de María; y la Iglesia canta este suceso en estrofas de sublime armonía. En el oficio del Santo, en el himno de Laudes, rezamos todos los años estos significativos versos:

*O nimis felix, nimis o beatus,
Cujus extremam vigiles ad horam
Christus et Virgo simul astiterunt
Ore sereno.*

La causa próxima de su muerte fué natural; y aunque bien pudo estar sujeto el Santo a enfermedades y achaques, se cree comunmente que murió a consecuencia del amor divino que abrasaba su alma (1). Lo que admite también una opinión defendida por célebres Doctores es la resurrección gloriosa de S. José. Dice S. Mateo que a la muerte de Cristo *resucitaron muchos cuerpos de Santos que habían muerto* (2). Y añade que salieron de sus sepulcros después de la Resurrección de Cristo y vinieron a la ciudad y se dejaron ver de muchos (3). Sto. Tomás dice que los que resucitaron con Jesucristo no volvieron a morir sino que ascendieron con Cristo en cuerpo y alma a los cielos. Eran testigos de la Resurrección de Jesús, las primicias de Cristo resucitado, y convenía por el honor del mismo Cristo que no muriesen otra vez sino que le acompañasen triunfante en la gloria.

Ahora bien; entre los que resucitaron con Cristo a la vida de la inmortalidad, según muchos exegetas y teólogos, estuvo San José. El sobrepujó en santidad a todos los justos de la antigua Ley, fué amado por Dios de una manera especial, revestido de

(1) Nada se sabe en concreto sobre el lugar en que fué sepultado el Santo, aunque la tradición señala el valle de Josafat, donde también se cree fué sepultada María. (Cfr. Bucceroni, *Commentarius de S. Josepho*, Sponso B. M. V., XIX).

(2) *Multa corpora sanctorum qui dormierant surrexerunt*, XXVII, 52.

(3) *Et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem et apparuerunt multis*. Ib. 53.

los dones más esplendorosos de la naturaleza y de la gracia. Debió, pues, ser preferido antes que otro alguno en la participación de los frutos de la Resurrección del Salvador. Además, si aquellos muertos resucitaron para ser testigos de la divinidad de Jesús, ¿quién mejor que José, que lo había sido en vida, podía atestiguar el carácter divino del Redentor después de muerto? Nota Knabenbauer que los que resucitaron a la muerte de Cristo no fueron justos antiguos que nadie conociera y a quienes por lo tanto, no se les hubiera creído, sino justos recientemente fallecidos a quienes todos conocían, los cuales resucitaron para dar fé del triunfo del Salvador (1). Y nadie más conocido que José a quien todos conocían y tenían por padre de Jesús. No dejaré de observar, dice Suárez, que una opinión bastante común juzga probable que S. José resucitado reina con Cristo en los cielos; porque habiendo muerto antes de Cristo es verosímil que fué uno de aquellos que resucitaron en tiempo de la Resurrección de Cristo, los cuales gozaron desde entonces la vida inmortal del alma y del cuerpo (2). No debemos dudar, escribe S. Francisco de Sales, que este glorioso Santo disfruta de un gran valimiento delante de Aquel que le ensalzó hasta llevárselo consigo en cuerpo y alma al cielo... me parece que nadie podrá poner en tela de juicio la verdad de su resurrección, porque ¿cómo habría podido negar esta gracia a S. José Aquel que tan obediente le había sido en todo el tiempo de su vida? (3). Esto mismo afirman Cartagena, Seldmayr y en general los teólogos josefinos. No hay inconveniente alguno en creerlo así porque no se opone a la fe católica, pero no puede defenderse como cierto porque no consta en la Escritura ni en la tradición. No puede afirmarse con certeza, dice Benedicto XIV, que S. José ascendió a los cielos en cuerpo y alma (4). Pero aunque no conste en la revelación puede creerse piadosamente. Hemos de creer piadosamente, dice San

(1) In Matth. cap. 27, v. 3.

(2) In. III. Q. XXIX. Disp. VIII. Sect. 2, art. 2.

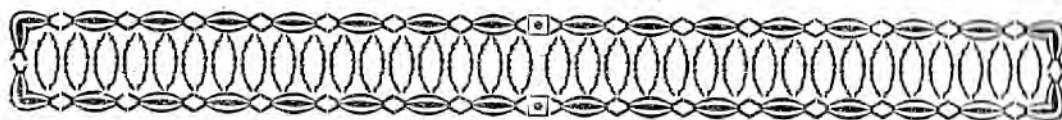
(3) *Entretien XIX sur les vertus de S. Joseph*. P. 3.

(4) *De canonizatione Sanctorum*, lib. IV p. 2, c. 10, n. 33

Bernardino de Sena, no afirmar, que el piadosísimo Hijo de Dios Jesucristo honró a su padre putativo con el mismo privilegio que a su Madre Santísima de tal manera que así como Esta subió á los cielos gloriosa en cuerpo y alma, así también en el día de su Resurrección llevó consigo al Santísimo José para que los que habían participado en este mundo de los mismos trabajos y gracias, reinasen en los cielos en cuerpo y alma cumpliéndose lo que dice el Apóstol: *Si sois compañeros en los trabajos, lo sereis en el consuelo* (1).

(1) Serm. de S. Joseph. Art. 3.





CAPITULO XXIII

Patrocinio de S. José

Hasta ahora hemos hablado de las perfecciones de S. José y de las relaciones que le unen con Dios Nuestro Señor; quedaría incompleto este trabajo, compuesto en honor suyo, si antes de terminar no habláramos también de las relaciones que le ligan con los hombres, de su acción en la vida de la Iglesia. Es gran error creer que la acción bienhechora de los Santos se limita a los horizontes de su peregrinación en la tierra, y que sus virtudes excelsas y ejemplos admirables constituyen el único medio de actuar en la historia de la humanidad. La influencia de esos héroes esclarecidos de la Religión trasciende al tiempo, se ejerce de un modo poderoso desde las regiones de la eternidad; ellos velan por la marcha moral de los siglos derramando lluvia copiosísima de bendiciones celestiales que fecunda el árido campo de los corazones humanos, haciendo brotar en ellos los gérmenes del bien y de la virtud, del heroísmo y de la santidad.

La comunión de los Santos es un dogma de fé profesado por la Iglesia en el símbolo apostólico desde la cuna misma del Cristianismo; la eficacia de su intercesión, el culto de sus imágenes, la invocación de los Santos es un hecho religioso atestiguado por la fe de las generaciones y consignado expresamente en la Escritura. Contra la afirmación luterana y calvinista que rechaza como injuriosa a Cristo la invocación de los Santos está la doctrina católica del Concilio de Trento, según el cual los Santos

que reinan con Cristo en el Cielo ofrecen por los hombres sus oraciones a Dios, y es bueno y útil invocarlos; si algunos niegan esto, dice el Concilio, sienten impiamente y no han de ser oídos (1). ¿Y cómo no hemos de poder invocar a los Santos del cielo si aun viviendo en la tierra se complace el Señor en otorgar sus dones a ruegos de sus siervos? Los Libros santos nos suministran pruebas abundantes de lo que vamos diciendo.

I

PATROCINIO DE LOS SANTOS

En el capítulo XX del Génesis se dice que Abimelec no podía alcanzar de Dios la curación sino por las súplicas de Abrahán. En el capítulo XXII de Ezequiel leemos que Dios buscaba un hombre que aplacase su cólera, pues quería perdonar a su pueblo, pero mediante las oraciones de algún Santo. En el libro de Job habla Dios y dice a los interlocutores del patriarca idumeo: *Id a mi siervo Job y Job mi siervo hará oración por vosotros y en consideración a él no os será imputada la locura de vuestras palabras* (2). S. Pablo dice también: *Ruégoos, hermanos, por Nuestro Señor Jesucristo que me ayudéis elevando vuestras oraciones por mí a Dios* (3) Si este poder tienen los justos en la tierra, mayor será el que tengan en el cielo; y si es lícito invocarlos cuando todavía están sujetos a pecado y viven en el desierto de este mundo, con mayor motivo podremos invocarlos cuando reinan en la gloria donde, libres de los lazos del pecado, viven unidos a Dios por la más encendida caridad, gozan de su amistad, disfrutan de su dicha y son árbitros de los tesoros celestiales.

Este poder de intercesión de que gozan los Santos y que invocan los fieles es lo que llamamos patrocinio. Se llama *patrono*

(1) *Decr. de invocat Sanctor.* Sess. XXV.

(2) XLX, 8.

(3) Rom. XV, 30.

en sentido litúrgico aquel que ruega o intercede por otro (1). Si bien se examinan las cosas, tanto la intercesión de los Santos como la invocación de los fieles se fundan en el valor de la oración procedente de los méritos de Jesucristo. Este es en rigor quien alcanza y patrocina, pues con su Pasión y Muerte nos ha merecido la vida eterna y todos los bienes de la gracia. Por consiguiente, el primer patrono e intercesor que tenemos es Jesús. Mientras estuvo en este mundo oró frecuentemente por nosotros (2), y esta oración continúa en los cielos donde, según el Apóstol, sigue intercediendo por nosotros (3). El es también el primer Mediador que nos reconcilió con Dios y satisfizo a la divina justicia pagando la deuda que con El habíamos contraído *Uno es el Mediador entre Dios y los hombres*, dice S. Pablo, *Jesucristo hombre que se dió en redención por nosotros* (4). Cristo es Mediador en cuanto hombre, no en cuanto Dios. Es mediador porque es hombre, dice S. Agustín (5).

Pero este patrocinio de Jesús no excluye el patrocinio de los Santos; antes bien, este recibe de aquel su virtud y eficacia. El carácter de mediador primario y en rigor único que a Cristo conviene no pierde su grandeza ni su mérito por la invocación de los Santos, sino que, muy al contrario, es así más glorificado y exaltado. Los Santos son mediadores de gracia, no de justicia, porque Dios ha querido y se complace en comunicarnos sus gracias a ruegos de los elegidos, de aquellos que en esta vida siguieron de cerca a Jesucristo y hoy le alaban sin cesar en el reino de la bienaventuranza.

Siendo esto así, no cabe dudar que S. José ejerce también su patrocinio desde el cielo en favor de los que le invocan. A nosotros lo que más nos interesa saber es la eficacia de ese patro-

(1) La palabra patrono etimológicamente significa el que *hace las veces de padre* que nos libra de los peligros, defiende nuestros derechos y nos socorre en las necesidades.

(2) *Et erat pernoctans in oratione Dei*. Luc. VI. 12.

(3) *Christus qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis*. Rom. VIII. 34.

(4) *Unus Deus unus et Mediator Dei et hominum homo Christus Jesus qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus*. I. Tim. II. 5.

(5) *Per hoc ergo mediator per quod homo inferior Patri*. *De peccato orig.* c. 28.

cinio, los bienes incalculables que podemos reportar de la invocación humilde y fervorosa del Santo. Tenemos pruebas clarísimas del poder inmenso que S. José disfruta en el cielo, de la eficacia inefable de su patrocinio en favor de los hombres. Este patrocinio es el más poderoso que existe, superior al de todos los Santos, excepto el de María Santísima.

Como dice Sto. Tomás, cuanto más perfectos en caridad son los Santos que reinan en el cielo, tanto más oran por los hombres a quienes pueden socorrer con sus oraciones; y cuanto más unidos están a Dios, tanta más eficacia poseen sus oraciones (1). Ahora bien; S. José sobrepuja a todos los Santos en caridad, ocupa en los cielos el puesto más elevado ante el trono de Dios; únicamente le aventaja María. Luego podemos afirmar que su patrocinio es más estimable que el de todos los justos. Tenemos un medio infalible de conocer la caridad de los Santos en el cielo y su valimiento ante Dios en favor de los hombres. Tal es el de observar lo que han sido para Jesucristo en la tierra y la parte que han tomado en la imitación de sus virtudes y sus méritos. Su gloria, dice Nicolás, no es más que la floescencia de la gracia; los Santos son en gloria lo que han sido en gracia; son respecto de Jesucristo reinante lo que han sido respecto de Jesucristo paciente (2).

II

EFICACIA DEL PATROCINIO DE S. JOSÉ

Pero ¿quién aventajó a S. José en gracia y perfección? ¿Quién estuvo por espacio de treinta años, durante su vida mortal, unido más estrecha e íntimamente a Jesucristo? No ha habido ángel ni santo alguno que pueda competir con nuestro Patriarca. Las gracias de que fué enriquecido, los carismas que recibió, los privilegios que adornaron su bellísima alma, son tan nuevos y

(1) II, II^{ae} Q. LXXXIII. art. 2.

(2) *La Virgen María y el Plan divino*. Tom. III. cap. IV. pág. 110.

singulares que a ningún otro Santo le fueron concedidos, según Benedicto XIV. Luego también en el cielo debe tener la misma supremacía; su patrocinio es el más poderoso, el más eficaz, el más benéfico.

Y no son sólo sus virtudes extraordinarias que ejercitó en el mundo las que le acreditan de primer patrono entre todos los Santos que gozan de la vista de Dios. Bastarían sus títulos aunque no hubiese otros motivos, para honrarle y saludarle como al más eminente tesorero del cielo. Los títulos nobilísimos que él posee son los del Padre del Cristo y Esposo de María, títulos tan gloriosos y excelsos por una parte, tan propios y exclusivos del Santo por otra, que le elevan a un rango superior, al del hipostaticismo, y le distinguen de todos los demás en las jerarquías celestiales. Las razones que tuvo la Iglesia, dice León XIII, para proclamar a S. José su especial Patrono y confiar tanto en su valioso patrocinio no son otras que aquellos títulos singulares que el Santo poseyó, el haber sido Esposo de María y Padre, como se creía, del Cristo. De aquí dimana toda su dignidad, su gracia y su gloria (1).

¿Quién podrá medir el valor del patrocinio de S. José por razón de su cualidad de Padre de Jesús? Todos los demás Santos son siervos de Dios, amigos de Jesús, propagadores de su doctrina y virtudes, pero S. José es más, inmensamente más que todo eso. Es padre nutricio del Rey de la gloria; fué protector de Dios cuando estaba en la tierra, su defensor y jefe, su guía. ¿Cómo no ha de obtener ahora en los cielos un poder de intercesión ante ese mismo Dios superior al de todos los Santos? ¿Ni qué podrá negarle en la gloria Jesús al que en la tierra jamás le negó cosa alguna, antes bien, se sacrificó por El para alimentarle, sustentarle y protegerle? María Santísima, dicen los teólogos, es tan poderosa con Dios porque fué madre suya, hasta tal punto que sus plegarias son omnipotentes, es Ella la omnipotencia suplicante. Pues razón parecida hay para afirmar lo mismo de José; él también fué padre de Jesús y sus ruegos son omnipotentes porque nada puede negarle Aquel que en su vida terrena estuvo sujeto a sus órdenes.

(1) *Quamquam pluries.*

Los lazos que le unieron a Jesús y María en la tierra no se han roto en los cielos; antes bien, permanecen más fuertes e indisolubles. Si, pues, Jesús amó tanto a José en este mundo ¿cómo no le amará ahora que puede demostrarle mejor su afecto y cariño? Y ningún medio más expresivo ni demostración más elocuente de ese amor divino que conferir al Santo la guarda de los tesoros celestiales para que los distribuya y reparta entre los hombres. No hay fuentes más puras en teología que las que dan origen al patrocinio de S. José. Como dice el P. Murillo, ¿a cual de los Apóstoles o de los ángeles dijo jamás el hijo de Dios tu eres mi padre sino sólo a José? ¿A quién dijo la Virgen tu eres mi esposo sino sólo a José? ¿A cuál de los ángeles o de los Santos llamó señor sino sólo a José? ¿Quién goza en el Evangelio con particular excelencia de todos los discípulos de Cristo el nombre de hijo de David sino solo José? Los ángeles, los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles y los demás Santos llaman señor a quien José llama hijo y obedecen como Señora a quien llama a José señor y él a ella Esposa (1). El Padre de Jesús, el Esposo de María no ha perdido en el cielo la potestad que ejerció en la tierra, la conserva tanto más excelsa cuanto lo es su glorificación. De ningún modo se ha de pensar, escribe S. Bernardino de Sena, que Jesucristo en los cielos no otorgue a S. José como hijo a su padre la familiaridad, reverencia y dignidad sublimísima que le concedió en la tierra; antes bien, debe confesarse que allí las completó y consumó (2). Esa dignidad brilla en la frente de S. José como un sello especial que le distingue de los demás elegidos; es la expresión de su grandeza y de su poder. Justo es por lo tanto, admitir en el Santo un patrocinio equivalente a su dignidad, y así como esta no admite parangón sino con la de María, lo mismo hemos de afirmar de su valeroso patrocinio. El patrocinio de S. José es el más eficaz y por lo mismo el más universal; se extiende a todas las necesidades, lo ejerce el Santo con toda suerte de estados y personas.

Imagen bellísima, expresión magnífica del poder de S. José

(1) *Vida y excelencias de la Madre de Dios*, Tract., Disc. V.

(2) Serm. de S. Joseph.

nos suministra la Escritura en el poder y grandeza de que fué revestido el Patriarca José, hijo de Jacob, que, como ya dijimos, es tipo y figura de nuestro inclito Santo. La Iglesia aplica a S. José lo que en el Génesis se dice del Virrey de Egipto (1). Después de explicar los sueños de Faraón, éste admirado de su sabiduría, en gratitud y recompensa le dijo: *Tú gobernarás mi casa y al imperio de tu voz estará sujeto todo el pueblo; uno sólo te precederá en el solio real. Y dijo Faraón a José: He aquí que te he constituido sobre todos los reinos de Egipto* (2). De aquí se sigue que están en poder de José las llaves del reino celestial; que de sus manos brotan fuentes de gracias y favores, los cuales se derraman continuamente por el mundo. Estas llaves son las que dan al patrocinio de S. José aquella eficacia y valimiento que le han hecho célebre en toda la tierra. No es sin duda aquel José ministro de Faraón sino una figura profética de nuestro José; el poderío de este ha de ser tanto mayor que el de aquel cuanto la realidad aventaja a la figura. El primer José hizo sentir la influencia de su poder y de su gloria en el reino de Egipto; el segundo tiene el privilegio de extenderla al mundo entero. El nuevo José fué declarado Intendente de la Casa de Dios y de la primera Familia del mundo y después ha sido constituido árbitro de los dones celestiales que se conceden al género humano. José era en otro tiempo el Ecónomo del Verbo encarnado; este honor no fué sino la sombra del que tiene en el cielo donde continúa ejerciendo en alguna manera el mismo oficio, siendo el encargado de repartir los dones divinos, según la medida sabiamente establecida por su Hijo. El Rey Faraón, dice Patrignani, al oír las súplicas y peticiones de sus vasallos, les enviaba al antiguo José a quien había hecho señor absoluto de su corte y de su reino. *Id a José y haced cuanto él os dijere* (3). El Rey de los cielos no ha dado menos poder en su reino a S. José. Verdad es que los otros santos tienen una grande autoridad, pero al fin ellos interceden suplicando como siervos y no mandando como

(1) *Off. sobre el Patrocinio de S. José.*

(2) *Tu eris super domum meam et ad tui oris imperium cunctus populus obediet...* Gen. XLI, 40.

(3) *Ite ad Joseph et quidquid vobis dixerit facite.* Genes. XLI.

señores. Al contrario, José que en la casa de Nazaret y en su cualidad de Padre y de Esposo vió a Jesús y María sujetos a su jurisdicción; José, repito, hoy día que habita en la casa de Dios donde sus títulos lejos de destruirse brillan con esplendor incomparable, sin duda puede obtener todo lo que quiere, pues goza de un poder sin límites (1).

De aquí se sigue que el patrocinio de S. José es en sí mismo omnipotente, en su extensión universal. La teología josefina admite estas dos verdades como fundamentales en el estudio de la persona del Santo. S. José, dice Gersón, es un abogado tan poderoso y tan absoluto que en cierto modo más bien manda que pide; válese de su autoridad, aunque parece que recurre a la súplica (2). Sus súplicas, escribe Vallejo, más bien parecen preceptos que memoriales. José pide como quien manda y cuando ruega a su Hijo Jesús o a María su Esposa, son imperios sus peticiones porque en el cielo, si es lícito decirlo, S. José tiene derecho de mandar (3). La universalidad de su patrocinio es tan evidente que no necesita demostrarse; el pueblo cristiano la proclama en el culto josefino... La Iglesia pone en boca de S. José aquellas palabras de la Escritura: *En cualquier tribulación en que clamaren a mí les atenderé y seré siempre su Protector* (4). En el himno del Oficio del Santo llámale también *Ministro de nuestra salud... segura esperanza de vida y sostén del mundo* (5). Santo Tomás después de afirmar que la eficacia de la protección de un Santo y el valor de sus oraciones depende de la proximidad a Dios que tiene en la gloria (6), dice refiriéndose al valor inmenso del patrocinio de S. José: «Tienen algunos Santos el don de socorrer en cosas especiales, pero al santísimo José le ha sido concedido el don de socorrer en toda necesidad y todo negocio y defender, proteger y amar con paternal afecto a cuantos piadosa-

(1) *El devoto de S. José*, lib. I. cap. VI.

(2) *Ser. de Nativ. B. M. V.*

(3) *Vida de S. José*. P. 3, cap. VIII.

(4) *In quacunque tribulatione* etc. Grad. de la Misa del patrocinio del Santo.

(5) *Ministrum salutis... certa spes vitae columenque mundi.*

(6) Cfr II. II^{ae} Q. LXXXIII. art. 11.

mente acuden a él* (1). El que suspire por alcanzar cualquier gracia del Altísimo, predicaba el V. Bernardino de Bustos, tome para abogado a S. José ante la Virgen su bendita Esposa y ante Nuestro Señor Jesucristo y todo lo conseguirá del Padre celestial (2). La razón es porque, como dijo S. Agustín, nuestro José no hizo provisión de trigo para los vasallos de un príncipe, como la hizo antiguamente el Virrey de Egipto, sino que dió y conservó a la Iglesia universal el Pan vivo que alimenta y da inmortalidad a las almas (3).

El amor de José a Jesús, la mútua conversación con su Esposa e Hijo, si arguyen la excelencia de su santidad, nos dan derecho a inferir también la de su patrocinio. S. José es Patrón universal para todas las necesidades, dice Cartagena (4). Entre los patronos que por los mortales interceden en la divina presencia, dice Isolano, ninguno, después de la Santísima Virgen, más excelente y eficaz que S. José (5). Nadie como Santa Teresa ha expresado esta verdad consoladora. Tomé por abogado, dice, al glorioso S. José y me encomendé mucho a él y ví claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros de que me ha librado así del alma como del cuerpo; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todo, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra así en el cielo hace cuanto le pide (6). En vista de esto, bien podemos aplicar a San José aquellas palabras de la Escritura: *Dióle el Señor un corazón*

(1) Dist. XLV. Q. 3. art. 2.

(2) Serm. de S. Joseph.

(3) *Ille Joseph erogavit triticum; noster erogase dignatus est Verbum*, Serm. 81. 1. tempore.

(4) Libr. XVIII. Hom. 14.

(5) *Suma de los Donos de San José*, P. III, cap. XVII.

(6) Su vida, cap. VI.

más ancho que las playas que ocupa la arena del mar (1).

Dos cualidades debe poseer un protector para que su patrocinio nos sea eficaz y merezca nuestra absoluta confianza. Estas dos cualidades son: poder y bondad. O sea, se requiere que el protector pueda y quiera favorecernos concediéndonos lo que le pedimos. Que el Santo pueda queda evidenciado; en sus manos está nuestra salvación, nuestra felicidad; el socorro en todas nuestras necesidades. Que el Santo quiera, no podemos dudar porque esto equivaldría a irrogarle la más grave injuria. La bondad del Santo constituye, digámoslo así, su propio carácter. Es el padre amantísimo que vela por nosotros sus hijos sin perdernos un momento de vista, que nos consuela en las penas, cura en nuestras enfermedades, ilumina en las dudas, alienta en la debilidad y socorre en todas las necesidades. Su solicitud por nuestro bien le obliga a concedernos cuanto le pedimos; sus entrañas paternas conmueven profundamente a la vista de nuestras miserias y flaquezas; no puede resistirse a nuestras penas y dolores. Su mismo corazón, dice Patrignani, es el que acrecienta la eficacia de su patrocinio con el amor que nos tiene y el interés que se toma en escuchar los votos y las súplicas que se le dirigen. Jesús mismo, al hacerse hijo suyo, le infundió en el corazón un amor más tierno que el de todo otro padre; y esto no sólo para que a El amase y cuidase como a hijo sino también para que ese mismo amor se extendiese a todos los hombres que han llegado a ser hijos suyos... Siendo esto así, acudan presurosos los hijos de la Iglesia al corazón paternal de S. José y todos encontrarán ancho lugar para ser recibidos e inagotable ternura para tener parte en su protección y en sus favores (2). Ricos y pobres, sanos y enfermos, justos y pecadores, todos encuentran grata acogida en el corazón de S. José. Invóquese a los demás Santos, dice S. Francisco de Sales, por lo que a necesidades particulares se refiere, como si la gracia y don de milagros estuviesen repartidos entre ellos, y como si cada cual tuviese su porción limita-

(1) *Dedit ei Deus latitudinem cordis sicut arenam quae est in littore maris.*
III Reg. IV, 23.

(2) *El devoto de S. José*, lib. I, cap. IV.

da; pero por lo que a S. José se refiere, en su mano posee el remedio general de toda necesidad así del cuerpo como del alma, por causa del ascendiente absoluto que tiene con Nuestro Señor (1). El es padre de las almas y sabe muy bien que fueron redimidas con la sangre de Jesús; las ama y daría su vida por salvarlas. Posee una caridad, dice Sauvé, capaz de amar a un Dios con amor paternal y de abrazar con el mismo amor paternal a la Iglesia y a cada uno de nosotros, y esto con la irresistible influencia que semejante amor le presta (2).

Es imposible enumerar los beneficios que S. José derrama sobre el mundo, las gracias que por su intercesión consiguen los mortales. Sería menester para esto citar los muchísimos libros que se escriben para propagar su devoción, las revistas josefinas que en gran número se publican, recordar los discursos de tantos oradores sagrados, los templos en su honor erigidos, el número prodigioso de sus asociaciones y más aún de sus asociados, la solemnidad y concurrencia con que se celebran sus fiestas, las múltiples manifestaciones de su devoción y culto en el pueblo cristiano. A unos, dice Mause, les cura en sus enfermedades corporales, a otros les restablece la paz y la alegría del alma, a algunos les ha salvado en el mar, a otros en la tierra. El es para sus devotos amparo en la necesidad, remedio en la desgracia, consuelo en las tristezas, defensa en los peligros del cuerpo y del alma (3). Bien podemos aplicarle aquellas palabras del Sabio referentes al antiguo José: *No ha nacido en la tierra hombre alguno comparable a José, el cual nació para ser el príncipe de sus hermanos, el sostén de la nación, guía de sus hermanos y firme columna de su pueblo* (4). Los que no poseen la gracia y la desean, invoquen el nombre de José porque Dios asiste a quienes le invocan, perfeccionando a los buenos y perdonando a los pecadores.

Sin embargo, S. José es abogado especial en los trabajos y

(1) Entretien XIX...

(2) *San José*, pág. 260.

(3) *El predicador josefino*. Tr. VI, c. I.

(4) Ecli. XCIX, 17.

tribulaciones del hogar cristiano, en las tentaciones contra la santa pureza, y muy especialmente para llegar a un perfecto grado de contemplación, de vida interior. Los padres de familia, dice León XIII, encuentran en S. José la más bella personificación de la vigilancia y solicitud paternal; los esposos un perfecto ejemplo de amor, de unión y de fidelidad conyugal; las vírgenes tienen en él, al paso que el modelo, el protector de la integridad virginal (1). El hogar de Nazaret es el espejo de los hogares cristianos; aquella Santa Familia es el dechado y ejemplo de todas las familias. Dichosas serán estas si preside su existencia la figura dulcísima de José, irradiando en los padres e hijos fulgores de paz, de consuelo y de amor.

Es también S. José modelo de las almas perfectas. El retiro y la soledad hicieron del Santo un milagro de Dios en la tierra; su silencio, su obscuridad, contribuyeron a que su oración fuese perenne, jamás interrumpida por las distracciones de los sentidos y el bullicio de los negocios; fué su vida un éxtasis continuo, una contemplación ferviente. El es el modelo, dice Sauvé, de la vida interior, de la contemplación más sencilla, más atenta, más penetrante, más amante, que va directamente a encender el corazón a transformar la vida por la práctica de las virtudes (2).

III

PATRONATO DEL SANTO

Nada debe extrañarnos que no sólo el pueblo, los fieles hayan elegido a S. José patrón en todas sus necesidades y aflicciones, sino que también hayan hecho lo mismo los Reyes y naciones poniéndose bajo su protección en los días de angustia y de prueba. Como hicieron con María, así también lo han hecho con su amantísimo Esposo. Célebre es el ejemplo de Alemania que, viéndose atacada por los turcos en 1683, acogióse a la protección de S. José, logrando alcanzar de ellos señaladísima victoria. El

(1) *Quamquam pluries*

(2) *San José*, pág. 258.

Emperador Fernando III agradecido a las muchas mercedes dispensadas a su reino por intercesión de S. José le declaró Patrón del Reino con el título de *Conservador de la Paz*. Su hijo Leopoldo I, no menos devoto y entusiasta del Santo, obtuvo del Romano Pontífice que en todos los Reinos de Alemania se celebrase en honor de S. José la fiesta de sus Desposorios con María, y en 1675 con aprobación del Papa Clemente X consagró todo el imperio al glorioso S. José. No contento con esto el piadoso Monarca eligióle por especial Protector de la Casa de Austria y reconocido a los singulares beneficios del Santo, hizo voto de levantarle una estatua en una plaza pública de Viena, voto que llevó a efecto su hijo José I, inaugurándose aquella el día 19 de Marzo de 1706 con solemnísimas fiestas y asistencia de la Corte Imperial.

Francia también se distinguió por su devoción a S. José. La reina Ana Teresa mandó llamar a los Carmelitas a París y profesó gran devoción al Santo del que recibió el insigne favor de tener sucesión después de veinte y tres años de matrimonio, razón por la cual quiso que su primogénito Luis XIV llevase también el nombre de José. El mismo Luis XIV y su esposa María Teresa expresaron a la Asamblea del Clero de Francia reunida en París en 1661 el deseo de que se celebrase en todo el reino de Francia la fiesta de S. José, según los decretos de Gregorio XV y Urbano VIII.

Pero ninguna nación como España sobresalió en el amor y devoción a S. José. Así como ninguna ha amado y venerado más a María, ninguna tampoco ha honrado con más entusiasmo a S. José. Desde que Sta. Teresa de Jesús se declaró tan enamorada del Santo bendito, todas las clases sociales compitieron en el amor y reverencia a S. José, poniéndose bajo su poderoso Patrocinio. Nuestros Reyes y Príncipes secundaron tan hermosas corrientes y se declararon devotos del Santo. Felipe IV profesó gran devoción a S. José. Heredó esta devoción su hijo Carlos II quien ordenó por Cédula Real que todos los predicadores de sus vastos dominios fomentasen la devoción del Señor S. José y se dirigió al Papa Inocencio XI solicitando declarara a S. José Patrón de todos los reinos de España, como en efecto lo hizo aquel Pontí-

fice con fecha 19 de Abril de 1679. No es del caso reseñar las causas que determinaron la anulación de aquel Breve de la Congregación de Ritos ni las artes de que se valieron algunas personas, entre ellas el Arzobispo de Compostela y su Procurador en Roma, Francisco Joba.

El gran Duque de Toscana, Cosme de Médicis, en 1719 eligió también a S. José por Patrón de sus Estados, ordenando se celebrara su fiesta con gran solemnidad; Fernando III de Lorena, otro gran Duque, fundó una Orden de Caballería bajo la invocación de S. José, difundiendo su devoción por todos sus Estados. La Archiduquesa Isabel funda en Bélgica una Cofradía dedicada a S. José, inaugurándose en la iglesia de S. Salvador en Gante, el año 1604. Portugal y otros países también se glorian de tener por Patrón a S. José.

Faltaba únicamente el sello definitivo, la aprobación oficial y solemne de la Sede Apostólica, y esta vino por fin en nuestros tiempos, en estos tiempos preñados de fieras tempestades. Los Romanos Pontífices no dejaron de fomentar en todas las épocas la devoción y culto a S. José, recomendando eficazmente su poderoso Patrocinio. Y por último juzgaron muy acertadamente que ningún Patrón más eminente podía invocar la Iglesia, que al gloriosísimo S. José; y guiada por esa razón suprema del bien de los fieles, se decidió a elegirle su protector universal en las luchas contra el error y contra la impiedad moderna.

Ya el gran Gerson en tiempo del cisma de Occidente juzgó que el remedio más eficaz para propagar y defender la fe cristiana era la protección del Santo, quien mejor que nadie podía velar por la prosperidad de la Iglesia. Con este objeto en aquel su memorable discurso de Constanza encareció a los Padres del Concilio el valimiento de S. José, exhortándoles a tomarle por patrón contra el cisma, instituyendo una fiesta especial en honor suyo. Los deseos del gran Canciller viéronse cumplidos en los modernos tiempos por obra del inmortal Pontífice Pío IX. Atendiendo este gran Papa a las recias tempestades que combatían la navecilla de Pedro próxima a zozobrar, acudió a S. José pro-

(1) Cfr. Butiñá, *Glorias de S. José*. P. I, cap. II, I.

clamándole pública y solemnemente Patrón de la Iglesia universal. Precedieron a esta declaración los votos fervientes del pueblo cristiano formulados autoritativamente por los Padres del Concilio Vaticano (1). Viéndose, dice el decreto, en estos tristísimos tiempos la misma Iglesia por todas partes perseguida de sus enemigos y oprimida de tan graves calamidades, que hombres impíos pudieron sospechar haber al fin prevalecido contra ella las puertas del infierno, por esto los Venerables Prelados de todo el orbe católico presentaron sus preces y las de los fieles de Cristo, encomendados a sus cuidados, al Sumo Pontífice, pidiendo que se dignara instituir a S. José Patrón de la Iglesia Católica.

Habiéndose después renovado ahincadamente las mismas súplicas y votos en el sagrado ecuménico Concilio del Vaticano, Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, movido por la recentísima y luctuosa condición de las cosas, quiso satisfacer los votos de los sagrados Padres y encomendándose a sí y a los fieles todos al poderosísimo patrocinio del santo Patriarca, lo declaró Patrono de la Iglesia Católica (2). Y en su Breve *Inclytum Patriarcham*, 7 de Julio de 1871, decía el mismo Papa: «En estos últimos tiempos en que se ha declarado a la Iglesia de Jesucristo una guerra cruel y encarnizada, la devoción a S. José se acrecienta de tal suerte y toma tan gran desarrollo que de todas partes nos llegan ardientes e innumerables súplicas recientemente renovadas en el santo Concilio Vaticano por toda la corporación de los fieles, y de un modo especial por la gran mayoría de nuestros venerables hermanos los Obispos y los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, expresando su deseo de que Nos, en estos calamitosos tiempos, declaráramos a S. José *Patrón de la Iglesia Católica*, a fin de obtener con más eficacia por sus méritos e intercesión, la misericordia de Dios y evitar los grandes males que nos afligen por todas partes.

He aquí por qué, impulsados por estas demandas, después de invocar las luces de Dios, Nos hemos estimado conveniente ac-

(1) Cfr. Vives *Semma Josephina*, n. 1882.

(2) Decreto de la C. de Ritos 8 Diciembre de 1870.

ceder a estos deseos tan numerosos y ardientes, y por un decreto particular de nuestra S. Congregación de Ritos, publicado conforme a nuestras órdenes el 8 de Diciembre de 1870, fiesta de la Inmaculada Concepción, Nos hemos solemnemente proclamado al bienaventurado Patriarca S. José *Patrón de la Iglesia Católica* (1). Es, pues, conforme a razón, dice también León XIII, y excelentemente digno del bienaventurado S. José, que como en otro tiempo y en cuantas cosas se ofrecieron defendió religiosamente la Familia de Nazaret, así ahora con su patrocinio celestial proteja y defienda la Iglesia de Cristo (2).

Desde entonces los fieles han acudido con fe y entusiasmo indescriptible a los pies del glorioso Patriarca, implorando su valiosísima protección. Y el cielo ha demostrado con cuanta razón habíamos depositado en El nuestras esperanzas. Realmente nadie con más derecho que el Santo podía velar por la salud de los fieles y prosperidad de la Iglesia. La divina Casa, dice León XIII, que gobernó José como con la autoridad de padre, contenía las primicias de la Iglesia naciente. Lo propio que la Santísima Virgen es la madre de Jesucristo, es madre de todos los cristianos, que prohió en el monte Calvario, en medio de los sufrimientos infinitos del Redentor; tal como Jesús es el primogénito de los cristianos, que por la adopción y la redención son sus hermanos.

En esta multitud incontable de los cristianos que forman la Iglesia, en esta inmensa familia extendida por toda la tierra, San José, por ser esposo de María y padre de Jesucristo, posee una como autoridad paternal (3).

La experiencia diaria demuestra elocuentemente cuan eficaz ha sido y sigue siendo el patrocinio de S. José en favor de la Iglesia. Los enemigos de ésta han sido humillados; la paz ha renacido en las familias y la gloriosa figura del Obrero inmortal brinda desde lo alto de los talleres y fábricas progreso y gloria, religión y salud. Todos deben acudir sin recelo a recibir los frutos de tan eficaz protección. Supuesto lo general y lo eficaz del

(1) Vives, *Summa Josephina*, n. 2885.

(2) *Quamquam pluries*.

(3) *Quamquam pluries*.

patrocinio de S. José, todos deben implorar su intercesión: los inocentes para conservar blanca la estola de la gracia que recibieron en el bautismo; los pecadores para romper las cadenas de su esclavitud y obtener el perdón de sus pecados; las personas amantes de la virginidad para conservar joya tan hermosa bajo la tutela del gran S. José que por elección divina fué el Custodio de la más excelente de las vírgenes; los casados para imitarle en el cuidado de la familia que tienen a su cargo; los sabios para emplear acertadamente las luces de su ciencia; los ignorantes para adquirir conocimiento de sus deberes y cumplirlos con fidelidad; los atribulados para conseguir consuelo y tranquilidad; los Superiores para gobernar con prudencia y rectitud, velando por la observancia de la ley; los súbditos para obedecer rendidamente y someter su voluntad y su juicio a las órdenes de su Superior; todos, en una palabra, deben imitar a José y aprender de él a vivir cristianamente y conseguir su eterna salvación.

Este pensamiento ha movido a los fieles para elegir patrono y abogado especial a S. José, para proclamarle Rey de los hogares cristianos y de los países católicos. Todos, todos, decía el P. Segneri, eligen a S. José por su protector, sabiendo que en él concurren títulos bastantes a salvarles y autoridad para defenderles. Tómanle por su abogado los sacerdotes para aprender de él mismo aquel respeto con que deben mirar a Dios cuando le tienen sus manos en el tremendo sacrificio del altar; los casados para mantener la concordia; las doncellas para conservar la integridad y pureza de sus almas y de sus cuerpos; los caminantes y peregrinos para llevar en su compañía un fidelísimo conductor; los obreros y los pobres para llevar con paciencia sus trabajos y sus necesidades; los plebeyos, con más especialidad aquellos nobles que necesitan de poderosos socorros para conformarse con los reveses de la fortuna que los han reducido a un estado calamitoso; los padres y los cabezas de familia para dirigir con acierto a los que tienen debajo de su imperio; los príncipes para tener en una sujeción feliz a sus vasallos; pero entre todos deben coger y tomar con más empeño por su abogado al

señor S. José los que desean morir con la apacible muerte de los justos (1).

También los Prelados, los sacerdotes todos, los ministros de la Santa Iglesia encontrarán en S. José un modelo acabado. Nosotros, dice Patrignani, sacerdotes del Señor ¿no deberemos amar al Santo que entre todos los hombres fué el primero que recibió en sus manos al Salvador y que ofreció al Padre Eterno las primicias de la sangre preciosa, que el Verbo Encarnado derramó en la circuncisión? (2). Aprendamos los sacerdotes de S. José, dice Osso, porque si el sacerdote es ministro de Cristo, embajador de su ley, hijo de Dios, mediador entre Dios y los hombres, pastor y guía de Israel, luz del mundo, sal de la tierra, ángel del Dios de los ejércitos, coadjutor de Dios, corredentor, Dios con él, todos estos títulos convienen al Patriarca S. José (3). Con la devoción a S. José se restaurará la piedad en los pueblos, aumentará el fervor en los corazones y se renovarán las almas en el amor a Cristo.

Es también protector especial de los obreros. S. José, dice Sardá, es el blasón y la gloria del trabajo cristiano. Al tomar carne humana el Verbo de Dios, tomola ¡oh maravilla! de la Esposa de un pobrecillo trabajador; y al nacer a la vida y al crecer y desarrollarse en ella, quiso que el glorioso escenario de todas esas grandezas suyas fuese el taller humilde y trabajador; con el trabajo de sus manos comió su pan y en el trabajo de artesano empleó treinta años... Reconoce, pueblo obrero, donde está tu verdadera dignidad y la gloria de tus humildes profesiones. Desde entonces el sudor que coronó tu frente cansada es tan glorioso como las diademas de los Reyes... Mírate ahí, pueblo honrado y laborioso, que ahí están los blasones de tu nobleza. Contémplolo y aprende (4). «Por lo que hace relación a los proletarios, dice León XIII, a los trabajadores, a las personas de mediana condición, esas tienen derecho preferente a recurrir a José y a

(1) *Serm. de S. José.*

(2) *El devoto de S. José*, lib. I, cap. VII.

() *El devoto josefino*, día 18.

(4) *Breve ejercicio de S. José*. Consid. VIII.

proponerse imitarle. José, en efecto, de estirpe real, unido en matrimonio a la más elevada y santa de las mujeres, mirado como padre del Hijo de Dios, con todo, pasa la vida trabajando y pide al trabajo de artesano cuanto necesita para sostener a su familia.

»Es, pues, cierto que la condición de los humildes nada tiene de abyecta, y no sólo el trabajo del obrero nada tiene de bochornoso, sino que también puede, si a él se junta la virtud, ser grandemente ennoblecido. José, contento con lo poco que posee, soporta las dificultades inherentes a esa escasez de fortuna con grandeza de espíritu, a imitación de su Hijo, que después de aceptada la forma de esclavo, El, que es Señor de todas las cosas, se sujeta voluntariamente a la indigencia y carencia de todo» (1).

S. José es, en una palabra, el modelo universal, así como es universal protector. Todos los oficios, edades y condiciones prosperan a la sombra de S. José, cuando experimentan la acción bienhechora de su incomparable Patrocinio. Es el patrón de todos los cristianos y siguiendo sus huellas y practicando las hermosas virtudes que nos enseñó, el mundo alcanzará su perfección y complemento. El noble verá en él, dice Castells y Arbós, al varón de la real estirpe de David; el obrero a un pobre trabajador; el sacerdote al justo que tenía todos los días en sus manos la Hostia de propiciación; el niño a aquel que tanto acarició al divino Infante; la doncella al privilegiado Custodio de la más pura de las Vírgenes; el esposo al que lo fué realmente de una Madre siempre virgen; el atribulado al que sólo con la continuada presencia de Jesús templó sus penas; el religioso al que retirado en su humilde morada de Nazaret fué pobre, ganando el sustento con el sudor de su rostro, obediente a los mandatos del Altísimo y casto por el voto que a Dios tenía hecho; el moribundo al mejor enfermero para consolarle y acompañarle al cielo. S. José, pues, es el espejo de todos, el modelo de todos, el Patrón de todos (2). Por ser Esposo de María y Padre de Jesús, Dios nos lo

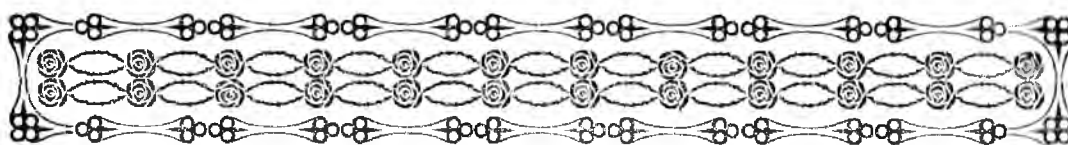
(1) *Quamquam pluries.*

(2) *S. José, Maestro de vida crist.*, pról.

ha dado por padre de todos los cristianos. Cumpliendo con él los deberes filiales, dispondremos libremente de las riquezas inmensas que tiene en sus manos el inmortal Patriarca. Cuanto digamos sobre esta materia es insuficiente para apreciar debidamente los poderes del Santo. El que suspire por alcanzar cualquier gracia del Altísimo, dice Bernardino de Bustos, tome por abogado a S. José ante la Virgen su bendita Esposa, y ante Nuestro Señor Jesucristo; y todo lo conseguirá del Padre celestial.

Acudamos, pues, todos a José porque en su mano está nuestra salud, el bienestar de las familias, la vida de las sociedades y el triunfo de la Iglesia. Los poderes que Dios le ha conferido son amplios y absolutos, sin condición, sin límite. Que su sombra nos cobije en las recias tempestades de la vida, que su nombre bendito nos aliente en la hora de la muerte, y jamás nos abandone su valioso patrocinio hasta vernos en el cielo triunfantes y dichosos por toda la eternidad.





CAPITULO XXIV

Culto de S. José

De todos los temas discutidos en la presente obra pocos habrá tan sugestivos como el que se indica en el precedente epígrafe. Para formarnos una idea de la admiración que siente hacia el glorioso Patriarca el pueblo cristiano y conocer a fondo el concepto que se han formado las generaciones de la dignidad eminente y virtudes sublimes de S. José, nada más conveniente que examinar atentamente el origen y ramificaciones de su culto, describir la historia de su devoción en la Iglesia de Cristo. El patrocinio de S. José está íntimamente unido con su culto, pues ambas cosas guardan exacta proporción entre sí como el efecto y la causa, razón por la cual, después de haber escrito acerca del patrocinio del Santo demostrando su eficacia y universalidad, debemos decir alguna cosa sobre su culto y devoción, exponiendo, siquiera sucintamente, los fundamentos dogmáticos e históricos de la liturgia josefina.

El gran León XIII en su Encíclica 15 de Agosto de 1889, después de enumerar los males de la Sociedad contemporánea y los grandes peligros que amenazan a las almas, recuerda que ningún remedio más eficaz que el culto al glorioso S. José y exhorta encarecidamente a todos para que le invoquen, honren y bendigan. No solo la gloria del Santo, también nuestra propia utilidad está interesada en fomentar la devoción de ese taumaturgo

sin ejemplo, ya que tan benéficas y profundas influencias ejerce en la reforma de las costumbres humanas. Escribir la historia del culto de S. José, dice Lucot, relatar los principios, los progresos y el último término que ha alcanzado, indicar lo que han hecho los pueblos, los reyes, los Santos en la iglesia y, sobre todo, las Ordenes religiosas, para honrar a S. José, recordar la solemne aprobación que ha dado la Iglesia a su culto y los grandiosos resultados que a ella se siguieron, ¿no es esto recomendar a todos la devoción a S. José y hacer un llamamiento a las almas para que se coloquen bajo el estandarte del Santo Patriarca? (1). Ciertamente que el conocimiento de las bellezas del Santo contribuirá a que los fieles le amen más y más, copiando en sus almas los rasgos brillantes que esmaltan la vida del inmortal Esposo de María, y sintiendo, en consecuencia, los maravillosos frutos de gracias y dones celestiales que el Santo otorga a sus devotos.

No cabe duda que S. José es acreedor a la gratitud de la humanidad; merece que todos le rindan un culto fervoroso y entusiasta. Culto es el testimonio o signo de la excelencia de una persona; o sea, todo acto por el cual honramos a una persona en reconocimiento de su dignidad y grandeza. Puede ser público y privado, interno y externo, absoluto y relativo. A nosotros la división que nos interesa saber es la de culto de *latria* y de *dulia*. Culto de *latria* es la adoración que se tributa a Dios por razón de su soberanía y excelencia suprema; culto de *dulia* el honor y veneración con que honramos a los Santos por haber sido siervos de Dios, imágenes excelsas de sus divinas perfecciones. El culto de la Virgen ocupa un lugar medio entre el de los santos y el de Dios; como su dignidad excede en grado y es de un orden superior a la de los santos, también lo es el culto que le corresponde en justicia. Este culto recibe un nombre especial, se llama *hiperdulia*.

(1) *San José*, pág. 5.

I

FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DEL CULTO JOSEFINO.

Que S. José merece ser honrado de una manera singular no habrá quien lo niegue sin negar al mismo tiempo la doctrina católica relativa a la invocación y culto de los Santos. Culto, hemos dicho, es el honor y veneración que se tributa a una persona por su eminente dignidad, en reconocimiento de sus virtudes y sus méritos. ¿Y quién más digno, más rico en virtud, más privilegiado y amado de Dios que el glorioso S. José? ¿Quién como él ascendió a la cumbre de la santidad y recibió del mismo Dios títulos de gloria incommunicables a los mismos ángeles? Los fundamentos teológicos del culto josefino se indican claramente en las sagradas páginas, cuando afirman que *Jacob engendró a José esposo de María* (1); que *José era padre de Jesús* (2) y que *Este le estaba sujeto* (3); que era el jefe de aquella sagrada Familia (4), imagen viviente de la Trinidad divina. Títulos son estos que encierran un tesoro de gracias y virtudes, contienen los mayores elogios que tributarse pueden al insigne Santo.

¿Quién podrá medir la grandeza moral del alma de José? ¿Quién expresar adecuadamente los carismas divinos que la embellecieron y exaltaron? La dignidad altísima a que fué elevado supera los cálculos humanos, es incomprensible a la luz de nuestro pobre entendimiento. Cuando llamáis a José esposo de María y padre de Jesús, dice S. Juan Damasceno, designáis la mayor elevación que puede alcanzar un hombre. No se puede pasar más adelante porque exceder estos límites es tocar ya en lo divino (5). Si la misión especial del Santo requería privilegios especiales y los méritos deben ser proporcionados a la dignidad de que se

(1) Matth. I, 16.

(2) Luc. II, 41, 43, 46, 48.

(3) Ib. II, 51.

(4) Matth. II, 13, 19.

(5) Lucot, *San José*, pág. 4.

hallaba revestido, imposible declarar la supremacía de S. José sin formar idea clara del alto puesto que ocupaba en los decretos divinos relativos a la Encarnación del Verbo.

De aquí se sigue que no solo se le debe a S. José un culto cualquiera como el que se tributa a los demás santos, sino un culto especial, propio y exclusivo del Santo, en razón directa de su excelencia y sus méritos. Por otra parte, S. José por su unión íntima con Jesús y María participa del dominio supremo de entrambos y ejerce la soberanía que aquellos poseen sobre todas las criaturas, visibles e invisibles. Si, pues, se debe dar culto especial a la Madre de Dios, también se le debe a S. José. Jesús María y José estuvieron juntos en la tierra y esa unión no ha desaparecido sino que es aún más vigorosa y robusta en la gloria; también deben ser inseparables en el culto, en la vida externa de la Iglesia. El ejemplo de Jesús y María nos confirma también en lo mismo, pues ellos durante su vida mortal honraron de una manera *especial* al bendito S. José. Mientras vivieron en el mundo acataron sus ordenes, cumplieron sus disposiciones en lo relativo a los asuntos de familia, tuvieron por jefe y cabeza a S. José, de quien recibieron inequívocas muestras de amor y respeto. Todo esto indica el aprecio grande que tenían del Santo, dándonos ejemplo de como hemos de honrarle y servirle nosotros.

En esta y otras razones semejantes se funda la Iglesia para celebrar la memoria de S. José con manifestaciones espléndidas en la liturgia cristiana, con una reverencia y veneración singular, como no la emplea en el culto de ningún otro Santo. Quiere de ese modo nuestra Madre la Iglesia, inculcarnos una devoción tierna y afectuosa hacia el gran Patriarca, proporcionada a la eficacia de su patrocinio y a su generosidad en comunicarnos las riquezas de su corazón y los bienes celestiales. En el decreto *Urbis et Orbis*, expedido el 8 de Diciembre de 1870 por la Sagrada Congregación de Ritos, en virtud del cual se notifica al mundo cristiano haber sido declarado solemnemente S. José Patrono de la Iglesia católica; en ese decreto se afirma que la Iglesia honró siempre a S. José con honor *sumo* y sumas alabanzas, debido a su eminente dignidad. Por esta sublime dignidad, dice el decreto,

que Dios confirió a este siervo fidelísimo, siempre la Iglesia honró con *sumos* honores y alabanzas al bienaventurado S. José después de la Virgen Madre de Dios, su esposa, e imploró su mediación en casos angustiosos. Claramente se indica con esas palabras la fe de la Iglesia y los deseos ardientes de venerar a S. José. En 1871, Pío IX insiste en lo mismo cuando dice que con razón la Iglesia honra a S. José triunfante ya en el cielo con un culto *amplísimo* y le venera con ardiente devoción y piedad (1).

Con *sumo* honor, dice el Decreto, ha de ser honrado S. José. Y realmente si S. José es el santo sumo por su dignidad de Padre de Jesús y Esposo de María, se encuentra elevado a una categoría superior a los demás santos, y, por lo tanto, merece ser honrado con un culto también superior, sumo. No se ha de confundir este culto con el de *hiperdulia* que se debe a la Virgen porque esta constituye un orden específicamente distinto del de los otros santos. Ella cooperó *activamente* al hecho de la Encarnación, pertenece al orden *intrínseco* de la unión hipostática; de aquí su superioridad, el culto superior que se la debe. S. José sólo pertenece al orden *extrínseco* del hipostaticismo; se diferencia notablemente en esto de su Esposa, por eso de ningún modo puede ser honrado con culto de *hiperdulia* que trasciende formalmente al culto de los Santos. Nada impide, sin embargo, que el culto tributado a S. José se llame de *suma dulia* o protodulia, como otros quieren, puesto que en tal caso no hacemos otra cosa que honrarle con un culto correspondiente a su santidad que es también suma.

Si S. José ocupa una jerarquía superior y fué exaltado sobre los Apóstoles y mártires, sobre todos los Santos, justo es que le honremos en el grado *sumo* del culto de *dulia* que a los Santos se rinde y ofrece. Esto en nada se opone a la fe ni rebaja el mérito y culto de María porque este excede no sólo en grado, también en especie al culto de *dulia*. Este culto de *suma dulia* así explicado era el que pedían los PP. del Concilio Vaticano en su célebre Postulado a Pío IX. También se suplicó al mismo Pontífice que se dignase insertar el nombre de José inmediatamente

(1) *D. Inclitum Patriarcham.*

al de María en las Letanías y se invocase también en el *Confiteor* y *Canon* de la misa (1).

Al decir el decreto *Urbis et Orbis* que la Iglesia honró siempre a S. José con *sumo* honor, indica ya el origen y fundamento de ese culto que no son otros sino los que pone la Escritura, es a saber, su dignidad eminente de Padre de Jesús y Esposo de María. Son tan claros los pasajes del Evangelio, tan evidente aparece esta dignidad del Santo, que los Santos Padres no pudieron menos de notarla rindiéndola los homenajes de su admiración, de su amor y de sus alabanzas. Si el culto de S. José ha tardado en manifestarse durante los siglos, esto ha de entenderse del culto *público* y de las ramificaciones que ha adquirido en la ascética y liturgia cristiana. En cuanto a sus fundamentos positivos y líneas generales se encuentra ya en los primeros siglos, pues tenemos pruebas elocuentes de que la devoción a S. José no fué desconocida de los primitivos fieles.

Por consiguiente, cuando se trata de escribir la historia del culto de S. José, conviene distinguir el culto privado del público; aquel es antiguo, este relativamente moderno, comienza en la Edad Media y adquiere su pasmoso incremento en nuestra época. Culto *privado* es aquel que se practica por particular devoción y afecto, sin aprobación de la Iglesia. Culto *público* aquel que está aprobado por la Iglesia y se ejercita en su nombre, aunque no sea públicamente. Con frecuencia el culto privado precede al público; la piedad cristiana en esta parte se anticipa muchas veces a las definiciones dogmáticas y disposiciones pontificias. Es que el Espíritu Santo no aguarda al magisterio *solemne* de la Iglesia para inspirar a los fieles y santificar las almas.

II

FUNDAMENTOS HISTÓRICOS

En los primeros siglos de la Iglesia palpita ya la devoción a S. José. Los Padres conocieron prontamente las maravillas ocultas en esa figura celestial, y aunque no compusieron tratados

(1) Cfr. Vives, *Summa Josephina*.

especiales sobre las virtudes y prerrogativas del Santo, consignaron en sus obras los rasgos más salientes, las escenas más tiernas de la vida de José. El carácter de aquellos tiempos de lucha contra la herejía que por todas partes asestaba fieros golpes a la Dogmática cristiana, no permitía a aquellos sabios cristianos distraer su atención a otros asuntos; limitábanse a la defensa de la verdad impugnada. Así se explica el silencio de algunos en cuestiones relativas a la teología josefina. Pero versados como estaban en el conocimiento de las Escrituras, no pudieron menos de observar la grandeza de aquel hombre elegido para esposo de la Madre de Dios, a quien el Verbo divino estuvo sujeto, llamado varias veces en el Evangelio Padre del mismo Cristo. No podían menos de amar a aquel que había sido Nutricio de Jesús y María, su Custodio y Tutor, Ecónomo del gran misterio de la Encarnación.

Así vemos como ya S. Justino en el siglo segundo defiende que Jesús es hijo de María según la carne, de María con la cual José se ha desposado, indicando veladamente la virginidad del Santo. Orígenes y S. Atanasio son campeones de esta insigne prerrogativa que vindican contra los herejes y algunos escritores eclesiásticos engañados por los Evangelios apócrifos. San Juan Crisóstomo celebra en bellísimas homilias sus virtudes llamándole *varón perfecto, fidelísimo, humildísimo*, adornado con *todo* género de santidad; le concede los derechos de padre del Salvador. S. Cipriano exalta a S. José sobre todos los Santos; S. Basilio propone su vida humilde y retirada en Nazaret como modelo acabado de vida religiosa; S. Ambrosio afirma la realidad de su matrimonio virginal con María; S. Jerónimo le dedica párrafos brillantes en los que canta las excelencias de su angelical pureza; S. Agustín le celebra en multitud de ocasiones. Las obras de este genio son un arsenal de conocimientos josefinos de inapreciable valor en la apologética católica.

Estaba reservado a este Doctor inmortal proponer y vindicar antes que nadie los privilegios excelsos de S. José. Así como fué el primero que expresó la gran verdad de la Inmaculada Concepción de María, así también fué el primero que expuso las prerrogativas insignes de su amadísimo Esposo. No solo afirma la *ver-*

dad del matrimonio de José, sino que declara cómo están contenidos en él los caracteres propios del verdadero matrimonio; fe, prole y sacramento. También fué el primero que defendió públicamente la paternidad *real* del Santo, no simplemente adoptiva y nominal. Nos dice que es padre matrimonial, esto es, padre de Jesús por derecho de matrimonio. Siendo, dice, verdadero esposo de María de la cual nació el Salvador, tiene perfecto derecho al nombre de Padre de una manera más elevada que si solamente lo hubiese adoptado (1). No hemos de referir aquí todos los testimonios del santo Obispo relativos a S. José; citados quedan en el decurso de esta obra. S. Juan Damasceno dedicó también sus elogios a la dignidad de S. José; S. Pascasio Radberto, S. Máximo de Turín y otros Padres mencionan también con gloria al gran Patriarca; y por último S. Bernardo cierra con llave de oro esa serie de pensadores ilustres y panegiristas insignes que han perfumado la estatua de S. José con las flores de su ingenio y los aromas de su inspiración. No fué, por tanto, desconocida de los antiguos la vida de S. José; ni faltó tampoco la devoción privada y el culto efusivo a su persona.

Sin embargo, preciso es reconocer que el culto *público* en honor del Santo tardó en manifestarse; no se ejercitó en los primeros siglos del Cristianismo. Varias son las causas que se asignan de este singular fenómeno notado por los historiadores y teólogos josefinos. La principal es la que aduce S. Bernardino de Sena, o sea el peligro que hubieran corrido los fieles de estraviarse en sus creencias si ya desde el principio se hubiesen decretado honores públicos al glorioso Patriarca S. José. La fe de los cristianos no estaba todavía hondamente arraigada, era débil y lánguida; conservábanse vivos los recuerdos del paganismo, no eran capaces los fieles de comprender el misterio de la concepción virginal de Jesús. En tales circunstancias, si el culto de S. José hubiese sido público, muchos hubieran creído que el Salvador había sido hijo natural de José con gran detrimento de la verdad católica. Antes de que se afirmara y definiera la divinidad de Jesús y la maternidad de María, no convenía dar a

(1) *De consen. Evang.* lib. II, cáp. I, n. 3.

conocer la figura escondida y misteriosa de José. Y realmente muchos herejes de aquel tiempo, como Cerinto, Ebión, Carpócrates, Fotino y otros defendían que Jesucristo era hijo natural de José, y parecía confirmar esto mismo el nombre de padre que le da la Escritura. Por esta razón, añade el Santo, la Iglesia no instituyó en aquellos siglos solemnidad alguna en honor de S. José, y cuando le llama padre, añade *putativo*, para evitar el escándalo de los herejes (1).

Isolano dice también que los fundadores de nuestra santa Iglesia se dedicaron con toda su alma a dar a conocer a los pueblos la naturaleza del divino Redentor. Además, añade José está puesto en medio entre los santos del antiguo Testamento y los del Nuevo, y es sabido que raramente se celebraron fiestas en honor de los primeros... Por otra parte, no se ocupó de la misión de los milagros y de los favores de S. José hasta que la Iglesia gozó de paz, pero entonces se dieron a luz y brillaron ante los ojos de las poblaciones católicas. A esto debe añadirse que en los primitivos tiempos solamente se celebraban las fiestas de los mártires (2). Pero una vez que pasó el peligro y ya los dogmas de la divinidad de Jesús y maternidad de María fueron solemnemente definidos en los Concilios de Nicea y de Efeso, explicados los pasajes oscuros de la Escritura y arraigada la fe en los corazones cristianos, había llegado la hora de que se revelara al mundo S. José, manifestando a todos las grandezas inefables que encerraba.

III

CULTO DE S. JOSÉ EN LA EDAD ANTIGUA

De lo dicho se infiere que aunque el culto de S. José no se haya hecho público en la Iglesia hasta los últimos siglos, en el fondo de las creencias cristianas palpita ya desde los primeros

(1) Serm. de S. José.

(2) *Suma de los dones de S. José*. P. IV. c. VIII.

siglos. Los elogios de los Santos Padres indican claramente la fe del pueblo y la idea que tenían formada del gran Patriarca. La antigüedad cristiana nos suministra pruebas evidentes del culto de S. José entre los fieles cristianos (1).

Las Catacumbas romanas que nos proveen de irrefragables pruebas de muchos dogmas cristianos, nos proporcionan también armas invencibles para vindicar, como dice Arringhi, contra los herejes el culto de los Santos (2). Y en esas Catacumbas encontramos monumentos que atestiguan el culto de S. José, esculturas y pinturas en las que, según los eruditos, aparece la efigie de nuestro glorioso Santo (3). Lucot hace mención de un fresco descubierto en el cementerio de S. Pretextato, en el que está representado el Niño Dios y a su izquierda figuran sus afortunados padres José y María (4). La tradición afirma que en el siglo II los griegos tributaron culto especial a S. José y la fiesta de éste se conmemora también en el calendario de los Coptos el día 10 de Julio. En el siglo IV la Emperatriz Elena mandó construir un templo en el lugar del Santo Pesebre, y en él se admira una capilla dedicada a S. José. En el siglo V menciona el historiador Sozomeno las tradiciones que se conservaban entre los cristianos de Oriente relativas a la huída de José a Egipto y su estancia en Heliópolis (5). El nombre de S. José, según Lambertini, se insertó en el martirologio Romano antes del siglo VIII. Todo esto prueba la veneración del pueblo cristiano a tan glorioso Santo y cómo las exhortaciones de los Padres contribuyeron a extender más y más el culto de S. José. En los Menologios de las iglesias orientales encontramos ya desde el siglo VIII una fiesta consagrada a honrar los ascendientes de Jesús, entre los cuales figura

(1) No es nuestra intención trazar la historia detallada del culto josefino en la Iglesia católica, sino sólo indicar algunos datos principales relativos a él. El que quiera conocer a fondo la historia de la devoción y culto de S. José puede consultar entre otras, las siguientes obras: Lucot, *Saint Joseph*; Patrignani, *Il devoto de S. Giuseppe*; Bonier, *Saint Joseph d'après les Saints*; Seldmayr, *Theologia mariana*.

(2) *Roma subterranea*, Píol.

(3) Arringhi, *Roma subterranea*, lib. II, cap. X.

(4) *S. José*, pág. 18.

(5) *Historia Ecclesiastica*, lib. V, 21.

S. José (1). El menologio del Emperador Basilio, que estaba en uso en la iglesia de Constantinopla desde el siglo X, menciona también, el 25 y 26 de Diciembre, el nombre de S. José. Los magníficos himnos que la iglesia griega hacía cantar en estos días, datan del siglo IX y se atribuían a S. José el Himnografo (2).

A la iglesia griega siguió la iglesia latina en el culto de S. José. Existen Martirologios en el siglo IX como el de Reichenau y el de S. Remigio de Reims que mencionan el nombre de S. José «esposo de María», el día 19 de Marzo. Sin embargo, preciso es confesar que hasta el siglo XIII no se menciona el nombre de S. José en el uso común de los Martirologios.

Por lo que toca a la fiesta de S. José la gloria de haberla celebrado por primera vez parece convenir a la abadía de Benedictinos de Winchester, hacia el año 1030; los religiosos de la misma Orden consagraron a José una iglesia en Alcester por los años de 1140, aunque no fué esta la primera consagrada al Santo, pues consta que existía una en Bolonia antes de 1124, como atestigua Benedicto XIV (3). La fiesta de S. José no se hizo general en la Iglesia hasta el siglo XV, época y siglo en que el culto de S. José se extendió por todos los países de Europa. Dios se valió para esto de almas elegidas que se encargaron de difundir por todas partes las excelencias del glorioso Santo. Tales son entre otras el beato Hermán, Margarita de Cortona, Margarita de Castelló, Santa Brígida y Santa Gertrudis. Sobre todo estas dos últimas recibieron de Dios el encargo de honrar a S. José, como consta por sus escritos y revelaciones. Ellas sembraron aquellos gérmenes fecundos que, desarrollados más tarde en la conciencia cristiana bajo la acción del Espíritu Santo, propagaron por todo el mundo el culto público, la devoción universal de San José.

(1) *Bolland. d. 19 Martii.*

(2) P. León de S. Joaquín, *El culto de S. José y la Orden del Carmen*, pág. 42.

(3) *De servorum Dei beatific.* P. IV. app. II.

IV

CULTO DE S. JOSÉ EN LA EDAD MODERNA

La Edad Moderna en relación al culto de S. José comienza en el siglo XV, cuando en la liturgia católica y en la piedad cristiana se hizo general la invocación del Santo y se dió a conocer a todos su poderoso patrocinio. Inicia este movimiento universal de florecencia josefina el celeberrimo Canciller de la Universidad de París, Juan Gerson, en su no menos celeberrimo discurso pronunciado en el Concilio de Constanza. Había nacido este príncipe de los teólogos y propagandistas josefinos cerca de Reihel en 1363, y murió Cardenal de la Iglesia Romana en 1429. Desde sus más tiernos años distinguióse por una profunda devoción a S. José que le había inspirado su maestro Pedro de Ailly, y no contento con divulgar sus grandezas y ensalzar sus virtudes en sermones y escritos, trabajó para que pública y solemnemente fuese honrado en toda la Iglesia tan insigne Santo. Con este fin, en 1413 dirigió a las Iglesias una carta, exhortándolas a celebrar la fiesta de los Desposorios de José con María. «Os advertimos, decia, os exhortamos, os instamos y rogamos encarecidamente con todas nuestras fuerzas que celebréis con oficio solemne el virginal Desposorio de José con Maria»(1). Indicaba en la misma carta el oficio y la misa que se podrían recitar en esta ocasión y que él había compuesto hacia el año 1400. Pronto se le presentó ocasión de mostrar su gran amor a S. José y defender valientemente sus inefables privilegios. En 1414 se abrió el Concilio de Constanza, convocado por el Papa Juan XXIII para dar fin al Cisma de Occidente, y Gerson asistió a él como delegado del Rey Carlos VI y de la Universidad de París.

Las sombras que obscurecen la figura de Gerson en las Sesiones IV y V de aquel célebre Concilio se disipan ante los lauros inmortales que conquistó revelándose al mundo como el primer campeón de las glorias josefinas. El día 8 de Septiembre de 1416

(1) Epist. 17 Agosto 1413.

estuvo encargado de dirigir la palabra a aquella ilustre Asamblea. Habló de la festividad del día o sea de la Natividad de la Virgen, pero al mismo tiempo lo hizo en términos tan magníficos de los privilegios de S. José que dejó asombrados a cuantos le oyeron. Allí expuso entre otras cosas, por primera vez, la opinión de la santificación de S. José en el seno materno. Aun pasó más allá, pues propuso a los Padres que se declarase a S. José Patrón de la Iglesia como medio poderosísimo para devolver la suspirada paz. «Vuestra Santidad, decía, juzgará si no convenría a esta santa asamblea, con el fin de obtener la paz de la Iglesia, el establecer alguna fiesta en honor del virginal esposo de María... Manifestamos, pues, nuestro deseo de que sea establecida una fiesta para celebrar los castos desposorios de José y María, o para honrar su bienaventurada muerte. José, el esposo de María, ese grande y poderosísimo Patrón, intercederá sin duda alguna con su Esposa, a fin de que la Iglesia sea restituida a su único y verdadero Esposo, el legítimo Soberano Pontífice» (1).

Este discurso produjo gratisima impresión en todos los Padres y fué principio de un intenso movimiento josefino que se dejó sentir en todas las manifestaciones del culto católico. Muchas Iglesias particulares comenzaron a celebrar la fiesta de S. José y apóstoles celosos y fervientes propagaron su devoción entre los fieles. Descuellan principalmente el dominico Vicente Ferrer, muerto en 1419, y sobre todo los Franciscanos Bernardino de Sena, muerto en 1444 y Bernardino de Bustos, muerto en 1500, panegiristas ardientes de S. José que con su palabra y escritos contribuyeron grandemente a divulgar las glorias josefinas. Debido al entusiasmo de unos y de otros, la fiesta de S. José se celebró en casi toda la Iglesia.

Descollaron en el culto de S. José las Ordenes religiosas. Los hijos de S. Francisco distinguieronse ya desde su cuna por esa devoción. En el Capítulo General celebrado en Asís el año 1399 se impuso a toda la Orden Seráfica la obligación de guardar la fiesta de S. José y en otro celebrado en Salamanca en 1461 se señaló el 19 de Marzo para su celebración. Esta misma fiesta ce-

(1) P. León de S. Joaquín. *El Culto de S. José y la Orden del Carmen*, pág. 66.

lébranla los Agustinos de Milán en 1416, según dice Gerson, y fué introducida entre los Carmelitas hacia la mitad del mismo siglo (1). Figura también en muchos Breviarios de Francia, Italia y Alemania, hasta que por fin el Papa Sixto IV por decreto expedido en 1481 la extendió a la Iglesia universal.

En el siglo XVI adquiere nuevos bríos y más galanas formas el culto del Esposo de María. La excelsa figura de Teresa de Jesús revela al mundo las grandezas encerradas en el patrocinio del Santo y promueve entre sus hijas el amor y veneración a tan excelente Abogado. Diríase que había recibido de Dios esta misión singular y que la cumplió maravillosamente, razón por la cual se ha dicho de ella que fué «la perla más brillante de la corona del Patriarca de Nazaret» (2), y que el gran Patriarca es deudor, en cierto modo, a Santa Teresa de la gloria que se le tributa en la tierra (3). Desde muy niña sintió verdadera devoción a S. José y cuando salió de su casa para entrar de religiosa en el Convento de las Carmelitas de Avila, hacia el año 1535, llevó consigo una imagen de S. José. Ya en el Convento túvole por singular abogado. «Tomé, dice ella, por abogado y señor, al glorioso S. José y encomendéme mucho a él» (4). La Santa se reconoce deudora al Santo por haberla salvado de inminentes peligros de alma y cuerpo. «Si fuera persona, escribe, que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas... No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan; quien no halle maestro que la enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará el camino» (5). Por eso en sus viajes y conversaciones recomendaba eficazmente la devoción a S. José; desplegaba el mayor celo por ce-

(1) P. León de S. Joaquín. *El Culto de S. José y la Orden del Carmen*, pág. 70.

(2) *Patrignani*, lib. I. cap. XI.

(3) Lucot, *S. José*, pág. 53.

(4) *Su vida*, cap. VI. n. 3.

(5) *Su vida*, cap. VI, n. 31.

lebrar solemnemente sus festividades y ponía bajo su protección las fundaciones que hacía. Así se explica el éxito que obtuvo en tantas obras como llevó a cabo la sierva de Dios y la asombrosa santidad a que llegó su alma. La Orden Carmelita, tuvo además de Teresa, otros insignes admiradores de las glorias josefinas. Tales son los PP. Jerónimo Gracián, Juan de Sylveira, Cristóforo de Avendaño, Ambrosio Roca de la Serna y otros.

Las otras Ordenes religiosas trabajaron también en extender el culto de S. José. El célebre Tomás de Vio, Maestro general de la Orden de Predicadores, introdujo en toda su Orden el rezo del oficio del Santo; otro célebre religioso de la misma Orden, Isidoro Isolani, compuso su obra inmortal *Summa de donis Sancti Joseph*, que ofreció al Papa Adriano VI en 1522, obra pequeña en volumen, pero grande en doctrina y rica en alabanzas al Santo. El célebre franciscano, Cardenal Jiménez de Cisneros, trabajó activamente por extender el culto de S. José en toda España; los jesuitas Salmerón, Canisio y Francisco Suárez distinguieron en propagarlo también, y sobre todo el último, el Doctor eximio, demostró teológicamente los privilegios del Santo con una solidez y claridad admirables.

Así se explican los vuelos de la devoción a S. José en aquel siglo, figurando su oficio litúrgico en no pocos Breviarios, invocándose su nombre en las letanías de las Ordenes religiosas. La corriente josefina iniciada por Santa Teresa sigue acrecentándose más y más en los siglos siguientes hasta llegar en el nuestro a invadir por completo todas las manifestaciones de la vida de la Iglesia. En el siglo XVII los Papas y los Reyes, los Obispos y los pueblos escogen a S. José por su Patrón y Protector; erígen-se Cofradías en honor del Santo, fúndanse una porción de Congregaciones religiosas bajo su gloriosa advocación (1) y surgen célebres Apóstoles josefinos como S. Vicente de Paul y Francisco de Sales, y coronando esta serie de actos memorables el Papa Gregorio XV declara obligatoria para toda la Iglesia la

(1) Tales como la Congregación de Hermanas de S. José en Burdeos, 1638; Hermanas de S. José, en 1650; Misioneras de S. José, 1660 y otras.

fiesta del Santo, que había de celebrarse el 8 de Mayo de 1621, decreto confirmado por Urbano VIII en 1642.

En el siglo XVIII auméntase más y más la devoción a S. José, hasta el punto, que el gran santo de aquel siglo, S. Alfonso de Ligorio, pudo escribir con verdad: Gracias a Dios, no hay ahora cristiano en el mundo que no tenga devoción a S. José (1). Los romanos Pontífices contribuyen en gran parte a dar esplendor al culto de S. José. Clemente XI en 1714 compone para la fiesta del Santo, elevada a rito doble de segunda clase, un oficio especial con lecciones e himnos propios. Benedicto XIII incluye el nombre de José en las Letanías mayores de la Iglesia, inmediatamente después de S. Juan Bautista, y en 1725 concede el oficio de los Desposorios para todos los fieles. El pueblo cristiano correspondió vehemente a los deseos de los Papas y las devociones en honor del Santo se multiplicaron de una manera prodigiosa. Sobre sale entre estas la consagración del mes de Marzo al glorioso S. José que se introdujo primero en Italia y después en España, y por último, con aprobación de los Obispos y el Papa, se extendió a toda la Iglesia.

El siglo XIX es el siglo por excelencia de S. José, pues ha adquirido tal incremento la devoción y culto al Santo que apenas hay pueblo en el orbe católico que no le haya elegido por Patrón. Imposible enumerar siquiera las múltiples manifestaciones del culto josefino, las iglesias que se le han dedicado, las cofradías erigidas, las asociaciones fundadas en su honor, los libros que se han escrito para celebrar sus glorias y defender sus privilegios. Los Papas han figurado al frente de este movimiento consolador. En 1809 el Cardenal Derpuig solicita de Su Santidad para la Capital del mundo cristiano la gracia de poder celebrar la fiesta del Patrocinio. El Papa Pío VII permite insertar su nombre en la oración *A cunctis* que tantas veces se reza en la Misa, colocándole después de la Virgen María y antes que los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo. En 1839 Gregorio XVI concede aquella fiesta a la diócesis de Gante, y ya antes, en 22 de Enero de 1836, había concedido 300 días de indulgencias a los que rezaren durante

(1) *El Santo nombre de José*, II.

siete domingos consecutivos en el trascurso del año los *siete gozos y los siete dolores de S. José*. Pío IX en 1847 extiende a toda la Iglesia la fiesta del Patrocinio de S. José, y por Rescripto de la Secretaria de Breves expedido en 12 de Junio de 1855 y por decreto posterior de la Congregación de Indulgencias dado el 27 de Abril de 1865, concede indulgencias a los fieles cristianos que practicaren el mes de Marzo. Por último, corona esa serie de documentos pontificios dedicados a ensalzar las prerrogativas del gran Patriarca con aquella declaración solemne en la que proclama a S. José Patrón de la Iglesia católica. El día 8 de Diciembre de 1870, aquel Pontífice inmortal con su Decreto *Quemadmodum* llevó el júbilo a la Cristiandad entera anunciando a todos la elección de S. José para Protector universal de los fieles.

El Papa León XIII no se mostró menos devoto del Santo bendito. En 1880 aprueba para la diócesis de Verona el Escapulario de S. José, aprobación que fué confirmada el 18 de Abril de 1893 para el orbe católico. El 9 de Septiembre de 1833 aprueba el dictámen de la Congregación de Ritos, elevando a rito de primera clase la fiesta de S. José. El 15 de Agosto de 1889 publica su célebre Encíclica (1), en la que después de recordar los fundamentos de la devoción al glorioso Jefe de la Sagrada Familia, recomienda muy eficazmente la celebración del mes de Marzo en su honor, y escribe él mismo una oración que debía recitarse a continuación de la letanía a la Virgen María durante el mes de Octubre. En 1890 concede a los Obispos de España y Portugal la facultad de celebrar como fiesta de precepto el día 19 de Marzo, facultad que extiende al Piamonte, la Liguria y otras provincias italianas. Pío X y Benedicto XV son también fervientes josefinos y para fomentar más y más la devoción al Santo entre los fieles no han vacilado en declarar obligatoria para toda la Iglesia la fiesta de S. José el 19 de Marzo, como está consignado en el nuevo Código de Derecho canónico.

Después de los Papas nadie como las Ordenes Religiosas se han distinguido en extender el culto y devoción a S. José. Todas han trabajado a porfía en esa empresa consoladora. Como dice

(1) *Quamquam pluries*.

muy bien el P. José de S. Policarpo, los esfuerzos unánimes de los Benedictinos, Dominicos, Franciscanos, Agustinos, Jesuitas y Carmelitas, en una palabra, de todas las Ordenes para honrar a S. José, deben ser para los fieles un ejemplo que los estimule a su imitación (1).

Hemos indicado ya algunos datos importantes. Por lo que toca a los Benedictinos, baste recordar las célebre Abadías de Winchester y Alcester, ya nombradas, elocuentes testimonios de la veneración que sintieron por S. José desde los más remotos tiempos los hijos de S. Benito. También la Orden dominicana aspiró desde su cuna los efluvios embriagadores de la devoción josefina y por medio de sus hijos más esclarecidos cantó las glorias del inmortal Esposo de la Madre de Dios. Recuérdense los nombres de Bartolomé de Trento que escribió la vida del Santo, del Angel de las Escuelas que expuso detenidamente varios de sus privilegios, afirmando la realidad y propiedades de su matrimonio con María; del Angel del Apocalipsis que propágó por Europa la devoción de S. José; del Cardenal Cayetano, de Isidoro Isolano, de Miechow y de tantos otros hijos ilustres de la Orden de Predicadores.

Aún más entusiasta se mostró en esta parte la Orden de los Menores. Fué la primera que introdujo su fiesta en 1399. En 1537 solicita y obtiene del Papa Paulo III autorización para celebrar la fiesta de los Desposorios de S. José; en 1680 instituye la del Patrocinio, y continuando la tradición josefina de la Orden en 1870 el Rvmo. P. Ministro general Bernardino de Portugruaro, se asocia al voto del Episcopado católico, suplicando a Pío IX se digné declarar a S. José Patrón de toda la Iglesia.

Los apóstoles josefinos de esta Orden forman legión. Baste recordar entre otros a Fr. Jerónimo de Asculi, Papa con el nombre de Nicolás IV, durante cuyo pontificado fué trasladada a Dalmacia la Casa de Nazaret; a Fr. Ubertino de Casali, célebre doctor parisiense que escribió brillantes páginas sobre S. José en su *Arbor vitae Crucifixi*; a Fr. Elías de Burdell, arzobispo de Tours en cuyas iglesias estableció la fiesta solemne del Esposo

(1) *Glorias de S. José*, pág. 131.

de María; a los Papas Sixto IV y Sixto V que establecieron o confirmaron la fiesta del Santo; al Beato Bernardino de Feltro que instituye en Perugia una cofradía en su honor; a S. Bernardino de Sena «Apostol y Doctor de la Sagrada Familia» que dedicó hermosísimos himnos a cantar y expresar los timbres más gloriosos del gran Patriarca; a S. Pedro de Alcántara que pone bajo su protección la primera Provincia de la Reforma que él funda en España, y a otros muchos que sería largo enumerar.

La ínclita Compañía de Jesús, apenas instituída por el incomparable Ignacio de Loyola, se alista en las filas de los propagadores del culto de S. José. Cuentan que su Fundador tenía en su oratorio una imagen de S. José a quien acudía en sus necesidades y apuros. «Por esto desde sus primeros años, dice el jesuita P. Butiñá, escogió la Compañía a S. José por Patrono de la Congregación de la buena muerte establecida en todas sus casas, íntimamente persuadida de que los fieles ansiosos de tener en aquel trance temible un guía seguro y poderoso abogado, de ningún Santo podían reclamar con mejor éxito sus auxilios que de S. José, felizmente muerto en brazos de Jesús y de María.

»Con este mismo fin consiguieron nuestros Padres la indicada misa propia, inserta entre las votivas del misal romano, para obtener de Dios la gracia de una buena muerte. Todo lo removían para inflamar los ánimos en tan santa devoción. En la iglesia del Colegio Romano venerábase el bellísimo cuadro del tránsito de S. José, obra de Trevisani, en una capilla magnífica, construída a expensas del cardenal José Sacripanti, devotísimo del Santo Patriarca. No menores pruebas de esta devoción nos dió el Pontífice Clemente XI, puesto que con breve de 10 de Febrero de 1713 dotó la mencionada capilla, para que todos los años en el mes de Marzo se honrase al Patrón de la buena muerte con devota novena y solemne fiesta.

»No era este culto exclusivo de Roma, porque en casi todas nuestras iglesias de la cristiandad se glorificaba con gran esplendor al Padre nutricio de Jesús, siendo bien contadas las que no le tuvieran consagrado algún retablo o altar. El distinguido Padre Bolando hace notar que ya en su tiempo apenas había colegio en Europa ni en las misiones ultramarinas, que no tuviera

alguna iglesia o capilla erigida a honra de S. José. A su valimiento se debió la conversión providencial al Cristianismo de dos poblaciones salvajes, que rodeaban el distrito consagrado al Santo Patriarca en las entonces venturosas reducciones del Paraguay.

»Entre los promotores de las glorias del Consorte de la Virgen, prosigue el citado P. Butiñá, no deben pasarse en silencio los insignes Jesuitas, que vindicaron en sus escritos el merecido prestigio del Santo. Muchos tendremos que citar en este ligero trabajo, emprendido para popularizar las glorias de S. José; mas no podemos menos de reunir aquí, para su digno elogio, los nombres del eximio doctor Francisco Suárez, del Beato Pedro Canisio, de los Padres Salmerón, Bolando, Papebroquio, Rainaud, Morales, Cornelio Alapide, Barradas, Ribadeneira, García, y sobre todo el del Padre José Antonio Patrignani, por su obra *El Devoto de S. José*, tan alabada del Papa Benedicto XIV, y el del Padre José Ignacio Vallejo, que con gran fervor y erudición escribió la *Vida de San José*, durante la extinción de la Compañía de Jesús» (1). A estos deben añadirse los nombres de Piccirelli, Macabiau, Mechler, Butiñá, Lefevre y otros muchos jesuitas que en nuestros días han expuesto, defendido o ensalzado las glorias de S. José.

¿Y qué decir de la ilustre Orden del Carmelo, especialmente de los fervorosos hijos de Sta. Teresa de Jesús? Ellos han heredado la devoción ardiente y efusiva que sintió hacia S. José su ilustre y cariñosa madre y han contribuido quizá más que ninguna otra Orden a ensalzar la gloria de José en todo el mundo. Desde que los Carmelitas empezaron a honrar a S. José, dice el P. León de S. Joaquín, lo hicieron con tanto ardor que apenas se encuentra precedente igual en la historia (2). Podía haber añadido que ese ardor, lejos de amortiguarse, ha aumentado en los siglos siguientes. Imposible reseñar la multitud de monumentos públicos que nos suministra la historia del Carmelo relativos a su amor a San José, los apóstoles josefinos que ha producido, cofradías que ha erigido bajo su advocación y las obras que han escrito los hijos

(1) *Glorias de S. José*. P. I. cap. II pág. 29.

(2) *El culto de S. José y la Orden del Carmen*, pág. 72.

de esta Orden para darlo a conocer. Ellos le han dedicado centenares de iglesias y puesto bajo su advocación innumerables casas de la Orden, bien convencidos de que a la sombra del Esposo de María había de florecer la observancia regular más perfecta, la pureza de costumbres más angelical, el fervor religioso más intenso y ardiente. Han organizado Asociaciones como la de los «Siervos de S. José» que en pocos años ha inscrito más de ochenta mil asociados (1). Ellos lograron, por fin, que la imagen de S. José fuese solemnemente coronada como la de la Virgen Santísima; así se verificó, por especial concesión de Pío IX, en la iglesia de los Carmelitas Descalzos de Bruselas el día 20 de Octubre de 1869.

No podían faltar los Agustinos en este concierto de alabanzas en honor de S. José. Sabido es que S. Agustín expuso y defendió como nadie los privilegios del Santo, legando a sus hijos ese amor y veneración que siempre ha sentido la Orden Agustiniiana hacia el Jefe de la Sagrada Familia. Recuérdese que los Agustinos celebraban en el siglo XV la fiesta del Santo y que ilustres teólogos de la Orden como los maestros Ponce y Luis de León defendieron sus prerrogativas insignes, y almas santas, como Santo Tomás de Villanueva, Alfonso de Orozco, Luis de Montoya, Tomás de Jesús y otros muchos profesaron tierna devoción al Santo bendito, difundiendo por toda la Orden esa devoción tan bienhechora.

Dióse a conocer en esta parte de una manera extraordinaria la Reforma Agustiniiana que promueve en el siglo XVI el celebrado autor de *Los Trabajos de Jesús*, el venerable P. Tomás de Jesús. La Recolección Agustiniiana profesó desde su origen la más entrañable devoción al Esposo de María Santísima. En Capítulo general habido en Roma en 1632, se decretó que todas las casas de Italia y Alemania se pusieran bajo la protección del Santo; y en virtud de este acuerdo se consagraron a S. José todos los noviciados y colegios de la Orden, comprometiéndose a rezar los viernes en todos sus conventos vísperas del Santo. En 1700 consiguen de Roma el oficio y misa propios, día 23 de Enero, como

(1) P. León de S. Joaquín. *El culto de S. José y la Orden del Carmen*, pág. 230.

protector de la Recolección. Después a petición del P. Gaspar Molina, Asistente general, se extendió este privilegio a toda la Orden Agustiniiana. También resolvieron que se hiciese conmemoración de S. José en todos los oficios semidobles. En 1722 piden el oficio de su fiesta; su conmemoración en los sufragios el 1726, y posteriormente la octava de su Patrocinio en 1907. Finalmente, agradecida a la protección del Santo manifestada en varias ocasiones con multitud de prodigios, en el Capítulo general celebrado el año 1908, ha sido reconocido y aclamado por especial Protector de toda la Orden de Agustinos Recoletos, y el Papa Pío X concedió que la fiesta del Patrocinio se celebre con rito doble de primera clase con octava. Y como testimonio perenne de su devoción a S. José está mandado que en todas las casas de esta Orden los 19 de cada mes se celebre una misa cantada en honor del Santo y que al canto solemne de la Salve que dedica los sábados a la Virgen Santísima, siga el canto solemne de la antífona *Joseph, fili David*, en honor de S. José.

En vista de lo expuesto, nada debe extrañarnos que los pueblos hayan honrado a S. José con tanto ardimiento, que su devoción haya llegado a ser en nuestros días una de las más hermosas manifestaciones del culto católico, cuya acción vigorosa y fecunda déjase sentir en todos los países, habiendo penetrado en los de los infieles, debido al celo apostólico de los misioneros católicos.

«Su culto, dice el P. Campaña, se ha instituido en el Africa vecina, ha pasado al Asia, a América y Occeanía. En Turquía le veneran los griegos y los latinos; los salvajes del Nuevo Mundo le doblan la rodilla y le llaman en sus apuros y desdichas; el primero de los iroqueses y tonquinos bautizados, recibió su hermoso nombre; y la Reducción de S. José, la más populosa del Paraguay, apenas establecida atrajo al cristianismo, con el piadoso imán de su nombre, otras seis poblaciones salvajes comarcanas; porque la gloriosa bandera de aquel que vió en Egipto triunfante la idolatría con su séquito de estragos y de escándalos, y luego vió los ídolos derrumbados a la presencia del divino Infante, no consiente cerca de ella otras adoraciones ni otros cultos que el de Nuestro Señor Jesucristo» (1).

(1) *Sermones de dolor*, pág. 71

No podía ser de otro modo; dado el interés, solicitud y celo con que veló José por la conservación de la Santa Familia en Egipto y Nazaret, era de esperar que con el mismo empeño había de procurar la pureza y conservación de la fe en el reino de Jesucristo, en la Iglesia católica.

«Si al presente, dice Patrignani, investigamos por qué la devoción de este gran Santo en tan poco tiempo ha hecho tantas conquistas en las regiones sometidas al yugo de la idolatría, fácil será reconocerlo reflexionando que, como el Salvador en su infancia no quiso entrar en Egipto sino conducido por José, así también la fe del Salvador parece que no puede penetrar en los países infieles sino bajo el auxilio de la poderosa intercesión de S. José: en su compañía fué como Jesús derribó los ídolos de Egipto, y todavía actualmente los abate por el brazo de su querido Padre.

»Y en efecto, ¿no habrá Dios hecho glorioso el nombre de José entre las naciones idólatras, para premiar los trabajos y fatigas que tuvo que sufrir en una nación bárbara? El Padre Eterno ¿no habrá puesto en sus manos la conversión de muchas naciones infieles para manifestar al mundo el celo ardiente de este Santo por la salud de los egipcios, que dieron asilo a María y a su Hijo» (1).

Después de María, S. José es el Santo más amado de los fieles cristianos y con mucha razón y justicia, pues ninguno hay tampoco que le iguale en dignidad y santidad. Descuella entre todas las naciones nuestra amada Patria que así como no se ha dejado aventajar por otra alguna en el culto a la Madre de Dios, tampoco ha omitido medio para honrar dignamente a su amadísimo Esposo. Los Obispos de España fueron los primeros que pidieron al Papa León XIII declarase el 19 de Marzo fiesta de precepto para los españoles, petición que renovaron cuando la reducción de fiestas hecha por el Papa Pío X, logrando no fuese abrogada en España la fiesta del gran Patriarca. Los Obispos, en multitud de documentos, no han cesado de inculcar en los fieles tan saludable devoción, y varios Concilios Provinciales, como los de

(1) *Il devoto de S. Giuseppe*. Lib. I, cap. V.

Valladolid, Sevilla, Valencia y Burgos, exhortan encarecidamente a todos los fieles honren a S. José y se acojan confiados a su eficaz patrocinio. En la actualidad cuéntanse en España centenares de miles de asociados josefinos, innumerables familias consagradas a la Sagrada Familia, numerosos templos erigidos en honor del Esposo de María. La devoción de los Siete Domingos y la celebración del Mes de Marzo son también prácticas josefinas extendidas por todas las iglesias de España.

Justo es consignar aquí un nombre glorioso en los anales contemporáneos del culto josefino en España por haber contribuido más que ningún otro al aumento de la devoción de S. José. Nos referimos a la M. Petra de S. José, fundadora del celeberrimo Santuario de *S. José de la Montaña* en Barcelona. Cuanto se diga de esta célebre religiosa, de esta loca enamorada de S. José, será poco; desde Sta. Teresa acá no creemos haya existido un alma más amante de S. José, una propagandista más celosa de sus glorias y excelencias. Los que tuvieron, como nosotros, la dicha de conocerla y oírla hablar de S. José pueden comprobar la verdad de nuestra afirmación. El amor a S. José labró aquella alma gigante nacida para volar por las cumbres del heroísmo y de la santidad, infundiendo en su corazón alientos inmortales y ráfagas de vida sobrenatural. Huellas de ese espíritu tenemos en el famoso Santuario que levantó, milagrosamente podemos afirmar, al excelso Padre visible de Jesús. *S. José de la Montaña* es el Lourdes josefino, y los destellos brillantísimos que irradia han dado a conocer al Esposo de María en todos los países de la tierra. No hemos de reseñar aquí los prodigios obrados por ese S. José; publíquese quincenalmente una revista que los cuenta a millares y cuyo nombre es *La Montaña de S. José*, editada en el mismo Santuario.

V

OBJETOS DEL CULTO DE S. JOSÉ

Tratándose del culto de S. José, tres cosas son las que podemos venerar pertenecientes al Santo: su nombre, sus imágenes y sus reliquias.

Por lo que toca al nombre, siendo este signo de la idea, del objeto que concibe la mente, viene a confundirse con la realidad significada, con la persona que expresa. Y por lo mismo así como honramos y celebramos el nombre de Jesús y el nombre de María; nada impide, antes bien, se recomienda que tributemos culto especial al nombre del santísimo José.

En cuanto a las imágenes, no hemos de honrarlas con culto absoluto como hacen los idólatras, ni fué esta la intención de la Iglesia, como lo definió contra los iconoclastas. Hemos de honrarlas con culto relativo, pues ellas se refieren al prototipo o persona que representan; y si estas merecen culto y admiración también hemos de honrar de la misma manera sus imágenes y estatuas. Así honramos con culto de latria las imágenes del Salvador, con el de hiperdulia las de María Inmaculada y, por la misma razón, con el de suma dulia las del glorioso S. José.

Dígame lo mismo de las reliquias de los Santos. Estas pertenecen al cuerpo o a una parte del cuerpo del Santo, que estuvieron unidas substancialmente a su alma racional durante su peregrinación en la tierra y lo han de estar algún día en el cielo; merecen, pues, con toda justicia, un culto proporcionado a la persona de aquel a quien pertenecen. Dejando por ahora las imágenes y reliquias de S. José, sólo diremos cuatro palabras sobre el culto que se debe a su benditísimo nombre.

Siendo tan estrecha la afinidad del nombre con la cosa significada, indudablemente el nombre de José debe servirnos para conocer las prerrogativas y virtudes del Santo. El nombre con que distinguimos los objetos, dice Sto. Tomás, nos lleva al conocimiento de su propiedad o de su operación (1). Si esto sucede cuando la imposición del nombre es puramente humana, con mayor motivo se verifica cuando es Dios quien impone el nombre a las cosas. Cuando Dios impone el nombre a alguna persona, dice el mismo Santo Doctor, es porque la ha de distinguir y enaltecer con algún don notabilísimo (2). Y esto viene a confirmarlo la Sagrada Escritura cuando habla de imposición de nom-

(1) I. Q. XIII. art. 2.

(2) III. Q. XXVII. art. 2.

bres, hecha por inspiración profética o intervención divina. Así dijo Dios a Abrahán: *Tú te llamarás Abrahán por haberte yo constituido padre de muchas gentes* (1). Y Jesús en el Nuevo Testamento: *Tú te llamarás Pedro... y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no podrán prevalecer contra ella* (2).

Por lo que toca al nombre de José, etimológicamente considerado se deriva, según muchos exegetas, del verbo hebreo *jasaf* que significa *aumentar, añadir*, de modo que el nombre de José es lo mismo que *aumento* o *adición*.

Refiere la Escritura que habiendo Raquel dado a luz un hijo le puso por nombre José, diciendo: *Añádame el Señor otro hijo* (3). Y al bendecirle Jacob exclamó: *Hijo que crece, José, hijo que crece* (4). Habiendo sido aquel figura de este, bien podemos aplicar a nuestro José la significación de ese nombre como un signo instituido por Dios para declarar su encumbrada santidad. Se cree comunmente que el nombre de José le fué impuesto al Esposo de María por especial disposición de Dios (5).

«Tres son los motivos, dice Isolano, por los cuales creemos que el Esposo de la Bienaventurada Virgen María recibió de Dios el nombre de José. En primer lugar porque José, hijo de Jacob, a quien alaba tanto el Génesis por haber servido fidelísimamente a su señor, respetado la esposa de éste conservando la pureza, guardando misterioso secreto sobre el particular, y una vez ministro héchose tan cuidadoso de guardar los frutos de la tierra, es, según opina Alberto Magno, figura de nuestro José.

•En segundo lugar por haber bastantes motivos para creer, aun cuando las Sagradas Letras no lo digan, que aquel que mereció ser Esposo de la Madre de Dios y fué tenido por padre de Jesucristo, recibiese el nombre por manera divina conforme lo

(1) Genes. XVII. 5.

(2) Mat. XVI. 15.

(3) *Vocavit nomen ejūs Joseph, dicens: Addat mihi Dominus filium alterum.* Genes. XXX. 24.

(4) *Filius accrescens, Joseph, filius accrescens.* XLIX, 22.

(5) Cfr. Toledo, *Comment.* in Luc. I. c. I.: Alapide, *in Genes.* XLIX, 22.

recibieron Abraham, Jacob y Pedro, ya que la dignidad del primero es mucho más excelente que la de los últimos.

»El mismo significado del nombre nos da la tercera prueba. Efectivamente *José* significa *aumento, adición*, por cuyo motivo se lee en el Génesis haber exclamado Jacob al dar nombre al undécimo de sus hijos: *Aumente el Señor el número de mis hijos con uno nuevo*» (1).

Los nombres deben expresar la realidad de las cosas y esto con mayor propiedad cuando son nombres impuestos por Dios que conoce perfectamente la naturaleza y destino de todos los seres. Esto se cumple de un modo singular en nuestro Santo cuyo nombre indica todas sus grandezas. El nombre de José, dice Alberto Magno, significa *crecimiento*, y expresa el concepto propio del gran Santo destinado a crecer ante sí mismo, ante sus prójimos y ante Dios, en grandeza, en la sublimidad de sus virtudes, en la universalidad de su gloria, en el amor y reverencia que había de inspirar a los hombres, en la unión íntima con la Madre de Dios y en la paternidad de Jesús según la opinión pública (2).

Efectivamente, S. José es el hijo que crece continuamente. Desde que nace hasta que muere crece sin cesar; crece en las gracias que Dios le comunica y en las virtudes que él practica; crece en las bendiciones que recibe, más abundantes y eficaces que las de los antiguos Patriarcas, y en su fidelidad inalterable a las inspiraciones de lo alto; crece en las luces celestiales con que el Altísimo ilumina su mente y en los ejemplos sublimes de humildad y de pureza con que él corresponde a los designios amorosos del Eterno. Es también José *hijo que crece* después de su existencia mortal por el desarrollo histórico de su culto en la Iglesia. Desde la cuna del Cristianismo se le honra y se le admira, pero este culto adquiere de siglo en siglo mayor incremento y perfección. Al principio es un tenue hilo de agua que basta para saciar la tímida piedad de sus devotos; después se convierte en río caudaloso que riega el campo de la Iglesia hasta convertirse en

(1) Isolano. *Suma de los dones de S. José*. P. I, cap. I.

(2) *Super Missus*, Q. XXIII, n. 11.

oceano inmenso donde se sumergen todos los sentimientos cristianos, toda la vida de los fieles.

Bien podemos por lo mismo asegurar que en el nombre de José están simbolizadas todas sus glorias y virtudes. Del solo nombre de José, dice S. Bernardo, puedes colegir quién y cuál fué S. José. No tuvo del antiguo el mero nombre, sino que compitió ventajosamente con él en castidad, en inocencia, en toda suerte de virtudes (1). Podemos muy bien apropiar al gran Patriarca la palabra del Salmista: *Según lo que es tu nombre, así resuenan tus alabanzas hasta los últimos confines de la tierra* (2).

Nada debe extrañarnos en vista de lo expuesto, que el nombre de José sea tan alabado y bendecido y que a su invocación estén vinculadas tantas gracias sobrenaturales. Ese nombre es efficacísimo para avivar la fe, fomentar la piedad y alejar de nuestras almas las malignas sugestiones del espíritu diabólico. Posee un poder y eficacia singular para infundir aliento en los trances desesperados, encender el fervor en los espíritus abatidos y evitar el desfallecimiento en los enfermos y moribundos. Con razón ha sido proclamado José fortaleza de los débiles, esperanza de los enfermos y abogado de los moribundos, Protector universal de todos los estados, edades y personas.

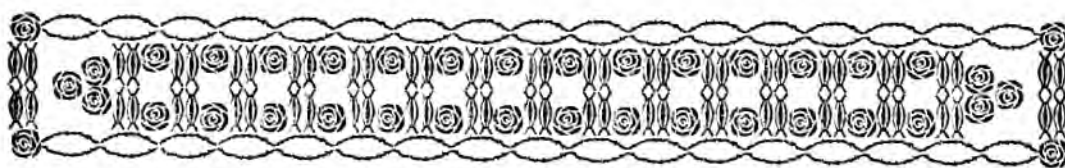
Flote, pues, ese nombre bendito, cual faro de luz, en las deshechas tormentas del espíritu; brille sobre la atmósfera social de nuestra época positivista y atea como una columna de fuego que nos guíe a la tierra prometida; sea siempre la divisa del cristiano que nos haga presagiar días de triunfo y de gloria, auroras de luz y de esperanzas inmortales. Que resuene su invocación en los subterráneos de las minas y entre el estruendo de los talleres y fábricas, brindando a los pobres obreros paz y consuelo, esperanza y amor; que presida el umbral de los tálamos nupciales, derramando aromas de pureza y brisas de felicidad en los esposos y esposas; y reine en los hogares domésticos, comunicando a las familias sentimientos de religión y temor santo de Dios; y corone las cumbres de los Estados, inspirando a los Reyes

(1) *Super Missus est.* n. 16.

(2) *Secundum nomen tuum, sic et laus tua in fines terrae.* Ps. XLVII, 11.

y gobernantes discreción y prudencia, sabiduría y acierto para labrar la felicidad de los pueblos que rigen y gobiernan, extendiendo por todas partes el reinado de Cristo, en las legislaciones y códigos, en los parlamentos y escuelas. Que el casto Esposo de María sea honrado y conocido en todo el mundo, lo mismo en las ciudades populosas que en las humildes aldeas, en los palacios espléndidos que en los pobres tugurios; y del uno al otro polo, desde el Septentrión hasta el Austro, desde el Oriente al Poniente, vibren las plegarias y elévense los himnos en loor del grande, del inmenso, del glorioso S. José, del Padre virginal de Jesús.





A P È N D I C E S

I

RELIQUIAS DE S. JOSÉ .

Al hablar de la perfección corporal de S. José hemos visto como una tradición piadosa afirmada por eminentes teólogos y santos insignes de la Iglesia admite la resurrección de S. José y su ascensión en cuerpo y alma a los cielos. Algunos autores han querido confirmar tal tradición con el hecho singular de que no se hace mención en la historia de reliquia alguna perteneciente al Santo, cuando en general se conservan reliquias de otros siervos de Dios, como lo acredita el culto del pueblo cristiano.

Mas esto no es exacto. En primer lugar, nada impide que existan reliquias, o mejor dicho, objetos que en algún tiempo pudieran pertenecer al Santo sin que por esto claudique la verdad de su resurrección o pierda su valor la sentencia que así lo afirma. En segundo lugar, existen de hecho tradiciones venerandas, las cuales aseguran la existencia de reliquias de S. José y su conservación en determinados lugares. Sin pretensiones de juzgar el valor de esas tradiciones, algún tanto discutibles, hemos creído oportuno consignarlas aquí para edificación de los fieles.

El *anillo* nupcial, prenda del matrimonio entre José y María, se conserva y venera en Perugia, ciudad de Italia.

Fué traída esta joya en el siglo XI a Italia por un judío, quien, según cuenta la tradición, la vendió con otras a la Condesa Judith, esposa de un noble caballero, llamado Hughes. El vendedor entregó la sortija al mayordomo de la Condesa, llamado Rainier, natural de Clusi; después la reliquia pasó a Perugia, donde se expone a la veneración de los fieles. Inocencio VIII en el pleito entablado entre los habitantes de Clusi y Perugia, que se disputaban la posesión de tan preciosa joya, falló en favor de esta última ciudad, pero sin declarar nada sobre la autenticidad de la reliquia.

En la iglesia de Ntra. Sra. de los Angeles de Florencia se venera la *vara* de S. José. Fué traída de Oriente por el Cardenal Bessarion y llevada a Florencia con motivo del Concilio Euménico que se celebró en aquella ciudad el año 1439. Otra *vara* se conserva también en la iglesia de Santa Anastasia, en Roma.

En Aquisgrán, ciudad de Alemania, veneran los fieles las *sandalias* o *caligas* de S. José.

En la Abadía farfense, diócesis de Sabina, se tiene en gran veneración la *llave* de la santa casa de Nazaret. Algunos creen que fué hecha por el mismo S. José.

El *manto* de S. José se halla dividido en varias partes. Unas se conservan en la Iglesia de Santa Anastasia en Roma; otras en la iglesia de Santa Cecilia de la misma ciudad; y otras fueron llevadas y distribuídas entre varias iglesias, como la de S. Francisco en Asís, S. José en Bolonia, Carmelitas descalzas de Amberes y otras.

El *cingulo* de S. José se conserva con gran veneración en Joinville, ciudad de Francia. Consiste en un tejido de hilo de cáñamo, bastante grueso y de color gris; mide un metro de largo y unos cuatro centímetros de ancho. En uno de sus extremos se encuentra una hebilla de marfil y en el otro un ojal. El marfil lleva inscritas estas palabras: *Hic est cingulus, quo cingebatur Joseph Sponsus Mariae*.

El origen de la reliquia se remonta al siglo XIII. Créese que fué traída de Palestina el 1254 por el senescal Joinville que acompa-

ñó a S. Luis en la Cruzada que éste emprendió para rescatar del poder de los turcos los lugares santos de Jerusalén. Joinville se distinguió por su devoción a S. José y en 1263 edificóle una capilla y en un armario de hierro sellado encerró entre otros objetos traídos de Oriente el cingulo sagrado de S. José.

Este es el cingulo que desde aquella época se guarda en la ciudad de Joinville y se expone a la veneración de los fieles, y que, según la tradición, ha obrado multitud de milagros.

II

DOLORES Y GOZOS DE S. JOSÉ

Desde que Adán pecó, el dolor ha sido la herencia universal de la humanidad, el patrimonio de todas las almas. La experiencia afirma que no hay un hombre que se sustraiga a esta ley; todos tenemos que llorar, desde la cuna al sepulcro nos acompaña el sufrimiento en todas sus fases y manifestaciones. El dolor de suyo es árido, seco y repulsivo pero desde que el Hijo de Dios le divinizó en el Calvario, lo que era expiación de la prevaricación primera ha pasado a ser timbre de grandeza, manantial de luz y oceano insondable de santidad, de heroísmo y de gloria. No hay grandeza como la grandeza del dolor, ni poesía tan sublime como la poesía de las lágrimas, ni heroísmo tan alto como el heroísmo labrado en el yunque de las inmolaciones excelsas. El dolor es amor, el dolor es vida, el dolor es Cristo.

Los Santos han sentido hondamente las hermosuras ocultas en el dolor cristiano, pues de él se sirvieron para purificar sus almas, desprenderse de la tierra y elevarse a las cumbres de la santidad más heroica. S. José, el Santo de los Santos, no podía menos de experimentar también las espinas punzadoras del destierro, los dardos penetrantes del dolor. *Porque eras acepto a Dios*, dijo el ángel a Tobías, *fué menester que la tentación te probase* (1). Estas palabras se cumplieron con toda exactitud en nuestro glorioso

(1) Tob. XII. 13.

Patriarca. En Belén, en Egipto, en Nazaret, el dolor vino a visitarle y olas de inmensa amargura vinieron a golpear furiosamente las tranquilas playas de su espíritu. Dios, sin embargo, quiso templar los dolores de José con divinas alegrías, consolando a su fiel siervo y dulce padre en las horas más críticas de su existencia, en los momentos de mayor tribulación y dolor. Siete son los principales dolores y gozos de S. José, cuyo fundamento en la Escritura es como sigue:

DOLORES

- I *José, su esposo, porque era justo y no quería infamarla, quiso dejarla ocultamente. Matth. I, 19.*
- II *No había lugar para ellos en la posada. Luc. II, 7.*
- III *Transcurridos los ocho días, fué circuncidado el Niño. L. II, 21.*
- IV *He aquí que este ha sido puesto para ruina de muchos en Israel, como un signo de contradicción. Luc. II, 34.*
- V *José, levantándose, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se retiró a Egipto. Matth. II, 14.*
- VI *Oyendo que reinaba Arquelao en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá. Matth. II, 22.*
- VII *Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo angustiados te buscábamos. Luc. II, 48.*

Gozos

- I *José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa. Matthei, I, 20.*
- II *Y María dió a luz su Hijo primogénito. Luc. II, 7.*
- III *Y José le puso por nombre Jesús. Matth. I, 25.*
- IV *He aquí que este ha sido puesto para resurrección de muchos en Israel. Luc. II, 34.*
- V *Conocerán al Señor en aquel día los Egipcios. Is. XIX, 21.*
- VI *Y se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Luc. II, 39.*
- VII *Y después de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores. Luc. II, 46.*

La Iglesia católica ha honrado en todas las épocas los dolores

y gozos de S. José, pero la piedad de los fieles ha inventado un medio de hacerlo con gran provecho y edificación de las almas, cual es la devoción conocida con el nombre de los *Siete Domingos*, dedicados a honrar los dolores y goces de S. José.

Ha contribuido en gran manera a propagar esta devoción el hecho siguiente atestiguado por una tradición piadosa que graves autores y monumentos consignan:

Navegaban dos Padres franciscanos por las costas de Flandes, cuando se levantó una horrorosa tempestad que sumergió el buque con trescientos pasajeros que llevaba. La divina Providencia dispuso que estos dos religiosos se amparasen de una de las tablas del buque, sobre la cual se sostuvieron entre la vida y la muerte durante tres días, teniendo siempre el abismo debajo de ellos, que amenazaba tragarlos. Siendo muy devotos de S. José, llenos de confianza en su protección poderosa, se encomendaron a él como a verdadera tabla de salvación y como benigna estrella que debía conducirles al puerto. Apenas terminada su plegaria fueron atendidos: la tempestad cesó, el cielo se puso despejado y sereno, el mar se calmó, y la esperanza volvió a tener cabida en el fondo de sus corazones.

Pero lo que colmó su alegría fué el presentárseles un joven, lleno de gracia y majestad, quien, después de haberles saludado bondadosamente, se ofreció a servirles de piloto, lo que hizo con tanta felicidad, que al cabo de poco saltaron ya en tierra. Allí los dos religiosos se arrojaron a los piés de su libertador, y después de haberle declarado con afectuosas palabras su agradecimiento, le rogaron encarecidamente se dignase decirles quien era. «*Yo soy José*», les respondió; si queréis hacer algo que me sea agradable, no dejéis pasar día sin rezar devotamente siete veces la oración dominical y la salutación angélica en memoria de los siete Dolores con que mi alma fué afligida, y en consideración a los siete Gozos con que mi corazón fué consolado en grado eminente durante el tiempo que pasé sobre la tierra viviendo con Jesús y María». Dichas estas palabras, desapareció, dejándoles llenos de alegría, y penetrados de un sincero deseo de honrar y servir durante toda la vida a su glorioso Protector.

Los Romanos Pontífices con objeto de propagar entre los fieles

esta práctica de los *Siete domingos*, estimulando así la piedad a S. José, no han vacilado en enriquecerla con numerosas indulgencias. Pío VII por Rescripto de 9 de Diciembre de 1819, concedió 100 días de indulgencias, 300 todos los miércoles y días de las novenas que preceden a las fiestas de S. José y del Patrocinio a los que recen la predicha devoción. Gregorio XVI en 22 de Enero de 1836 concedió 300 días a los que la practicasen durante siete domingos consecutivos. Y Pío IX, llevado de su amor al Santo, añadió a las indulgencias de sus Predecesores en 1847 una indulgencia plenaria en cada domingo aplicable a las almas del Purgatorio, haciendo extensivas estas indulgencias a los que no sabiendo leer, rezaren en esos mismos días siete veces el *Padrenuestro*, *Avemaria* y *Gloria*, confesando y comulgando, según las intenciones de Su Santidad.

III

TRIDUO A S. JOSÉ

Pensábamos coronar esta obra insertando aquí el oficio litúrgico de S. José, según aparece en el Breviario de los Padres Carmelitas, de donde le tomaron después los devotos del Santo. pero nos ha parecido más conveniente y útil para fomentar la devoción de los fieles el siguiente Triduo que escogemos entre los muchos dedicados a enaltecer las glorias del glorioso Santo.

TRIDUO EN HONOR DEL SEÑOR SAN JOSÉ

ORACIÓN

Gloriosísimo Patriarca, Señor S. José, varón incomparable, padre amantísimo de mi alma, seguro refugio de cuantos con fe y confianza imploran vuestro patrocinio, yo os saludo.

Bendita sea eternamente la beatísima Trinidad por los singulares favores, virtudes y privilegios con que adornó vuestra santísima alma y por la eminente gloria de que gozáis en la patria

celestial. Una y mil veces bendita, por haberos dado un corazón tan puro, compasivo y benigno para socorrer nuestras miserias.

¡Quién me diera, dulcísimo padre mío, penetrar en lo interior de vuestro purísimo corazón y registrar vuestras ocultas grandezas!

¡Quién me hiciera lenguas para publicar vuestras glorias y las gracias que alcanzan los que os invocan y aman como a su padre!

Lleno de confianza me postro a vuestros pies a implorar vuestra protección en todos mis trabajos espirituales y corporales.

Preservadme del pecado, sostenedme en las tentaciones, alumbradme en mis dudas, inflamadme en aquel amor que abrasaba vuestro corazón por Jesús y María, nuestra Madre.

Alcanzadme la humildad, la vida interior, una perfecta conformidad con la divina voluntad, la perseverancia final y la gracia especial que ahora os pido, si ha de ser para gloria de Nuestro Señor y bien de mi alma. Amén.

Meditación para el día primero

TODA LA GLORIA DE LA HIJA DEL REY ESTÁ EN SU INTERIOR

¡Cuán bien comprendió S. José el sentido de estas palabras, y qué fiel fué en obrar conforme a su significado!

Aquel trato íntimo con Dios, de que sólo las almas generosas y fieles pueden dar cuenta, y aquellas dulzuras que gozan a solas con su Amado, fué el ejercicio ordinario de este glorioso Patriarca.

Cual águila misteriosa, miró por espacio de treinta años al Sol de Justicia. Pero, ¡oh Dios mío! ¿quién podrá describir la impresión de esas miradas? ¿quién penetrar el interior de su corazón? ¿quién contar aquellos ardientes suspiros salidos de tan amante pecho? ¿quién recoger aquellas dulces lágrimas derramadas tantas veces sobre el hermoso rostro de Jesús, dormido en sus brazos? ¿quién escuchar aquellas conversaciones que hacían brotar de sus labios tiernas y amorosas palabras?

Cuando trabajaba en su taller para cumplir con la especial mi-

sión que el Eterno le confiara, ¡qué presente estaba todo esto en su espíritu!, y su corazón, cual lámpara del santuario, ardía sin cesar en presencia del Señor.

¡Oh alma!, para quien tanto atractivo tienen las criaturas, y que tan fácil eres en derramarte en las cosas exteriores y conversaciones inútiles; confúndete y humíllate por tus pasadas infidelidades. Pon delante de tus ojos tan acabado modelo, y procura imitarlo, seguro siempre de que jamás te faltará gracia para ello, y la protección de tan poderoso y amable Santo.

Se pide lo que se desea; se rezan siete Padrenuestros, Avemarías y Gloriapatrís en memoria de los siete dolores y gozos.

LETANÍA DE SAN JOSÉ (1)

Kyrie, eleison.

Christe, eleison.

Kyrie, eleison.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Padre Dios de los cielos, *ten misericordia de nosotros.*

Hijo Dios Redentor del mundo, *ten misericordia de nosotros.*

Espíritu Santo Dios, *ten misericordia de nosotros.*

Santa Trinidad un solo Dios, *ten misericordia de nosotros.*

Santa María,

San José,

Descendencia inclita de David,

Luz de los Patriarcas,

Esposo de la Madre de Dios,

Custodio de la Virgen Pudorosa,

Nutricio del Hijo de Dios,

Defensor solícito de Cristo,

Jefe de la Sagrada Familia,

José justísimo,

Ruega por nosotros

(1) Esta Letanía fué aprobada por el Papa Pío X, el día 18 de Marzo de 1909 y enriquecida con 300 días de indulgencias una vez al día aplicables a las almas del Purgatorio.

José castísimo,
José prudentísimo,
José fortísimo,
José obedientísimo,
José fidelísimo,
Espejo de paciencia,
Amador de la pobreza,
Ejemplar de los obreros,
Honor de la familia doméstica,
Custodio de las vírgenes,
Sostén de las familias,
Solaz de los miserables,
Esperanza de los enfermos,
Patrón de los moribundos,
Terror de los demonios,
Protector de la Iglesia Santa,

Ruega por nosotros

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, *perdónanos Señor.*

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, *escúchanos Señor.*

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, *ten misericordia de nosotros.*

℣ Constituyólo señor de su casa.

℞ Y príncipe de su posesión.

ORACIÓN

¡Oh Dios! que con providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu Santísima Madre, te rogamos nos concedas que el que veneramos protector nuestro en la tierra, merezcamos tenerlo de intercesor en los cielos. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

¡Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!

¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía!

¡Jesús, José y María, recibid en vuestros brazos el alma mía!

(300 días de indulgencia cada vez).

Meditación para el segundo día

SAN JOSÉ DIRECTOR DE LAS ALMAS

Id a José, decía en otro tiempo Faraón a los egipcios, oprimidos por el hambre. Esto mismo os digo a vosotras, oh almas hambrientas de perfección y deseosas de encontrar un guía fiel y experimentado que os conduzca con seguridad a través de los peligros que se encuentran muchas veces en la vida espiritual.

Aunque todos aspiramos a llegar al mismo término, sin embargo, no a todos se nos ha trazado el mismo camino. Los unos van por ameno prado, siempre acariciados por la mano del Señor, cual otro Apóstol predilecto, y parece sólo piensan en amar y ser amados. En tanto que otros, yendo por caminos escabrosos, y muchas veces como en medio de espesas tinieblas de una noche oscura, están mil veces expuestos a extraviarse y caer. Estos, sin duda, necesitan guía seguro que, cual otro Rafael, conduzca sus pasos hasta llegar al término de su peregrinación.

Id a José, tomad por vuestro primer director al immaculado esposo de María.

¿Dudas y temores oprimen vuestro espíritu? Id a José; él fué el oráculo del Espíritu Santo en las dudas que afligieron a María, y os aclarará las vuestras.

¿Mil tentaciones cercan vuestra alma y os parece que el infierno se abre para tragaros? Id a José; él es el temor de los espíritus infernales.

¿Os encontráis pobres de virtudes, que son las riquezas del alma? Id a José; él es el tesorero del Rey de los cielos y os proveerá con abundancia.

¿Teméis el juicio de Dios, en vista del abuso que habéis hecho de sus gracias? Id a José; él es el refugio de los pecadores y se complace en alcanzar misericordia para los miserables que le invocan.

En fin, en todas las circunstancias difíciles en que os halléis, en la vida y en la muerte, en la adversidad y prosperidad, acudid a San José, bendecid su santo nombre, publicad sus glorias, y

veréis por experiencia cuán buen padre es, cuán dulce es su nombre a los labios que lo pronuncian con ternura y respeto, y qué grato su recuerdo al corazón que le ama.

Lo demás como el primer día.

Meditación para el tercer día

DIGNIDAD, GLORIA Y PODER DE SAN JOSÉ

Habiendo llegado el momento de salvar a la humanidad, perdida por el pecado, Dios hizo aparecer en el mundo la más pura, la más hermosa, la más santa de las mujeres, cuyo seno inmaculado sirviera de habitación a ese Salvador.

En su infinita sabiduría vió que era necesario dar a esta Virgen sin mancha un compañero que la pusiera al abrigo de la maledicencia del mundo, y fuera al mismo tiempo el jardinero que guardara el lirio purísimo de su virginidad. A la dignidad a que no han sido elevados los ángeles va a serlo un mortal, el más feliz entre los hombres.

Y ¿quién es éste que tanta gracia ha hallado ante Dios? Es San José, que, desconocido a los ojos del mundo, vive oculto; pero la fragancia de sus heroicas virtudes, penetrando las nubes, había llegado al trono de Dios.

Sólo a él la Augusta Trinidad ha hallado digno de ser el depositario de los tesoros del cielo y el confidente de sus secretos. Por esto el Eterno Padre le confía su divino Hijo, dándole todos los derechos de un padre. El divino Verbo lo adopta por padre y se muestra con el hijo amante. El Espíritu Santo lo hace participante de sus divinos desposorios, confiándole su esposa inmaculada.

Después de esto, considera cual será la gloria de S. José en la patria celestial. Yo no veo en el cielo, después del trono de Dios y de María, otro más elevado y hermoso que el de S. José; pues es imposible que Dios no le haya preparado tal, para aquel que ha ocupado su lugar en la tierra.

Siendo tanta la gloria de S. José, no hay duda que a ella iguala su poder para socorrer a sus devotos. Figúrate oír a Jesucristo

que, acercándolo a su Corazón, le dice: ¡Oh amado mío!, vos que nada omitisteis en la tierra para agradarme, venid; introducid vuestras manos en este divino Corazón y sacad de él abundantes gracias para que las derramáis sobre aquellos que recurran a vos.

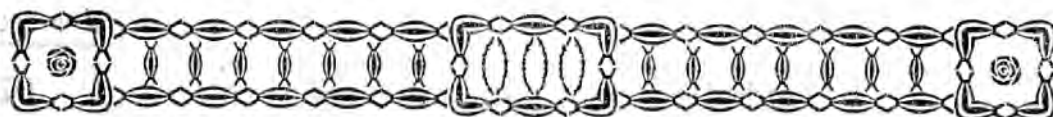
Así, cuando os halléis en la aflicción, invocad a S. José, contadle vuestras penas, como un hijo a su padre, y tened seguro que jamás dejará de inclinarse a socorrer su bondadoso Corazón.

Lo demás como el primer día.



ADVERTENCIA.—En la página 21, línea 21, dice *propiedad*: debe decir *perfección*.

En la página 22, línea 13, dice *el principio creador*: debe decir *principio, creador*.



INDICE

	<i>Páginas</i>
PRÓLOGO	V
CAP. PRIMERO. <i>S. José en la Teología Dogmática</i>	2
CAP. II <i>Fuentes de la Teología josefina</i>	11
CAP. III <i>S. José y el Verbo Encarnado</i>	19
I Grandezas del Verbo.	21
II Conveniencia de la Encarnación.	24
III Providencia de Dios en la Encarnación del Verbo	30
IV Intervención de S. José	35
CAP. IV <i>Predestinación de S. José</i>	40
I Concepto y orden de la predestinación	42
II Orden de la predestinación de S. José.	47
III José predestinado con Jesús y María	52
CAP. V <i>S. José y el Orden hipostático</i>	58
I Tres órdenes de comunicación Divina.	61
II Lugar de S. José en el orden hipostático	69
III La Trinidad terrestre	76
CAP. VI <i>Prefiguración simbólica de S. José</i>	79
I La Encarnación y el simbolismo bíblico	80
II Figuras y tipos de S. José	83
III Otros símbolos de S. José	92
CAP. VII <i>Matrimonio de S. José</i>	94

		<i>Páginas</i>
	I Verdad del matrimonio de José	97
	II Argumentos de la tradición	104
	III La razón teológica	109
CAP. VIII	<i>Conveniencia del matrimonio de S. José</i>	113
	I Razones de conveniencia	115
	II S. José esposo de María.	121
	III Impedimento del voto de virginidad	128
CAP. IX	<i>Circunstancias del matrimonio de S. José</i>	140
	I Edad de María y José	141
	II Tiempo de los Desposorios	145
	III Visita a Isabel	152
	IV Turbación de S. José.	156
	V Causa de su separación.	164
CAP. X	<i>Excelencias del matrimonio de S. José</i>	168
	I Excelencias del matrimonio en sí mismo	169
	II Excelencias de los esposos	172
	III Excelencias del matrimonio en sus efectos	175
CAP. XI	<i>Relaciones de S. José con María</i>	181
	I Amor mutuo de José y María	182
	II Oficios de María con José	186
	III Oficios de José con María	191
CAP. XII	<i>Relaciones de S. José con Jesús</i>	194
	I Belén	197
	II José en el templo	207
	III Huída a Egipto	212
	IV Destierro en Heliópolis	215
	V Pérdida del Niño Jesús	219
	VI Vida oculta en Nazaret	222
CAP. XIII	<i>Paternidad de S. José</i>	227
	I Definición filosófica de la paternidad	230
	II La paternidad de S. José no es física	235
	III Títulos de la paternidad de S. José	239
CAP. XIV	<i>Paternidad real de S. José</i>	247
	I No bastan los títulos extrínsecos.	248
	II Títulos intrínsecos.	250

		<i>Páginas</i>
	III La tradición católica y la paternidad real.	256
	IV Nuevas pruebas.	265
CAP. XV	<i>Concepción virginal del Cristo</i>	275
	I Los escritos del P. Corbató.	276
	II Crítica de la teoría corbatista	281
	III La teología católica y el P. Corbató.	288
	IV Sofismas del P. Corbató.	294
	V Origen del error.	299
CAP. XVI	<i>Relaciones de S. José con el Padre</i>	304
	I S. José sombra del Padre	306
	II S. José imagen de los atributos del Padre.	308
	III Misterios de esta paternidad josefina	313
CAP. XVII	<i>Relaciones de S. José con el Espíritu Santo</i>	316
	I S. José velo y semejanza del Espíritu Santo.	318
	II S. José silencio de Dios.	319
	III Dones del Espíritu Santo en S. José.	321
	IV Frutos del mismo Divino Espíritu.	324
CAP. XVIII	<i>Dignidad de S. José</i>	327
	I Títulos de su dignidad	330
	II Supremacía de S. José	336
	III S. José y los Angeles.	340
CAP. XIX	<i>Santidad de S. José</i>	344
	I Títulos de la santidad de S. José.	345
	II Psicología mística de S. José	354
CAP. XX	<i>Virtudes de S. José.</i>	360
	I Virtudes teologales.	361
	II Virtudes cardinales.	365
CAP. XXI	<i>Privilegios de S. José.</i>	372
	I Inmaculada concepción de S. José	373
	II Santificación de S. José en el seno materno.	382
	III Represión del fomes en S. José	388
	IV Impecabilidad de S. José	392
CAP. XXII	<i>Perfección corporal de S. José.</i>	396
	I Genealogía de S. José.	396
	II Virginidad perpetua de S. José	402

	<i>Páginas</i>
III Resurrección de S. José.	410
CAP. XXIII <i>Patrocinio de S. José.</i>	415
I Patrocinio de los Santos.	416
II Eficacia del patrocinio de S. José.	418
III Patronato del Santo.	426
CAP. XXIV <i>Culto de S. José.</i>	435
I Fundamentos teológicos del culto josefino .	437
II Fundamentos históricos.	440
III Culto de S. José en la Edad Antigua. . . .	443
IV Culto de S. José en la Edad Moderna. . . .	446
v Objetos del culto de S. José	458

APÉNDICES

I. Reliquias de S. José	464
II. Dolores y gozos de S. José	466
III. Triduo a S. José	469